

Bianca™

Mujer comprada

Julia James

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

MUJER COMPRADA, N.º 2042 - diciembre 2010
Título original: Penniless and Purchased
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9308-4
Editor responsable: Luis Pugni
ePub X Publidisa

Mujer comprada

Julia James



Capítulo 1

Sophie, muy quieta y sin parpadear, se miró en el alto espejo de los servicios del hotel. Su imagen le devolvió la misma inexpresiva mirada.

Llevaba un vestido de noche escotado y ceñido. La rubia melena peinada hacia un lado y cayéndole por un hombro. Los ojos muy pintados y las pestañas cargadas de rímel. El cutis grasiento por el maquillaje. La boca pegajosa por el carmín de labios rojo. Pendientes enormes colgándole de los lóbulos de las orejas.

«¡Ésa no soy yo!»

Un grito procedente de lo más profundo de su ser. De un lugar enterrado. De una tumba.

La tumba de la mujer que había sido.

Que no volvería a ser.

–Disculpe…

Una voz cortante, impaciente, pidiéndole que se apartara. Y así lo hizo, al tiempo que notó la expresión de desdén en los ojos de la mujer que ocupó su puesto delante del espejo.

Sophie sabía el motivo del desdén de la mujer y el estómago le dio un vuelco. Tenía la garganta seca y se sirvió un vaso de agua de una jarra que había encima de una cómoda. Se miró en el espejo por última vez. Después, tras respirar hondo, agarró el bolso y salió de los servicios.

Caminó con la espalda muy derecha y los pies sobre unos tacones tan altos que le balanceaban el cuerpo a pesar de la rigidez de los músculos de sus piernas, pero continuó…

Al otro lado del vestíbulo del hotel, en el bar, su cliente la estaba esperando.

Nikos Kazandros miró a su alrededor. La enorme y lujosamente decorada sala de fiestas estaba suavemente iluminada, rebosante de gente ruidosa. Era la clase de lugar que Nikos evitaba a toda costa,

lleno de hedonistas en busca de entretenimiento que, invariablemente, incluía alguna que otra raya blanca y el uso de dormitorios.

Pero su acompañante no mostró la misma desgana que él.

–Vamos, Nik. ¡Esta fiesta va a ser sensacional!

Georgias estaba algo ebrio. Como el padre de Georgias era amigo del suyo desde hacía mucho tiempo, le habían encomendado la tarea de cuidar del influenciable joven de veintidós años durante su breve paso por Londres. Para él, asistir a un espectáculo y luego una cena habría sido suficiente, pero Georgias quería fiesta. No obstante, le daría como máximo una hora ahí y se aseguraría de que no tomase nada más que alcohol como estimulante.

Por supuesto, las drogas no eran la única tentación en aquel lugar, lleno de chicas guapas y hombres adinerados.

En ese momento, una rubia se les acercó para invitarles a bailar. Nikos permitió a Georgias aceptar la invitación y rechazó con un movimiento de cabeza otra invitación a bailar de una morena. La morena giró sobre sus talones y se alejó. Él se quedó apoyado contra la pared con una expresión cínica en los labios mientras contaba los minutos a la espera de que llegara el momento de poder agarrar a Georgias y marcharse de allí a toda prisa.

Las chicas así no le atraían, chicas cuyo interés en los hombres no pasaba del tamaño de sus cuentas bancarias. En su opinión, la única virtud de esas mujeres era su sinceridad al respecto.

Una sombra cruzó su rostro momentáneamente. No, algunas ni siquiera podían presumir de esa virtud ya que ocultaban su verdadero interés…

No, no iba a pensar en ello. Había cometido un error, había sido un estúpido, pero se había dado cuenta a tiempo… justo a tiempo. Durante un momento, su mirada adquirió una expresión desolada que, inmediatamente, fue reemplazada por un endurecimiento de sus rasgos faciales, marcados por unos pómulos prominentes bajo unos ojos oscuros y de largas pestañas.

Otra chica se le acercó y él la rechazó. Volvió la mirada a la gente que bailaba con el fin de no perder de vista a Georgias; pero, al hacerlo, sus ojos se posaron en un punto al extremo opuesto de la sala.

El mundo y el tiempo parecieron detenerse.

Sólo un recuerdo.

Un cruel recuerdo vivo en su memoria.

Como un zombi, comenzó a caminar hacia delante. Su rostro una máscara, su pulso insensible.

Hacia el único ser humano que no había querido volver a encontrarse en la vida, pero que estaba allí, de pie, al otro lado de la sala, mirándole con expresión de perplejidad absoluta.

Durante un momento, fue como si un cuchillo le atravesara las entrañas. Su mirada se desvió hacia el hombre que la acompañaba.

¿Pero qué demonios…? Lo reconoció, pero no con placer. Cosmo Dimistris se encontraba a sus anchas en fiestas como ésa y entre la clase de mujeres que las frecuentaban. Volvió los ojos de nuevo hacia la acompañante de Cosmo, su proximidad a éste le explicaba exactamente lo que estaba haciendo ahí.

La riqueza de Cosmo le explicaba exactamente por qué ella estaba ahí. Así que aún jugando a lo mismo… aún merodeando alrededor de hombres ricos.

Seguía conmocionado, pero ahora lograba controlar su estado. Canalizarlo. Concentrarse. Dirigirlo.

Dirigirlo hacia la única persona respecto a la que se había equivocado. Su único error. Sophie Granton.

Sophie se quedó petrificada. ¡No, no podía ser! ¡No podía ser él, ahí, en ese momento!

Pero era él. Nikos Kazandros.

Le resultó imposible apartar los ojos de él, de los esculpidos rasgos de su semblante, de los negros cabellos y de esos ojos tan oscuros como la noche. No podía dejar de mirar ese esbelto y musculoso cuerpo de un metro ochenta y pico, sus largas piernas y la gracia felina de sus movimientos.

Nikos Kazandros, emergiendo del pasado, la hizo olvidarse de todo lo demás, excepto de él. Y se olvidó del hombre con el que estaba, cuya compañía había sido como una maldición durante toda la tarde.

Habían tomado unas copas en el bar del hotel y, a continuación, habían ido a una cena en la que él no había hecho más que presumir de su riqueza mientras ella, con una permanente y falsa sonrisa, le había hecho preguntas halagadoras como si realmente le

importara. Después habían acabado en esa fiesta en la que tenía la sensación de llevar horas. Le dolía la cabeza y tenía el cuerpo revuelto por lo que estaba haciendo y el motivo por el que lo hacía.

Y ahora…

Nikos Kazandros.

¿Cómo podía ser él? ¿Cómo? ¿En un sitio como ése?

Nada más llegar a aquel lujoso ático se había dado cuenta de que tanto la música como el alcohol y las drogas circulaban libremente, y los hombres estaban todos cortados por el mismo patrón que su acompañante; y las mujeres… las mujeres tenían el mismo aspecto que presentaba ella misma…

Ver a Nikos Kazandros ahí, en una fiesta así…

Entonces recordó una noche en Covent Garden, una noche de gala, los hombres vestidos de esmoquin y las mujeres con trajes de noche de diseño y joyas; en el escenario, el mejor tenor y la mejor soprano del mundo. Nikos, vestido de etiqueta, inmaculado, irresistible; ella sentada a su lado, temblando, temblando de anhelo por él… Nikos mirándola con una expresión que había hecho que el corazón le diera un vuelco…

Al acercarse, Nikos recibió el impacto del aspecto de ella. Ojos llenos de pintura, cabello peinado con laca, labios escarlata, vestido de mal gusto. Sintió asco. Sophie Granton había cambiado mucho en cuatro años.

¡Cómo podía haber llegado tan bajo!

Pero lo sabía. La chica que había creído que era nunca había existido. Había sido un producto de su imaginación. Una ilusión. Una ilusión que se había quebrado cuando Sophie Granton reveló lo que quería realmente.

«A mí no, sino el dinero de Kazandros. Para salvar las arcas de la familia».

Llegó hasta ella y la miró de arriba abajo. No vio ya sorpresa en su rostro, sino carencia de expresión. Entonces, volvió la cabeza hacia el hombre que iba con ella.

–Cosmo…

–Nik…

Se hizo una pausa. Por fin, el otro hombre, con voz aceitosa y burlona, dijo hablando en su lengua nativa:

–Vaya, es realmente una sorpresa encontrarte aquí, Nik. ¿Por fin

has decidido divertirte un poco? ¿Has venido acompañado o te vas a servir de lo que se ofrece por aquí? Debo admitir que algunas de las chicas que hay aquí son más guapas que la que he traído conmigo. Tú, como has venido solo, puedes elegir.

Nikos notó cómo Cosmo paseaba la mirada glotonamente por la estancia, pero al mismo tiempo agarrando la muñeca de Sophie posesivamente, marcando su propiedad. Y volvió a sentir asco.

Mientras los calientes y gordos dedos de Cosmo se cerraban sobre su muñeca, Sophie tragó saliva. Llevaba todo el tiempo tratando de evitar el contacto físico; pero ahora, tras la aparición de Nikos Kazandros, casi lo agradecía. Y también agradecía no haber podido comprender lo que ambos hombres se habían dicho.

Al enterarse de que el hombre con el que iba a salir aquella tarde tenía un nombre griego, le había parecido que el destino quería burlarse de ella. Había sentido amargura y asco, y el asco había vuelto a apoderarse de ella al encontrarse con ese hombre en el bar del hotel hacía tres horas. A pesar de ser griego, Cosmo Dimistris no podía ser más diferente del único griego que había conocido: más bajo que ella con tacones, obeso, ojos lascivos y manos con dedos cortos y gordos y palmas húmedas.

Bien, ¿qué otra cosa podía haber esperado? Si un hombre tenía que pagar a una mujer para que le acompañara una tarde, no podía ser un adonis, ¿no?

En contra de su voluntad, sus ojos se clavaron en el hombre que tenía de frente, y el contraste con su acompañante no pudo ser más cruel. ¡No, no había cambiado! ¡No había cambiado en absoluto durante aquellos cuatro largos y agonizantes años! Seguía siendo el hombre más irresistible que había conocido en su vida. Incluso en ese momento, con esa expresión condescendiente con que la miraba.

Sí, sabía lo que él veía y, durante un terrible momento, sintió su desdén como una bofetada. Entonces, la expresión de desprecio desapareció cuando volvió de nuevo el rostro hacia Cosmo Dimistris.

–Estoy cuidando de Georgias Panotis, el hijo de Anatole Panotis –respondió él en tono tenso–. El chaval es todavía bastante inocente –con un gesto con la cabeza, Nikos indicó a Georgias, que estaba bailando con una chica con más melena que vestido.

Cosmo lanzó una brusca carcajada.

–¿Vas a estropearle la diversión?

–¿Como la tuya? –inquirió Nikos con voz afilada; una vez más, volviendo los ojos hacia la mujer que iba a proporcionarle «diversión» a Cosmo Dimistris esa noche.

Nikos sintió una súbita ira cuya procedencia desconocía y le dieron ganas de apartar la mano de Cosmo de la muñeca de ella y decirle que fuera a divertirse a otra parte. Pero se controló. Sophie Granton no se merecía ni un segundo más de su tiempo. Ni entonces ni ahora.

Volvió a mirarla por última vez. No vio expresión en los ojos de ella. Cuatro años atrás, casi había logrado burlarse de él por completo. Bien, ahora no iba a engañar a nadie. Ahora podía mirarla con impunidad y con la única expresión que ella se merecía. Hizo una mueca de desdén mientras paseaba los ojos por su cuerpo. La expresión de ella permaneció vacua, y eso le encolerizó. No se había mostrado así cuando se deshizo de ella…

Lágrimas, sollozos, ruegos, abrazos…

Nikos salió de su ensimismamiento al oír la voz de Cosmo otra vez.

–Hablando de diversión… necesito un poco de polvo blanco –Cosmo soltó la muñeca de Sophie y cambió al inglés–. Espérame justo aquí, muñeca.

Angustiada, Sophie le vio alejarse. ¿Adónde había ido? El pánico se apoderó de ella. No era posible, no podía quedarse allí frente a Nikos Kazandros. Fue a marcharse, pero demasiado tarde. Una sola palabra la detuvo:

–Sophie.

Una sola palabra le hizo revivir el pasado…

Capítulo 2

En la tarde de primavera soleada, Sophie caminaba a través de Holland Park después de bajarse del autobús en Kensington High Street. Le encantaba ese paseo, sobre todo en aquella época del año. Los compases de la sinfonía *Primavera* de Schumann trinaron en su cabeza bajo el reverdecer de los árboles y el dulce aroma del aire.

Aceleró el paso. Quería darle a su padre la buena noticia: la habían elegido entre las solistas que iban a tocar en el concierto de la universidad el mes siguiente. Pensó en el repertorio: las dos piezas de Chopin eran relativamente fáciles, pero la de Liszt era terrible. En fin, tendría que ensayar. Desgraciadamente, no iban a comprar el piano nuevo que su padre le había prometido por su cumpleaños, pero el que tenía era adecuado.

Frunció el ceño ligeramente. No era propio de su padre ahorrar en nada que tuviera que ver con sus estudios de música. Desde que empezó a estudiar piano de pequeña, su padre había pagado sin rechistar todo lo que había tenido que ver con el desarrollo de su habilidad musical. Por supuesto, ella sabía que no era un genio y lo aceptaba, se conformaba con tener talento y dedicación, como amateur, no como profesional. Además, era consciente de la privilegiada posición en la que se encontraba al no tener que trabajar para ganarse la vida. Y cuando terminara sus estudios, continuaría con la música sin tener que preocuparse de ganar dinero con ella. Tocaría por placer, el suyo y, esperaba, el de otros.

A su padre le encantaba oírla tocar. Sonrió. Quizá fuera su más dedicado admirador, pero no tenía oído para la música.

–¡No, papá, ése no es Bach, es Handel! –se oyó decir a sí misma riendo afectuosamente en el recuerdo.

–Lo que tú digas, Sophie, cariño, lo que tú digas –le había replicado su padre indulgentemente.

Sí, su padre la trataba con indulgencia y ella lo sabía. Pero aunque sabía que era la niña de sus ojos, no se aprovechaba de ello. Además, sabía por qué su padre la mimaba tanto.

Ella era todo lo que su padre tenía. Casi no recordaba a su madre, sólo se acordaba de oírla cantar mientras ella se dormía.

«Por eso te gusta la música«, le decía su padre una y otra vez. «Tu maravillosa madre te inculcó el gusto por la música». Después, su padre suspiraba y a ella le invadía una profunda tristeza.

Quería que su padre estuviera orgulloso de ella, quería verle sonreír. Y entonces volvió a arrugársele el ceño. Durante los últimos meses, a su padre le costaba bastante sonreír. No era que estuviese enfadado, más bien parecía… preocupado. Como si tuviera mucho en lo que pensar.

Le había preguntado al respecto en una ocasión, pero su padre sólo le había contestado:

–Ah, no es nada, sólo el mercado… el mercado.

La situación mejorará pronto. Siempre pasa. Es cuestión de ciclos.

Había estado preocupada por él durante un tiempo, pero la proximidad de los exámenes había distraído su atención. Al acabar los exámenes habían sido las vacaciones, y había ido a Viena en una excursión organizada por la universidad. Aunque su padre había parpadeado al enterarse del precio del viaje, le había dado un cheque inmediatamente.

El viaje a Viena había sido tan maravilloso como había imaginado, igual que la excursión a Salzburgo, por la que había tenido que pagar aparte y había sido muy cara. Pero había merecido la pena. Como regalo, le había comprado a su padre una enorme caja de bombones Mozartkugeln; él le había dado las gracias, pero seguía dando la impresión de estar preocupado. La había escuchado mientras contaba las anécdotas del viaje, pero con expresión ausente. Después, se había ido a su estudio.

–Tengo que hacer unas llamadas telefónicas, cielo –le había dicho, y ella no había vuelto a verle en toda la tarde.

Era extraño que su padre evitara su compañía y, al día siguiente durante el desayuno, armándose de valor, le había preguntado si no le iban bien las cosas.

–Vamos, cariño, no quiero que te preocupen cosas por las que no te tienes que preocupar –le había contestado su padre con firmeza–. Los negocios tienen sus momentos buenos y malos, nada más. A todo el mundo le está afectando la recesión económica. Eso es todo.

Y eso había sido todo lo que le había sacado a su padre; aunque no era de extrañar, su padre jamás hablaba de negocios con ella. Ni siquiera sabía a qué se dedicaba su empresa, Granton plc. Sabía que tenía algo que ver con la propiedad, las finanzas y cosas por el estilo; y a pesar de que, a veces, creía que debería mostrar más interés, le importaba poco, y también sabía que su padre no quería que se interesara por esas cosas. Su padre la mimaba mucho y, además, estaba algo chapado a la antigua: prefería que hiciera algo artístico, como la música, a dedicarse a los negocios.

Por fin salió del parque. Las calles eran tranquilas en esa zona y respiró profundamente, deleitándose en el espectáculo de los almendros en flor mientras se acercaba a su casa.

Abrió la puerta con su llave, dejó sus bolsas encima del mueble del recibidor y se miró al espejo: pelo largo, rubio y algo revuelto, rostro ovalado, ojos azul grisáceo, poco maquillaje, pendientes de gitana que hacían juego con la falda suelta.

Como tenía las manos pegajosas de ir en los autobuses, se metió en el cuarto de baño del piso bajo para lavárselas; después, subió las escaleras. Tenía el ático de la casa para ella sola, un regalo de su padre por su decimotercer cumpleaños y el sueño de cualquier adolescente.

Pero se detuvo en el descansillo del primer piso al oír la voz de su padre, que parecía proceder del cuarto de estar.

Sonriendo, se apartó de las escaleras y se dirigió hacia allí. Al llegar, abrió las puertas de par en par y entró como un vendaval.

–¡Papá! ¡No esperaba que estuvieras en casa ya! Yo…

Pero calló bruscamente. Su padre no estaba solo…

Era fantástico. Era más alto que su padre y que ella. Y delgado. Llevaba un traje de exquisito corte; sin duda alguna, diseño italiano, igual que la camisa y la corbata. Pero no era la ropa de ese hombre lo que la hizo contener la respiración mientras su pulso se aceleraba. No, era el cuerpo debajo del traje. Y la cara. Una cara de marcada mandíbula, pómulos prominentes y, sobre todo, unos ojos oscuros de largas pestañas que la estaban mirando y la hacían sentir…

–Sophie, cielo, deja que te presente a nuestro invitado.

La voz de su padre la hizo parpadear, pero su mirada seguía fija en ese hombre de pie en el centro de la estancia. Un hombre de

quitar la respiración. Un hombre como para morirse. No parecía capaz de dejar de mirarle.

Ese hombre la había dejado sin habla.

–Éste es Nikos Kazandros. Ésta es mi hija, Sophie.

Nikos Kazandros. Le dio vueltas en la cabeza al nombre. Debía de ser griego. Nikos Kazandros. Lo repitió una y otra vez mentalmente mientras apenas era consciente de las palabras de presentación de su padre. Después, se oyó a sí misma saludar educadamente y, como en sueños, le dio la mano a aquel hombre.

La palma y los dedos de la mano de él estaban fríos y eran fuertes, y la hicieron sentir una vibración en todo el cuerpo. Retiró la mano por fin, pero continuó mirándolo fijamente.

Entonces, su padre volvió a hablar:

–Mi hija es estudiante, señor Kazandros, pero tengo la suerte de que haya preferido seguir viviendo aquí y no en una residencia de estudiantes –su padre lanzó una queda carcajada.

Los negros ojos de Nikos Kazandros se posaron en ella otra vez, dejándola de nuevo sin respiración.

–¿Qué es lo que estudia? –preguntó Nikos, dirigiéndose directamente a ella. Esa voz profunda y con ligero acento extranjero volvió a confundirla. Y esos ojos, esos ojos fijos en ella, tan oscuros, tan oscuros…

–Música –respondió Sophie con voz entrecortada.

–¿Música? ¿Qué instrumento?

–Piano –respondió ella, que parecía incapaz de pronunciar más de una palabra a modo de respuesta.

–Seguro que Sophie tocará algo después de la cena –dijo Edward Granton.

Los ojos de Sophie volaron hacia su padre.

–¿Se va a quedar a cenar el señor Kazandros?

–Su padre ha tenido la amabilidad de invitarme –murmuró Nikos Kazandros con voz suave–. Espero que no le moleste.

–¡No, no, claro que no! No, no, en absoluto –contestó ella con voz aún quebrada. Después, sonrió–. ¡Será estupendo!

–Sophie –dijo su padre–, ya le he dicho a la señora T que tenemos un invitado a cenar; pero si no te importa, pásate por la cocina y pregúntale si necesita ayuda, ¿de acuerdo? Y ahora, si no te importa, hija, el señor Kazandros y yo tenemos que hablar de

negocios, así que…

Sophie se dio por enterada al instante.

–Sí, claro. Bueno, hasta luego entonces.

Sophie salió precipitadamente de la estancia y, al llegar al descansillo, se dio cuenta de que el corazón le palpitaba con fuerza. Olvidándose de que su padre le había pedido que fuera a ver al ama de llaves, corrió escaleras arriba, a su ático. Allí, se tiró encima de la cama mientras sentía como si el corazón quisiera salírsele del pecho.

Nikos Kazandros. Tenía ese nombre estampado en el cerebro y lo pronunció en voz alta, para oír las sílabas con su exótica entonación. Pero… ¿qué estaba haciendo ese hombre allí? Hasta ese momento, todos los hombres de negocios que habían pasado por su casa eran mayores y aburridos. Pero ese hombre… ¡Vaya hombre! Parecía un actor de cine, no un hombre de negocios.

Sophie lanzó una exuberante carcajada. Le daba igual quién fuera, sólo sabía que estaba allí, en su casa, y que iba a volver a verle pronto.

Se puso en pie de un salto, horrorizada. ¿Qué hora era? Solían cenar a las ocho, por lo tanto… ¿de cuánto tiempo disponía? Agarró el reloj de la mesilla de noche y lanzó un quedo grito. ¿Estaría lista a tiempo?

No lista para la cena. Lista para Nikos Kazandros.

Nikos Kazandros. Nikos Kazandros…

Nikos estaba oyendo a Edward Granton, pero no prestaba atención a sus palabras. De todos modos, sabía lo que quería decirle, sabía lo que podía esperar y también lo que había que hacer.

Lo que no había esperado era lo ocurrido diez minutos antes en el cuarto de estar.

¡*Thee mou,* esa chica era un dulce! Incluso ahora, después de haber recuperado la compostura, aún sentía la vibración del momento en el que ella había abierto las puertas y había entrado. Había sido como una aparición.

Una chica exquisita.

Pero era joven. Demasiado joven. No parecía pasar de los dieciocho y Edward Granton había dicho que estaba estudiando.

Una pena. Una pena que fuera tan joven. Una pena que fuera la hija de su anfitrión. Una pena estar allí por cuestión de negocios y no por placer.

Nikos volvió su atención a Edward Granton, a los números que le estaba presentando, a sus argumentos y a la proposición que le estaba haciendo. Hablaba con convicción, tenía poderes de persuasión y… no había logrado ocultar el hecho de que estaba al borde de la ruina. Granton plc se iba abajo.

¿Iba Kazandros Corp a salvar a Granton plc? Quizá. La empresa tenía su valor, pero perdía dinero a espuertas. Granton había tomado decisiones precipitadas y le había ocurrido lo que le ocurría a muchos en su situación, que con ello sólo había conseguido empeorar las cosas. Y ahora ya no disponía de tiempo. En menos de un mes tenía que hacer un pago importante y no disponía del dinero para hacerlo; y a partir de ahí, todo se complicaba más.

Lo único que podía salvar a Granton plc, y al mismo Granton, era algo como Kazandros Corp.

¿Iba Kazandros Corp a rescatar a Granton plc? Pronto lo sabría, pensó él. Pero sería él quien pondría las condiciones, no Edward Granton.

Era su trabajo. Su padre se lo había confiado a él con la esperanza de que tomara las decisiones acertadas con el fin de que el negocio resultara rentable a largo plazo. Si los números que estaba leyendo eran correctos, sería una buena inversión; con ella, entrarían en el mercado inmobiliario en Londres. Sin embargo, aunque los números no mintieran, había ciertos riesgos.

Era el momento de examinar esos papeles a fondo. Con los ojos fijos en esos folios que Edward Granton le había presentado, Nikos se olvidó de todo lo demás.

Incluida esa dulce chica demasiado joven para él.

Sophie se miró en el espejo con actitud crítica. No se había mostrado tan crítica consigo misma desde… ¡Desde Dios sabía cuándo! Quizá desde que había empezado a salir con Joel, pero de eso hacía un año y ya no estaban juntos. Tenía gracia, pensó mientras se cercioraba de que el maquillaje de los dos ojos era simétrico, que le hubiera gustado Joel. Por supuesto, tenía su encanto: rubio, guapo, simpático…

Pero era muy joven, un chico.

Nikos Kazandros no era un chico. De nuevo, su mente evocó la imagen de él y, al instante, el pulso se le aceleró. Era una sensación maravillosa. Sentía excitación y temblaba al mismo tiempo. Nunca había sentido nada parecido con Joel, de eso estaba segura. Había sido más bien satisfacción por el hecho de que Joel la hubiera elegido a ella en vez de a Hayley. Sus ojos oscurecieron brevemente al recordar que Joel había empezado a salir con Hayley tan pronto como ella y él habían roto.

Apretó los labios. Evidentemente, Hayley había dejado muy claro que estaba dispuesta a darle a Joel lo que él quería de las chicas con las que salía. Y lo que había querido de ella también, pero que no había conseguido. Por eso habían roto.

Apretó los labios con más fuerza. De ninguna manera había estado dispuesta a perder el tiempo con Joel, que sólo había salido con ella con la intención de convencerla de que se acostara con él. Nada especial para él, sólo una conquista más.

«¡No, no va a ser así! Va a ser algo realmente especial y con alguien muy especial».

Súbitamente, volvió a aparecer en su mente la imagen del invitado de su padre. Parpadeó y no pudo evitar el temblor que le recorrió el cuerpo.

Alguien especial.

Nikos Kazandros.

Se apartó del espejo. ¡No, eso era absurdo! Acababa de conocerle, apenas había pasado con él unos minutos. ¿Cómo se le ocurría pensar…?

Sintió calor en las mejillas. Era tonta. Volvió a acercarse al espejo y se miró de arriba abajo, concentrándose en su aspecto.

Sabía que se había esforzado tanto como había podido.

¡Por Nikos Kazandros cualquier mujer lo haría!

De nuevo, sintió que los latidos de su corazón se aceleraban y que le costaba más respirar. Sintió un maravilloso escalofrío recorrerle el cuerpo. Una gran excitación se apoderó de ella.

Se miró por última vez en el espejo. Si no conseguía que Nikos Kazandros se fijara en ella esa noche, no lo conseguiría jamás.

Se miró el pequeño reloj de pulsera de oro y, tras sacudir la cabeza, se dirigió a la puerta y salió de sus habitaciones.

Oyó la voz de su padre en el cuarto de estar. Las puertas estaban abiertas y, sin embargo, se detuvo en el umbral. No lo hizo intencionadamente, sino porque, de repente, se había quedado sin respiración.

Estaba nerviosa.

«¿Y si no es tan guapo como me ha parecido al principio? Quizá, cuando vuelva a verle, me va a decepcionar. Puede que su nariz me parezca demasiado grande o los ojos demasiado juntos. Debe tener defectos. Es posible que ya no me guste».

Pero no era eso por lo que estaba nerviosa y lo sabía. Había otro motivo: la sensación de que algo importante iba a ocurrirle.

Intencionadamente, al entrar en la estancia, no hizo lo que el instinto la empujaba a hacer y, por tanto, no permitió que sus ojos se posaran en la alta figura de Nikos Kazandros. Apareció en la periferia de su visión, pero controló su mirada.

Su padre la recibió cariñosamente, parecía casi aliviado de su llegada. Eso le preocupó momentáneamente. Se acercó a él, le besó en la mejilla y luego se volvió hacia su invitado.

–Señor Kazandros –Sophie sonrió.

Durante unos instantes, él no respondió a su sonrisa. Durante unos instantes, su rostro careció de expresión. Ella se preguntó a qué se debería. Pero al momento él le devolvió el saludo.

–Señorita Granton –inclinó ligeramente la cabeza, un gesto muy continental. Le recordó Viena, donde todo el mundo era muy formal. Lanzó una queda risa.

–Por favor, llámeme Sophie y tutéeme. ¡Señorita Granton parece un nombre propio de una novela de Jane Austen! Nombre de vieja solterona.

–Lo cual no creo que sea muy probable –respondió él burlonamente.

Pero ella no estaba prestando demasiada atención a sus palabras. Al permitirse mirarle, una inmensa excitación se había apoderado de ella. ¡No lo había imaginado! Ese hombre era tan guapo como le había parecido a primera vista. ¿Cómo se le había podido ocurrir que él pudiera tener algún defecto? ¡Ninguno, absolutamente ninguno! ¡Era fantástico!

Y no era un niño. Ése era un hombre, un hombre de mundo, un hombre de negocios, un hombre sofisticado, seguro de sí mismo,

inteligente y con experiencia.

Con experiencia.

No pudo evitar desviar la mirada a sus labios.

Unos labios esculpidos, maravillosos.

Con experiencia.

«Seguro que sabe besar extraordinariamente bien».

Su padre estaba diciendo algo e hizo un esfuerzo por prestarle atención.

–¿Un zumo de naranja como siempre, cielo?

–Mmmm. Creo que esta noche voy a tomar un Bellini, papá –inmediatamente se arrepintió de haber dicho «papá».

«Pareces una niña pequeña hablando así».

Evitó mirar a Nikos Kazandros por si él adivinaba en sus ojos sus pensamientos. No quería que pensara que era una niña pequeña.

Su padre se detuvo delante del mueble bar.

–Sophie, cielo, no hay ninguna botella de champán abierta. No me gustaría desperdiciar una botella sólo por una copa. Toma otra cosa.

Sophie se quedó momentáneamente paralizada. Pero se recuperó pronto y miró a Nikos Kazandros, cuya expresión era ilegible.

–¿Qué está tomando usted, señor Kazandros? –preguntó con voz entrecortada observando la copa que él tenía en las manos.

–Nikos y tutéame, por favor –dijo él con voz suave, hablándole sólo a ella–. Y estoy tomando un martini seco, muy seco. Al principio, suele no gustar.

–Sophie, no te gustaría en absoluto, créeme –le dijo su padre.

–Pero el martini dulce está muy bueno –sugirió Nikos.

Sophie sonrió.

–¡Perfecto! Eso es, papá. ¡Un martini dulce, por favor!

¡Maldición, había dicho «papá» otra vez!

Al mirarle, le sorprendió con los ojos fijos en su rostro. Y no sólo en su rostro… Brevemente, la había mirado de arriba abajo, suficiente para decirle lo que quería saber, pensó triunfalmente. No se había esforzado en vano.

El vestido de noche corto que llevaba era uno de sus preferidos. Era de color melocotón, un color que le sentaba maravillosamente. El tejido era tan ligero que se le pegaba al cuerpo. No era excesivamente atrevido, sino insinuante. Le llegaba por encima de

las rodillas y alargaba increíblemente sus piernas. El cuerpo del vestido realzaba su busto y hacía que la cintura pareciera más estrecha de lo que realmente era.

Era un vestido increíblemente caro, pero le sacaba provecho ya que se lo ponía con frecuencia. Sin embargo, nunca se había alegrado tanto de tener ese vestido como en aquel momento.

Ahora, mientras los experimentados ojos de Nikos Kazandros se paseaban por su cuerpo, su instinto femenino le dijo con toda seguridad que a él le gustaba lo que veía.

Y mucho.

Abrió los labios y sonrió, mezcla de alegría y alivio.

«Quiero gustarle».

Pero vivían en mundos diferentes. No sólo porque ella era una estudiante y él un hombre lo suficientemente mayor para hacer negocios con su padre, sino porque no hacía falta más que mirarle para darse cuenta de que Nikos Kazandros se desenvolvía en los lugares de moda esparcidos por el Mediterráneo y el Caribe, los Alpes y las islas delOcéano Índico. Clubs de moda en ciudades de moda de los que quedaban excluidos los que no eran suficientemente ricos ni suficientemente sofisticados. Era un mundo de mucho dinero. Era el mundo al que Nikos Kazandros pertenecía.

Durante un momento, sintió una profunda consternación, consciente de la distancia que los separaba.

Entonces, los ojos de él volvieron a clavarse en los suyos.

Y Sophie dejó de respirar. Completamente. Como si el oxígeno no fuera imprescindible para su supervivencia.

Porque no lo era. Lo único necesario para su supervivencia en ese momento era la mirada que Nikos Kazandros le estaba lanzando.

Ahora sabía lo que significaba que el mundo dejara de dar vueltas. Durante un increíble y eterno momento le devolvió la mirada.

Entonces, como si procediera de muy lejos, oyó la voz de su padre:

–¿Sophie?

Ella parpadeó. El mundo se puso a girar otra vez. Su padre estaba allí, ofreciéndole el martini dulce. Agarró el vaso y se lo llevó a los labios… y volvió a mirarle.

Y sonrió.

Nikos bebió un sorbo de su martini seco. Lo necesitaba. Estaba perdiendo el control y era imprescindible que lo recuperase cuanto antes.

Si antes Sophie Granton le había parecido dulce, ahora no encontraba palabras para describirla.

Excepto… que era una mujer que quitaba el sentido.

Pero de forma distinta a las mujeres a las que estaba acostumbrado… y le resultaba irresistible.

Sophie estaba ahí de pie, con su perfecta figura, su perfecto rostro y su perfecto cabello. Y ahora, con algo más de maquillaje, parecía más mayor, de lo que se alegraba infinitamente.

¿Porque quizá esa chica no fuera tan inalcanzable como le había parecido al principio?

La realidad le golpeó. No había ido ahí para conquistar a la irresistible hija de Edward Granton, sino para averiguar si merecía la pena hacer un esfuerzo por salvar de la ruina a Granton plc. Nada más.

Sin embargo…

En fin, ya que iba a cenar allí, ¿por qué no disfrutar? ¿Por qué no saborear la belleza de esa chica?

La reunión con Edward Granton no había sido fácil. Los números no eran demasiado buenos. La cuestión era, ¿salvaba o no a la empresa?

Granton estaba tenso; eso, en sí mismo, era una mala señal y a tener en cuenta. Su padre le había enseñado bien y le había hecho aprender que cualquier equivocación en el mundo de los negocios podía salirle muy cara. Por importante que fuera Kazandros Corp en ese momento, siempre podía venirse abajo… Así que, ocurriera lo que ocurriese, tomaría la decisión adecuada respecto a Granton plc, su padre confiaba en él.

Y, por supuesto, su padre confiaba en que nada, absolutamente nada, le desviara de la tarea que le había sido encomendada y por la que había ido a Londres.

Incluida la chica de la que no podía apartar los ojos. Por eso, durante un momento, pensó incluso en poner una disculpa y marcharse de allí sin cenar. Sería más seguro.

¿Más seguro?

¿Por qué había elegido esa palabra? Frunció el ceño. Era como si presintiera un peligro al acecho. Rechazó la idea con impaciencia. Estaba exagerando. Lo único que tenía que hacer era cenar con Edward Granton y su hija, nada más.

¿Era consciente la chica de la difícil situación en la que su padre se encontraba? ¿Conocía el delicado estado financiero de la empresa que pagaba sus ropas de diseño y su casa en uno de los barrios más caros de Londres? Eso, sin mencionar los estudios y el piano de cola que podía ver en la sala contigua a ésa.

No, no debía saberlo. A parte de que Edward Granton le parecía la clase de padre chapado a la antigua, indulgente y protector, ella daba la impresión de no tener una sola preocupación en el mundo. Lo único que parecía ocupar la mente de esa chica en ese momento, pensó con satisfacción, era él.

Le resultaba evidente. Por supuesto, ella no se le estaba insinuando ni nada parecido. Entonces, ¿qué era?

Esa chica tenía una reacción completamente natural respecto a él.

Lo veía en sus ojos, en el modo como le miraba, en la forma como separaba los labios, en su voz ligeramente entrecortada…

Y no podía evitar responder del mismo modo.

–El nombre de Holland Park viene de Holland House, la casa que estaba en el parque –estaba diciendo la chica–. Por desgracia, la casa fue bombardeada durante la segunda guerra mundial y sólo queda alguna parte aislada, como el invernadero. Pero el parque es precioso y, siempre que hace buen tiempo, lo cruzo al volver de la escuela de música a casa. Como hoy.

Ella sonrió, una sonrisa que le quitó la respiración. Una sonrisa cautivadora.

Cautivadora…

¿Por qué se le había ocurrido esa palabra? No lo sabía, pero lo que sí sabía ya era cómo describir a esa chica.

«¿Qué me está pasando?», se preguntó Nikos a sí mismo en silencio. Una pregunta que no pudo responder, que no podía responder.

Y ella continuó en esa tónica durante el resto de la velada: dedicándole radiantes sonrisas, mirándole con los ojos muy

abiertos, sin ocultar lo que estaba haciendo. Y no le disgustó, ni le hizo adoptar una actitud cínica ni nada parecido. Simplemente… fue algo recíproco.

«Nunca he conocido a una chica como ésta».

Y era verdad. Continuó pensándolo durante la cena, en la que, fundamentalmente, hablaron Sophie y él. Después, cuando volvieron al salón para tomar café, recordó lo que Edward Granton había dicho unas horas antes y le pidió a Sophie que tocara el piano.

La música le resultó indiferente, pero no la pianista. Disfrutó mirándola sentada al piano, su hermoso perfil adornado por un glorioso y sedoso cabello rubio, las manos recorriendo delicadamente el teclado del piano.

Y ahí sentado, con una taza de café en la mano, contemplándola, supo con absoluta certeza que volvería a verla.

Mostró sus cartas cuando la tarde llegó a su fin. A punto de marcharse, mirándola fijamente, sonrió a Sophie.

–¿Me permites que te invite a un concierto mientras estoy aquí en Londres? –murmuró al tiempo que, educadamente, lanzaba una mirada a Edward Granton–. Con el permiso de tu padre, por supuesto.

Durante un momento, le pareció que el padre de Sophie titubeaba. Después, al mirar a su hija, asintió.

Nikos advirtió que los ojos de Sophie brillaban como las estrellas.

–¡Sería estupendo! –exclamó ella.

Sophie tembló de placer. ¡Nikos quería volver a verla! ¡Le había pedido que saliera con él! ¡Ese hombre maravilloso, increíble, que le quitaba la respiración, estaba interesado en ella! Tenía que estarlo. De lo contrario, no la habría invitado a un concierto, le habría dado las buenas noches y se acabó.

«¡Pero quiere verme otra vez!»

Mientras su padre acompañaba a Nikos a la puerta, ella se abrazó a sí misma, emocionada e incrédula. Unos momentos más tarde, su padre volvió al salón.

–Papá, ¿no es maravilloso?

Pero la expresión de su padre era extraña.

–Es un joven muy apuesto –contestó su padre.

Sophie interpretó correctamente la expresión de su padre y resplicó:

–Eso no es un halago, sino una advertencia, ¿verdad?

Su padre asintió con desgana y respiró profundamente.

–Nikos Kazandros es un joven claramente privilegiado. Con su aspecto y la vida que lleva, puede esperar que cualquier mujer caiga rendida a sus pies… ¡Y también que haga lo que él quiera que haga! –su padre la miró directamente a los ojos–. Ten cuidado, Sophie. No me gustaría que te hicieran daño. Y menos ahora, cuando…

Su padre se interrumpió. Después, dio un giro a la conversación al añadir:

–Ha sido un día muy largo. Mañana tengo reuniones desde muy temprano, así que no te veré antes de que vayas a la escuela de música –se le acercó para darle un beso en la mejilla–. Cariño, perdona que sea tan protector contigo, pero sólo quiero lo mejor para ti. Si estás decidida a aceptar la invitación del señor Kazandros, pásalo bien. Pero no esperes demasiado. Y otra cosa, Sophie, tampoco olvides que estoy tratando de negocios con él.

La repentina tensión en la voz de su padre la hizo dar un paso atrás y quedárselo mirando.

–¿Negocios… importantes? –preguntó ella vacilante.

Su padre pareció aún más tenso; después, le vio relajarse.

–¡Sólo te pido que no le cuentes secretos de nuestro negocio! –exclamó su padre con intencionada ligereza. –¡No sé nada del negocio! –contestó ella con sonrisa burlona.

–Mejor –respondió su padre antes de darle un beso en la frente.

Pero al hacerlo, le sintió agarrarle los hombros con fuerza, como si una intensa emoción se hubiera apoderado de él. El cariño filial la sobrecogió.

–¡Papá, no te preocupes, tendré cuidado! ¡Tendré cuidado de todo! ¡No le contaré ningún secreto del negocio y no dejaré que me conquiste! ¡Pero es que es tan maravilloso!

Sophie salió de allí con paso ligero y la mente nuevamente absorta en el maravilloso, guapísimo e irresistible Nikos Kazandros.

Al día siguiente, al volver de la escuela, Sophie descubrió que no había ningún mensaje esperándola.

El corazón se le encogió. Subió las escaleras hasta su habitación,

se dejó caer en la cama y se sintió como si el mundo se le viniera encima.

El dolor era casi físico, aunque sabía que había sido ridículamente optimista. Ahora sabía que Nikos Kazandros no la llamaría. Nunca, nunca, nunca…

El teléfono interior de la casa sonó y ella, con desgana, descolgó el auricular.

–¿Señorita Sophie? –dijo la señora T–. Le agradecería que bajara a la cocina. ¡Han traído algo para usted y no estoy dispuesta a subir las escaleras con ello!

«Los libros de música», pensó Sophie sin ilusión. Sabía que pesaban una tonelada y no le extrañaba que la señora T se negara a subirlos al ático. Con andar cansino, bajó las escaleras. Pero al ver lo que había encima de la consola del vestíbulo, la ilusión volvió a apoderarse de ella.

Flores. Un ramo tan grande que no era de extrañar que el ama de llaves se hubiera negado a subirlo. Un ramo de flores fragantes y exóticas. Y una nota escrita a mano:

> Espero que una gala en Covent Garden sea de tu agrado. Enviaré un coche para que te recoja mañana a las siete.

Estaba firmado sólo con las iniciales de él. Sophie se abrazó y subió las escaleras bailando, con el ramo en los brazos y el corazón extasiado.

Le llevó una eternidad arreglarse. Justo acababa de terminar cuando la limusina llegó a su casa para recogerla, y aunque sintió cierta desilusión al ver que era la única pasajera, no pudo evitar una creciente ilusión mientras se acercaban a Covent Garden. Cuando llegó, estaba temblando; y cuando se bajó del vehículo, Nikos avanzaba hacia ella.

Se quedó inmóvil.

Nikos, con esmoquin, la hizo derretirse.

Nikos le tomó la mano y murmuró algo en griego. Clavó los ojos en su rostro y ella volvió a sentir una incontenible excitación.

–Pareces… –comenzó a decir él con voz ronca, pero no pudo continuar.

¡No había palabras para describirla! Por supuesto, podía describir el vestido, una especie de túnica de seda color marfil y una estola haciendo juego, y unas perlas rodeándole la garganta que parecían lágrimas de ángeles. Llevaba el cabello recogido en un moño suelto en la nuca y el maquillaje apenas se notaba, sólo cumplía la función de ensalzar su exquisita belleza. Una belleza para la que no tenía palabras, sólo deseo.

Y no el deseo que había sentido hasta ahora, sino un deseo distinto, diferente. Se trataba de una sensación nueva, algo que le hacía querer… querer…

No sabía qué. Y tampoco se molestó en tratar de averiguarlo. ¿Para qué? No lo necesitaba. Lo único que necesitaba era sonreírle y llevarla a la ópera, y murmurarle algo apropiado como que se alegraba de que hubiera accedido a acompañarle aquella noche.

Los ojos de ella se agrandaron.

–¿Contenta? –sugirió ella–. ¡Todavía no puedo creer que hayas conseguido entradas! ¡Están a precio de oro para funciones como ésta!

Nikos sonrió.

–Ah, ahora sé por qué has aceptado mi invitación. Y yo, como un idiota, creyendo que era por mi compañía y no porque fueran entradas a precio de oro.

Ella le clavó los ojos.

–¿Cómo puedes pensar eso? –dijo ella casi sin respiración.

Nikos se quedó inmóvil. Le pasaba constantemente cuando estaba con ella, cuando Sophie le miraba de esa manera.

«¿Qué me está pasando?»

Pero dejó de intentar analizarlo. Se entregó al momento, a la experiencia de sentir que algo nuevo le estaba pasando, algo completamente nuevo.

Ella estaba caminando con garbo y él notó que las miradas de algunos hombres la seguían. Y también vio que Sophie miraba a su alrededor agrandando los ojos mientras se abrían paso entre el gentío. En el atestado bar, unos camareros circulaban con bandejas con copas de champán. Él agarró dos copas, y le ofreció una a Sophie.

Sophie bebió un sorbo y se inclinó ligeramente hacia él, que estaba alzando su copa a modo de brindis.

–Por una tarde inolvidable –brindó Nikos.

Sophie no necesitaba repetir esas palabras para saber que eran acertadas. ¡Maravillosa y mágicamente acertadas!

Y así fue el resto del tiempo. Ella sentada al lado de Nikos mientras unos de los mejores cantantes de ópera cantaban en el escenario. En ningún momento de la representación dejó de ser consciente de la presencia de Nikos a su lado: la esbelta fuerza de su cuerpo, el ocasional roce de la manga de la chaqueta de su traje… Y cuando la representación llegó a su fin, embargada por la emoción, se volvió a Nikos mientras daba los últimos aplausos.

–¡Gracias! ¡Gracias! ¡Recordaré este momento toda la vida!

Sus ojos parecían estrellas, empañados por la emoción.

Sophie vio la expresión de él congelarse. Después, despacio, Nikos le tomó una mano y se la llevó a los labios.

–Y yo –respondió Nikos con voz suave.

Sophie no podía moverse del asiento: el corazón en el cielo, el rostro iluminado, los labios entreabiertos, mirándole, sintiendo cosas que jamás en la vida había sentido. Cosas que no había creído posible sentir.

El suave roce de los labios de Nikos en su mano la había dejado sin respiración. Entonces, él le bajó la mano, pero no se la soltó, sino que tiró suavemente de ella para ayudarla a levantarse, como estaba haciendo todo el mundo.

Nikos entrelazó los dedos con los suyos, unos dedos fuertes y cálidos, y se sintió algo desfallecida por lo nuevo y maravilloso del momento.

¡Nikos! ¡Nikos! ¡Nikos!

Se sentía en una nube mientras caminaba al lado de él, aún de la mano, camino de la salida de la ópera. Les llevó siglos salir. Por fin, Nikos la ayudó a subirse a la limusina y él se sentó a su lado. Al momento, el vehículo se puso en marcha.

–Le he pedido a tu padre que me permitiera invitarte a cenar después de la función –dijo Nikos con ojos brillantes–. Me ha dado hasta medianoche, ni un minuto más.

Sophie lanzó una queda carcajada.

–Es muy conservador.

Pero a Nikos no le provocó risa.

–Tiene motivos para preocuparse por ti –respondió Nikos en tono serio; después, su voz cambió–. Bueno, espero que te guste el restaurante que he elegido.

Podía haberla llevado a una casa de comidas con menú del día y le habría encantado, pero el establecimiento era infinitamente más lujoso. No había mucha gente y su mesa era muy privada. No sabía realmente lo que había comido ni tampoco recordaba lo que habían hablado. Su atención estaba centrada en Nikos. Se limitó a mirarle, a escucharle, consciente de que era el hombre más maravilloso que había conocido.

Cuando dos horas más tarde Nikos la dejó delante de la puerta de su casa, ella sabía algo más. Algo increíble.

Estaba enamorada.

Lo sabía con absoluta certeza. ¡Estaba enamorada de Nikos Kazandros!

Capítulo 3

Sophie.

Tras un momento de agonía, Sophie volvió el rostro hacia Nikos y le miró con ojos carentes de expresión.

–¿Qué quieres? –respondió ella gélidamente. Una chispa en las profundidades de esos ojos negros en los que, años atrás, ella se había sumergido.

–¿Que qué quiero? –repitió él con dureza–. ¿Por qué iba yo a querer nada… nada de lo que tú ofreces ahora? ¡Cosmo puede quedarse contigo y tus encantos… tan a la vista! –sus ojos la fustigaron con el látigo del desdén.

Pero ella no podía sentirlo, no podía sentir el acero de esas palabras, su burla. ¿Qué le importaba a ella? ¿Qué tenía que ver con ella?

Nada. Nada, nunca jamás.

–Déjame en paz, Nikos –contestó Sophie antes de darse media vuelta y alejarse.

Al verla retirarse, Nikos se vio presa de una extraña emoción. Entonces, bruscamente, se dio cuenta de que Georgias parecía haber desaparecido.

Lanzando una maldición en voz baja, miró a su alrededor y, al no verlo por ninguna parte, se dirigió hacia un ancho pasillo que claramente conducía a los dormitorios del piso.

Le llevó un rato dar con Georgias, lo encontró con la corbata suelta, la camisa desabrochada y encima de una cama con la chica con la que había estado bailando, ésta aún con menos ropa que él.

Nikos la apartó de Georgias y después tiró del muchacho hasta levantarle: casi sin sentido, con los ojos vidriosos y el cabello revuelto. Esperaba que Nikos sólo tuviera alcohol en la sangre.

Le costó algo de tiempo y esfuerzo sacar a Georgias del piso y meterlo en el ascensor. Tuvo que hacer bastante fuerza para cruzar el vestíbulo del edificio con el muchacho y, una vez que el aire fresco de la noche le golpeó el rostro, Georgias perdió el

conocimiento.

Nikos miró al otro lado de la calle con expresión de enfado. Había empezado a llover y hacía frío; pero, al menos, un taxista le había visto bajo la cornisa del lujoso edificio de apartamentos y se estaba dirigiendo hacia él.

Con esfuerzo, Nikos metió a Georgias en el taxi, y el chico quedó tumbado de mala manera en el asiento posterior. Apretando los dientes, se subió al taxi y le dio el nombre del hotel en el que se hospedaban al taxista, que se puso en marcha inmediatamente.

Durante el trayecto, una imagen dominaba su mente.

Sophie Granton.

Verla le había afectado. Estaba enfadado y… algo más.

«¿Por qué demonios he tenido que verla?»

Verla otra vez, ver en lo que se había convertido… con un vestido que apenas la cubría y en compañía de un indeseable como Cosmo.

Apretó los labios. Si eso era lo que ella quería ahora, eso era lo que tendría.

Y sin embargo…

Abruptamente, se inclinó hacia delante y dio unos golpes en el cristal de la cabina del taxista.

–Dé la vuelta –le dijo Nikos.

Sophie estaba caminando. Llovía, estaba calada hasta los huesos y estaba congelada, pero no le importaba. Lo único que le preocupaba era lo estúpida que había sido.

No, no sólo estúpida. Estaba enfurecida. Enfadada consigo misma. Asqueada. Era como si un ácido la estuviera corroyendo por dentro.

«¿Es que no voy a aprender nunca? ¿Voy a seguir siendo tan estúpidamente ingenua toda la vida?»

Estaba llena de desprecio por sí misma.

«¡Creía que había aprendido la lección! ¡Todas las lecciones! ¡Creía que, por fin, había espabilado!»

Pero no, no era así. Las agujas de la gélida lluvia le golpearon la cabeza y ella las recibió agradecida, como un bien merecido castigo.

Y continuó caminando a ciegas, llena de desprecio por sí misma e ira.

En la calzada, un coche giró. Un taxi que le salpicó agua de un charco por todas las piernas.

–Entra.

La voz era tensa, iracunda. La puerta del taxi acababa de abrirse delante de ella y quien la sujetaba era Nikos Kazandros.

–¡He dicho que entres!

Sophie se quedó paralizada. En ese momento, Nikos extendió el brazo y la agarró. Ella se resistió momentáneamente, pero Nikos tenía demasiada fuerza y la arrastró hasta el interior del taxi, la obligó a sentarse en el asiento opuesto al de él y cerró la portezuela del vehículo.

–Bien, póngase en marcha –dijo Nikos al taxista.

El taxista lanzó una breve mirada a su última pasajera, pero ella estaba quieta, por lo que pisó el acelerador y puso el coche en marcha una vez más.

El cerebro de Sophie empezó a funcionar de nuevo. Y también sus músculos. Comenzó a temblar, violentamente. El cabello le goteaba.

–¿Estás loca? –le dijo Nikos–. ¿Cómo se te ocurre ir andando por ahí así?

Sophie se lo quedó mirando fijamente. El rímel le corrió por las mejillas, semejándose a lágrimas negras.

–No tenía abrigo –respondió ella.

Le castañeteaban los dientes y tuvo que apretar la mandíbula para controlar el temblor.

–¿Y no se te ha ocurrido tomar un taxi? –preguntó Nikos.

En la cambiante luz del taxi, el empapado vestido se le había pegado al cuerpo, ajustándose a los contornos de su cuerpo. El vestido de noche era como una segunda piel. Parecía medio desnuda…

Involuntariamente y enfadado consigo mismo por ello, sintió la respuesta de su propio cuerpo al de ella bajo esa tela transparente. No pudo evitar fijarse en sus pechos, en sus pezones… Rápidamente, subió los ojos al rostro de Sophie.

Sophie no le había contestado, estaba temblando visiblemente y agarraba con fuerza un pequeño bolso que tenía encima de las piernas. Volvió la cabeza e, intencionadamente, miró a Georgias. Pero Georgias estaba profundamente dormido en el asiento.

–¡Aquí hay una boca de metro! ¡Deja que me vaya!

Nikos volvió su atención a Sophie de nuevo. Ella estaba golpeando el cristal de la cabina del taxista y éste empezó a aminorar la velocidad al acercarse a la boca de metro.

–¿Te has vuelto loca? –dijo Nikos montando en cólera–. ¡Cómo se te puede ocurrir ir al metro así vestida! ¡Estás medio desnuda! –la miró con dureza–. Dime, ¿qué demonios estás haciendo? ¿Qué hacías con Cosmo?

Sophie, sin responder, empezó a forcejear con la palanca de la portezuela del taxi cuando éste llegó a la boca de metro.

Nikos le agarró la muñeca.

–Te he hecho una pregunta.

–Déjame en paz –le espetó ella–. Me bajo aquí.

–¡Ni hablar! –Nikos dio unos golpes en el cristal de la cabina del taxista–. ¡Continúe su camino, no pare!

El taxista se encogió de hombros y aceleró de nuevo, pero Nikos, dándose cuenta de que no hacía más que mirar por el espejo retrovisor, descorrió el cristal de separación.

–Sólo quiero llevarla a su casa, eso es todo. Puede dejarme primero en mi hotel y luego llevarla a su casa, yo le pagaré por adelantado. ¿Le parece bien?

El taxista le miró unos instantes y luego asintió.

–Lo que usted diga, jefe. Es decir, si la señorita no tiene nada que objetar.

Nikos volvió la cabeza hacia Sophie, que estaba muy quieta, con los brazos cruzados como si quisiera esconder su cuerpo de él. Seguía temblando y miraba al suelo. Su rostro estaba inexpresivo y el rímel le caía por las mejillas. Tenía un aspecto terrible.

¿Por qué no estaba con Cosmo?

Nikos se recostó en el respaldo del asiento y la miró.

–Dime, ¿Cosmo ha decidido echarte?

Sophie continuó sin responder, apenas le lanzó una fría mirada. Su falta de reacción le enfadó. Todo le enfadaba. Todo. Quería saber qué había pasado.

–¿O has sido tú quien, al final, no ha querido acostarse con él?

Eso la hizo reaccionar. Sophie le lanzó una mirada asesina.

–¡Eso no entraba en el menú! Y para tu información, tampoco fui yo quien eligió su compañía.

–En ese caso, ¿cómo acabaste con él? –insistió Nikos.

Los ojos de ella echaron chispas.

–¡Me contrató para pasar la tarde! Trabajo como señorita de compañía.

Nikos se quedó inmóvil, no podía creer lo que acababa de oír.

–¿Te prostituyes?

–¡No, claro que no me prostituyo! –refunfuñó ella–. He conseguido trabajo en una agencia como señorita de compañía, eso es todo. ¡Soy plenamente consciente de que muchas chicas hacen algo más que acompañar a los clientes a cenar y a tomar unas copas, pero yo no! –Sophie respiró profundamente–. Así que, al margen de lo que puedas pensar y al margen de lo que ese cretino creyera, el trabajo para el que la agencia me ha contratado es acompañar y eso es lo único que hago. Y él lo sabía, y la agencia lo sabía, y ahora tú también lo sabes… ¡Y me da igual todo lo demás!

Sophie agarró de nuevo la manija de la portezuela y forcejeó con ella, apenas consciente de que el taxista había vuelto a detener el coche. Antes de conseguir quitar el seguro, sintió una mano sobre la suya, apartándosela de la portezuela.

El taxista descorrió el cristal de separación ligeramente y preguntó:

–¿Se encuentra bien, señorita?

–¡Está perfectamente! –respondió Nikos con dureza al tiempo que cerraba el cristal–. Siga conduciendo.

Por fin, Sophie se dio por vencida y el taxista reanudó el camino. Sentía un amargo cansancio y el frío le había calado hasta los huesos. Volvió a temblar.

«¿Por qué me he puesto así? ¿Qué me importa lo que Nikos piense de mí? No significa nada para mí. Nada, nada, nada».

Estaba deprimida, cansada y desesperada. Tembló espasmódicamente. No lograba pensar. No aguantaba más…

–Sophie.

La voz de Nikos la sacó de su ensimismamiento.

«Nikos. Estoy con Nikos Kazandros en un taxi y no sé por qué, ni cómo, ni qué demonios está pasando. Lo único que sé es que no aguanto más, no puedo más…»

–¡Sophie! –repitió Nikos alzando la voz, exigiendo su atención.

Sophie se le quedó mirando y se dio cuenta de que Nikos se

había quitado la chaqueta y se la estaba ofreciendo. Retrocedió en el asiento, como si la chaqueta estuviera envenenada.

–No la quiero –le espetó ella–. Estoy bien.

–Estás completamente mojada y estás helada.

–Estoy bien –repitió ella tercamente.

Los ojos de Nikos se oscurecieron, pero se volvió a poner la chaqueta.

–¿De verdad creías que Cosmo Dimistris sólo quería una mujer atractiva para acompañarle a cenar? –preguntó él mordazmente.

Sophie apretó la mandíbula sin responder.

–¡Contéstame!

Los ojos de ella echaron chispas.

–¿Por qué quieres saberlo? ¿Qué puede importarte?

–Dímelo.

–Sí –respondió Sophie a regañadientes, porque no le debía ninguna explicación a ese hombre, ni tampoco tenía por qué justificarse ante él–. Sí, eso era lo que creía porque en eso consiste mi trabajo exclusivamente. Cuando firmé el contrato con la agencia, dije que yo sólo acompañaba a cenar, nada más. La mujer de la agencia me dijo que bien, que eso era asunto mío, que ellos se limitaban a establecer el contacto con el cliente y…

La dura carcajada de Nikos la interrumpió.

–¿A establecer el contacto? ¡No es posible que seas tan ingenua!

Sophie volvió la cabeza. Tenía una piedra en el estómago. Sí, había sido así de ingenua… hasta el momento en que Cosmo Dimistris le había ofrecido una raya de cocaína y, mientras la llevaba a un dormitorio, le decía que el sexo era mucho mejor con cocaína.

La piedra en el estómago se hizo mucho más pesada. Cosmo le había dejado muy claro que si no se acostaba con él lo mejor que podía hacer era marcharse de allí y dejar de hacerle perder el tiempo, ya que había muchas otras chicas dispuestas a proporcionarle lo que quería.

El taxi estaba llegando a la entrada del hotel.

–Su hotel, jefe.

Inmediatamente, Sophie alargó el brazo para abrir la puerta. Tenía que salir de allí y marcharse a toda prisa. Tenía que alejarse de Nikos Kazandros.

–Quédate donde estás –le dijo él con dureza, claramente una orden.

Sophie le miró con furia.

–El taxista te llevará a donde quieras ir. Pagaré por adelantado.

Al instante, Nikos volvió su atención al otro ocupante del taxi. Ella no tenía idea de quién era y le importaba menos aún. Sólo quería que Nikos se marchara, así ella también podría marcharse.

Nikos emprendió la tarea de despertar a Georgias lo suficiente para sacarle del taxi.

–Vamos, fuera –le dijo a Georgias bruscamente mientras le empujaba hasta hacerle salir del taxi.

Entonces, antes de salir del vehículo, se volvió y lanzó una última mirada a Sophie, que aún temblaba.

–¿Por qué, Sophie? Ya seas una prostituta, una acompañante, una chica de compañía… ¿por qué estás haciendo esto? Cuando llegues a tu casa, mírate en el espejo, Sophie, y piensa si te gusta lo que ves. Pregúntate por qué haces lo que haces.

La voz de Nikos había sido baja, sólo ella le había podido oír.

–¿Por qué crees tú? –le espetó ella–. ¡Necesito el maldito dinero!

Nikos parpadeó al ver el rostro de ella contorsionado y su mirada enloquecida y ennegrecida por el rímel corrido. Entonces, salió del taxi y cerró la portezuela. Se detuvo para sacar la cartera y, con expresión seria, le dio un billete de cincuenta libras al taxista.

–Llévela a donde quiera –le dijo al taxista.

Después, Nikos agarró a Georgias del brazo y entró con él en el hotel.

Dentro del taxi, Sophie le miró hasta que desapareció tras la puerta. Después, fue a salir del coche.

–Eh, señorita, me han pagado para que la lleve a donde quiera –dijo el taxista descorriendo el cristal de separación.

–Necesito una boca de metro –respondió ella con voz tensa y baja.

El taxista pareció preocupado.

–Señorita, el caballero tenía razón. No puede ir al metro así vestida, podrían atacarla, robarle… o cosas peores –el hombre se encogió de hombros–. Ya sé que no es asunto mío, pero preferiría llevarla a alguna parte.

El hombre, sin esperar respuesta, puso en marcha el taxi. Sophie permaneció sentada, temblando. Pero no temblaba de frío.

Nikos, delante del ventanal del cuarto de estar de su habitación del hotel, contemplaba Hyde Park de noche. Se había aflojado la corbata y quitado la chaqueta. Tenía una mano en el dintel de la ventana y, en la otra, un vaso de whisky. Su semblante era sombrío, su expresión, vacía, su mirada, nublada.

Pero sí veía. Sin embargo, lo que veía no era real, lo que veía ya no existía.

«¡Nunca existió! ¡El pasado no era como yo creía que era y me libré de milagro!»

¡Y menos mal que se había librado!

¿Por qué había tenido que volver a verla? ¿Qué mala pasada del destino le había hecho volver a verla?

Bebió un trago de whisky y el fuego del alcohol le quemó la garganta. Quería adormilarse. Quería olvidarse de todo. Suprimir los recuerdos.

Pero no lo iba a conseguir, el recuerdo estaba vivo.

Y no sólo el recuerdo, sino algo mucho más peligroso, más fuerte…

«¡No, no voy a pensar en eso! ¡No voy a permitirme a mí mismo pensar en eso! ¡Nunca jamás! ¡Lo cautericé hace cuatro años y no voy a reavivarlo! ¡No lo haré!»

Puso en acción su poder mental.

«¡Voy a controlar eso! ¡No voy a permitir que me controle a mí!»

Era vital, esencial, mantener el control. Porque si fallaba…

Echó otro trago de whisky. Quería dormir, quería perder la consciencia, pero sabía que si se dormía sería peor, mucho peor, que permanecer despierto. Si se dormía, soñaría…

Recuerdos que no podría controlar. Pero sueños…

Se apartó bruscamente de la ventana y se paseó por la habitación. ¿Cómo demonios había acabado Sophie Granton trabajando de señorita de compañía?

«¡Necesito el maldito dinero!»

Nikos frunció el ceño. ¿Por qué estaba tan necesitada de dinero? ¿Qué la había ocurrido a Sophie Granton a partir del momento en que él había descubierto lo que ella quería desde el principio?

Inevitablemente, Granton plc había quebrado desde el momento en que él se había retirado de las negociaciones y había regresado a Atenas para explicar que los riesgos eran demasiado grandes.

Y así había sido, pero no para Kazandros Corp, sino para él.

«Pero escapé a tiempo. ¡Salvé el pellejo!»

Sin embargo, Edward Granton no había logrado salvar el suyo. El fin había sido rápido, las deudas habían hundido su empresa.

Él ya había vuelto a Atenas y no había considerado que tuviera nada que ver con él lo que le había ocurrido a Edward Granton y a su empresa.

Y mucho menos a su hija.

Y bien, ¿qué le había ocurrido a su hija?

A pesar de que su empresa se hubiera hundido, seguro que Edward Granton había tomado precauciones para no acabar en la ruina completa. Ese hombre no era un estúpido, debía de contar con propiedades y otros bienes para poder seguir viviendo cómodamente durante el resto de su vida.

Quizá Sophie no se había acostumbrado a vivir bajo ciertas restricciones económicas y había seguido gastando un dinero que no tenían. Quizá ahora le habían venido los pagos de las tarjetas de crédito y no sabía cómo cubrirlos.

Quizá había creído realmente que lo único que tenía que hacer era acompañar a un hombre rico a cenar para que él pagara por ese honor. Al pensarlo, lanzó una irónica carcajada. Bien, esa noche Sophie había descubierto que el dinero no se ganaba con tanta facilidad. Con sólo mirarle a los ojos, Sophie debería haberse dado cuenta de que Cosmo había tenido la intención de que ella acabara acostándose con él…

Pero era una equivocación pensar en esas cosas ya que, al momento, una imagen del pasado acudió a su mente:

Sophie, su belleza expuesta a él en incandescente perfección. Su perlada piel, sus sedosos cabellos desparramados sobre la almohada mientras él la tomaba en sus brazos…

¡No! Furioso, trató de aplastar el recuerdo. Igual que una vez había apartado de sí las suplicantes manos de Sophie.

Su expresión se endureció. Sophie sólo había querido una cosa, por mucho que lo hubiera tratado de disimular, y era lo mismo que quería ahora.

Dinero. Nada más que dinero.

¡Ya era suficiente! ¡Había acabado con Sophie Granton, ella no significaba nada para él y era mejor no olvidarlo!

Con expresión decidida, se dirigió al cuarto de baño y luego a la cama.

Capítulo 4

Sophie, torpemente, sacó el analgésico del envoltorio de papel aluminio. Después, con manos temblorosas, se lo metió en la boca y lo tragó con unos sorbos de agua. Quería que el analgésico hiciera efecto instantáneamente, pero sabía que tendría que esperar un poco a que el dolor de cabeza se le pasara. ¡Ojalá el analgésico también pudiera borrar todo lo ocurrido la noche anterior!

El rostro se le contrajo. ¿Cómo podía haber ocurrido? ¿Cómo le había podido jugar tan mala pasada el destino? Cuatro años, hacía cuatro años que su vida había sido destruida. Y ahora, de repente, Nikos Kazandros volvía a aparecer como un espíritu terrible y maligno para burlarse de ella en un momento de máxima vulnerabilidad.

¡Cielos! ¿Acaso Nikos podía creer que ella quería ese horroroso trabajo, vestida como una fulana para salir con un perfecto desconocido? ¡Había tenido que hacer un esfuerzo! Un gran esfuerzo para vestirse así y salir con un tipo que le repugnaba y que la hacía sentirse aún más sucia de lo que ya se sentía.

«¿Es que no he sufrido ya bastante?»

Miró en torno suyo. En el diminuto apartamento apenas había sitio para una cama, un fregadero y un desvencijado mueble con cajones encima del cual había colocado un infiernillo eléctrico y una tetera eléctrica. Pero era todo lo que podía permitirse.

Bajó la cabeza, la carga sobre sus hombros era demasiado pesada. Pero tenía que soportarla, no le quedaba más remedio.

Encima del mueble de cajones estaba la última carta. Tras los primeros renglones de cortesía, la brutal verdad:

> Sentimos informarle de que, a menos que pague los honorarios por adelantado y antes de final de mes, nos veremos obligados a insistir en que busque alternativas a…

«¡Tengo que conseguir el dinero! ¡Tengo que conseguirlo!»

No importaba cómo, lo único que sabía era que tenía que pagar los gastos.

El miedo se apoderó de ella. Ahora, por fin, sabía que el mundo era un lugar terrible, sin compasión, ni misericordia, ni ternura. Sí, eso era lo que había aprendido. Eso era lo que los últimos cuatro años de su vida le habían enseñado.

Y al margen de lo que la gente pudiera pensar de ella, tenía que encontrar ese dinero. ¡Tenía que encontrarlo!

Recordó las crueles palabras de Nikos Kazandros condenándola y la cólera se apoderó de ella. ¿Qué sabía él?

¡La única que lo sabía era ella! ¡Sí, claro que lo sabía! Podía detestar la situación en la que se encontraba, pero nadie iba a sacarla del apuro.

Y amanecía otro día, otro día de lucha.

Y no veía el fin.

Y Nikos Kazandros podía volver al pasado, que era donde merecía estar. ¡Y podía irse al infierno!

Nikos estaba sentado en una de las sillas de cuero alrededor de la mesa ovalada a la que había sentados seis hombres. Estaban tratando un negocio inmobiliario, pero él no estaba prestando atención. Había otros dos hombres de su empresa en la reunión, dos hombres en los que confiaba plenamente, y él estaba allí sólo como director de la gran empresa a la que representaba, Kazandros Corp, puesto que ocupaba desde la jubilación de su padre dos años atrás.

Habían cambiado muchas cosas en cuatro años y no había vuelto la vista atrás. Ni una sola vez. No se lo había permitido. Se había obligado a sí mismo a olvidarse de Sophie Granton…

Pero ella había vuelto.

¡Maldita mujer!

En la oscuridad de la noche había logrado dejar de pensar en ella. Pero ahora, por la mañana, con el sol filtrándose por la ventana de la sala de reuniones de sus abogados, ella había vuelto a invadir sus pensamientos.

La veía por todas partes, todo el tiempo.

Pero no como la había visto la noche anterior, agarrada del brazo de Cosmo Dimistris. Y no como la había visto cuatro años

atrás.

No, la imagen que veía de ella en esos momentos era de una Sophie en el taxi, temblando, empapada y hundida.

Algo le había conmovido, algo que no quería sentir. ¿Por qué sentir eso? ¡Sophie Granton no significaba nada para él! Sabía lo que era ella, lo que estaba dispuesta a hacer para conseguir lo que quería. Si se había metido en un lío, no era problema suyo. Si ella había creído que se merecía una vida fácil y ahora había descubierto que no era así, no era problema de él. No lo había sido hacía cuatro años y ahora tampoco lo era.

Intencionadamente, borró la imagen de su mente. La sustituyó por otra: la imagen de una Sophie con vestido de noche vendiéndose a Cosmo.

Sus ojos oscurecieron de repente. Anoche, Sophie había estado asustada. ¿En serio había creído que los hombres iban a pagar por su compañía y se iban a conformar con eso?

¿Y si a alguno no le gustaba que ella le dijera que no? ¿Y si la próxima vez Sophie no conseguía escapar? La noche anterior Sophie había tenido suerte porque Cosmo no había tenido problemas en conseguir otra chica en la fiesta, pero la próxima vez quizá no fuera tan afortunada. Podía incluso verse en serio peligro…

¡Maldita chica! ¡Maldita Sophie!

Nikos se enderezó bruscamente en su asiento y se puso en pie.

–Caballeros, les pido disculpas. Por favor, continúen sin mí –dijo Nikos, dirigiéndose a los miembros de su equipo. Después, se marchó de la sala. Tenía que hacer una llamada telefónica.

–Voy a ver si tenemos su talla, señora –dijo Sophie educadamente, a pesar de que la mujer a la que estaba atendiendo no había creído necesario hablarle con un mínimo de cortesía.

Sin embargo, Sophie había tenido que aprender a tratar con clientes difíciles y exigentes, por cansada o deprimida que estuviera.

O desesperada.

Porque lo que estaba era desesperada. No lograba dejar de darle vueltas a lo que decía la carta…

«A menos que pague los honorarios por adelantado…»

Tenía ganas de gritar. Luchando por controlar el pánico, encontró la caja de zapatos y la agarró. Después, mirando

disimuladamente a su alrededor por si había algún encargado cerca, se sacó el teléfono móvil del bolsillo y miró a ver si tenía algún mensaje.

¡Sí, había uno! Rápidamente, lo abrió y lo leyó. Inmediatamente, el estómago le dio un vuelco. La agencia le había concertado otra cita.

«¡Eso es lo que va a ser, una cita para salir, nada más! ¡No voy a permitir que acabe en nada más, no lo permitiré! Es una agencia de señoritas de compañía…»

Tragó el nudo que sentía en la garganta y alzó la barbilla.

«A pesar de lo sórdido que pueda ser ese trabajo, no me queda más remedio que hacerlo. Tengo que conseguir el dinero como sea, no tengo elección».

Y eso significaba verse obligada a hacer algo que detestaba, significaba contestar al mensaje de la agencia y dar las gracias por el hecho de haberle preparado otra cita para aquella noche.

Pero… ¿y si el hombre al que iba a acompañar aquella noche era igual que Cosmo Dimistris? ¿Y si creía que estaba pagando por algo más que una acompañante para cenar? Rápidamente, hizo un esfuerzo por controlar el súbito ataque de pánico.

–Tu cliente se está impacientando, será mejor que te des prisa.

La voz de otra dependienta la sacó de su ensimismamiento. Con celeridad, agarró la caja de zapatos y salió de la trastienda.

Ya no almorzaba, costaba demasiado dinero. Todo el dinero que ganaba lo ahorraba para lo que era realmente importante. No gastaba ni un céntimo que no fuera absolutamente necesario. Comía lo menos posible y lo más barato posible, aguantaba el frío y minúsculo apartamento para evitar gastar en calefacción, caminaba siempre que le era posible en vez de utilizar el transporte público.

En cuanto a ropa, a excepción del vestido que había comprado en una tienda de segunda mano para las citas de la agencia, no recordaba cuándo había sido la última vez que había comprado algo.

–¡Vaya, ya era hora! –protestó su cliente.

–Lo siento…

Ofreciendo una sonrisa de disculpas, Sophie continuó con su trabajo.

Nikos estaba sentado en la mesa del bar del hotel West End, un hotel al que jamás había ido. Su expresión era seria. Estaba muy serio desde que había llamado a la agencia para pedir una cita con Sophie. Antes había tenido que llamar a Cosmo para que éste le diera el teléfono de la agencia y había tenido que aguantar sus quejas respecto a que Sophie le hubiera dejado plantado la noche anterior.

Se miró el reloj con impaciencia. Sophie debía estar a punto de llegar.

Y fue entonces cuando apareció, caminando hacia el bar con la figura muy derecha y la postura tensa.

Sintió algo intenso, algo que debería haber sido ira, pero no lo era. Lo que era no lo sabía y no le importaba en esos momentos.

Sophie llevaba el mismo vestido que la noche anterior, exponiendo sus encantos a todo el mundo que quisiera mirar. Sin embargo, parecía ignorarlo. Caminaba casi a ciegas, con expresión vacía, y él se preguntó cuánto tardaría en darse cuenta de quién era su acompañante aquella noche.

Vio el momento en que ocurrió. La vio abrir los ojos, palidecer, detenerse… Pero pronto se recuperó. Su expresión volvió a ser una máscara: rígida, congelada.

Nikos se puso en pie mientras ella miraba a todas partes como si estuviera buscando a otro hombre, a cualquier hombre menos a él…

–Es conmigo con quien tienes una cita, Sophie –le dijo él con voz cortante.

Sophie volvió los ojos hacia él. Le miró con incredulidad y con algo que a él no se le escapó…

Pánico. Abatimiento.

Pero por debajo había otra cosa. Algo que le afectó a pesar suyo, a pesar de luchar contra ello.

Sophie le miró fijamente. No podía creerlo, no podía ser. Él, no. Nikos, no.

¡Dios bendito! ¿Cómo podía pasarle eso a ella? ¿Cómo podía ser?

«¡No puede ser verdad, no puede serlo!»

No podía ver a Nikos otra vez. ¿Cómo iba a poder soportarlo? ¿Cómo iba a poder soportar sus burlas, su desprecio?

Utilizando la única arma que tenía a su disposición, suprimió

cualquier otra emoción. Su expresión se endureció.

–¿A qué se debe esta farsa, Nikos? –preguntó con voz tan dura como su semblante.

–Siéntate –respondió él con la misma dureza, ofreciéndole una silla.

La vio vacilar y arqueó una ceja sarcásticamente.

–He dicho que te sientes, Sophie. He contratado tus servicios para esta noche, así que será mejor que empieces a ganarte el dinero.

Sophie se sentó. Vio a Nikos, enfundado en un impecable traje, ocupar el asiento opuesto al de ella, seguro de sí mismo, elegante, poderoso…

Irresistible.

Sintió un hueco en el estómago, emociones que la sobrecogieron.

Nikos, tan cerca que podía verle hasta los poros de la piel. Tan cerca que podía tocarle con sólo extender el brazo…

¡No! Luchó contra esos sentimientos mientras le miraba. ¡No! No a todo lo que la hacía desearle, no a lo que hacía que el pulso se le acelerara y que el aire no le llegara bien a los pulmones.

Abrió la boca para hablar, para protestar por lo que estaba ocurriendo, pero él se le adelantó.

–He concertado una cita contigo esta noche, Sophie, por un motivo. Por un solo motivo –dijo Nikos con voz fría.

La miró fijamente. Ella no podía moverse, sólo aguantar la mirada.

–¿No te dije anoche lo peligroso del juego que te traes entre manos? Estás cayendo muy bajo, Sophie. Un paso más y caerás al pozo. Puedes tratar de engañarte a ti misma creyendo que sólo tienes que acompañar a un hombre, pero eso no es lo que los demás piensan, y menos los hombres. ¡Créeme, Sophie!

La expresión de Sophie era de obstinación, de negativa a lo que él decía.

–Creía que te habías dado por enterada anoche, pero me equivoqué, ¿verdad? Sigues trabajando para la agencia, tu presencia aquí esta noche lo demuestra –Nikos respiró profundamente–. Anoche tuviste suerte, Sophie. Ese cretino de Cosmo estaba en posición de poder irse con otra chica, por eso no se puso agresivo

contigo. Pero no va a ser así siempre. Y un hombre que paga por pasar una noche con una mujer no se va a conformar con que ésta le diga que lo siente, pero que se va a dormir a su casa.

–Puedo manejar la situación –contestó ella, controlando su miedo.

Quería levantarse de la silla y salir corriendo, pero no podía moverse, casi ni podía hablar con él ahí delante.

–¡Que te crees tú eso! –exclamó Nikos, rechazando las palabras de ella–. Anoche viste la clase de entretenimiento que gusta a los hombres que van a contratar tus servicios. Sólo se necesita echar algo en una bebida, quizá un poco de fuerza masculina y se acabó. ¿Es que quieres que te droguen y te violen?

Sophie estaba muy pálida bajo la capa de maquillaje.

–¡No me va a pasar eso! ¡Tendré cuidado! ¡Me limitaré a ir a sitios públicos, como este bar!

–¿Y luego qué, Sophie? ¿Lo has pensado bien? ¡Yo sí, créeme! Y por eso es por lo que estás aquí sentada en este momento –Nikos volvió a interrumpirse para llenar los pulmones de aire–. Puede que te importe un bledo tu reputación, puede que no te importe que la gente sepa en qué trabajas, pero deberías pensar un poco en los demás. Piensa en tu padre, Sophie. Al margen de sus problemas económicos, él no tuvo la culpa de tu comportamiento cuatro años atrás. De lo único que se le puede culpar es de lo mucho que te mimaba, de hacerte creer que podías tener todo lo que se te antojara. Pero a tu padre no le gustaría verte así ahora, no le gustaría lo que haces… ¡A qué padre le gustaría!

Una cinta de acero empezó a comprimirle la frente.

–No lo sabrá –fue lo único que ella pudo responder.

La mirada de Nikos era gélida.

–¿Eso es lo que crees? Frecuentando establecimientos públicos acabarás viendo a alguien que te reconozca… como ha pasado conmigo –Nikos hizo una pausa, taladrándola con la mirada–. Y a alguien más se le ocurrirá pensar lo que yo mismo pensé anoche cuando te vi. ¿En serio crees que alguien va a creer que tú sólo vendes tu compañía, no tu cuerpo? –la voz de Nikos se endureció–. Te llamarán fulana, mujer de la calle… tanto si te gusta como si no.

El insoportable sermón continuó, ella quería gritar, pero no podía, no podía. No le quedó más remedio que seguir ahí sentada,

soportándolo.

–Y otra cosa, Sophie, ¿qué va a pasar cuando llegue a oídos de la prensa? Alguien te verá y lo soltará. Y dará igual que Granton plc ya no exista, venderán muchos números hablando de cómo la hija de un millonario ha acabado prostituyéndose ahora que su papá ha perdido sus millones. ¡Lo pasarán en grande, Sophie! Y tu padre lo leerá, te verá en los periódicos, y se enterará de lo bajo que ha caído su hija…

La banda de acero estaba al rojo vivo, quemándole la frente. Sólo quería que Nikos callara, que callara…

–Te estás metiendo en un mundo muy sórdido y, por mucho que intentes negarlo, eso es lo que es. Enfréntate a ello.

Sophie quería reír amargamente, reírse en su cara. ¿Que se enfrentara a ello? ¿No era eso lo que estaba haciendo, lo que no podía evitar hacer? Sí, se estaba enfrentando al hecho de no tener dinero, al hecho de tener que buscarlo fuera como fuese, porque de no conseguirlo…

No, no podía pensar en el fracaso. Tenía que ganar dinero. Y si para ello debía hacer algo que detestaba y que le parecía aborrecible, lo haría. No podía permitirse el lujo de salvar su orgullo, no podía permitirse el lujo de mantener el respeto a sí misma.

–¡No me sermonees, Nikos! Ya te lo he dicho, estoy haciendo esto por dinero. ¡Necesito dinero!

–¿Cuánto?

Sophie se le quedó mirando.

–He preguntado que cuánto –insistió él con impaciencia. Sophie alzó la barbilla.

–¿Qué puede importarte eso?

Ira, controlada pero visible, asomó a los ojos de Nikos.

–Limítate a contestarme.

¿Por qué quería saberlo? Pero clavándose las uñas en las palmas de las manos, contestó:

–Cinco mil libras.

Eso era lo que necesitaba para no tener problemas durante dos meses. Después… en fin, ya se preocuparía de eso en su momento. Ahora no podía hacerlo, se volvería loca.

–¿Cinco mil? –repitió Nikos con voz dura–. ¿Y crees que vas a

ganar esa clase de dinero sin tener que acostarte con nadie? ¿En serio crees que te van a pagar eso por sonreír, charlar y ser atractiva? –no se molestó en disimular el tono burlón de sus palabras–. Dime, ¿para qué necesitas el dinero?

–Lo debo.

–Deuda de tarjeta de crédito, ¿verdad? ¿Por qué no le pides el dinero a papá? Sin duda, él te sacaría del apuro… ¿O es que tu papá, por fin, ha dejado de darte todos los caprichos?

La banda de acero le apretó la cabeza con más fuerza.

–No sabe que debo ese dinero –respondió ella con voz tensa.

Nikos la miró fijamente. Sophie no sólo le estaba ocultando a su padre su estilo de vida, sino también las deudas que tenía. Durante unos segundos, pensó en ponerse en contacto con Edward Granton para ponerle al corriente, pero rechazó la idea de inmediato. Ese hombre no se merecía la desagradable verdad respecto a su hija ahora, lo mismo que no había necesitado enterarse de lo que ella había intentado cuatro años atrás. No obstante, había que detener a Sophie, era necesario.

–De acuerdo, pagaré tu deuda. Te daré cinco mil libras.

Sophie le oyó, pero no logró asimilar sus palabras. ¿Estaba Nikos ofreciéndole el dinero que tan desesperadamente necesitaba?

–¿Por qué?

–Porque, Sophie, me beneficia a mí personalmente.

Sophie quería chillar, gritarle que no necesitaba su dinero y que se fuera al infierno, que jamás aceptaría un céntimo de él. ¡Nunca!

Los ojos de Nikos atraparon los suyos.

–Una vez que los medios de comunicación se cebaran contigo, empezarían a indagar. ¿Y qué descubrirían, Sophie? A mí. Descubrirían que, en el pasado, salí contigo –dijo Nikos como si esas palabras contuvieran veneno–. Y me causarían problemas. Los medios de comunicación griegos sacarían a relucir las relaciones de un Kazandros con una prostituta, y mis padres se enterarían. No voy a permitirlo, Sophie. No, no lo permitiré –su voz era dura, gélida–. Así que estoy dispuesto a darte las cinco mil libras que dices deber… a cambio de que no sólo dejes la agencia para la que trabajas, sino que también te vayas de Londres.

–No puedo. No puedo marcharme de Londres –replicó ella automáticamente.

–Si quieres mi dinero, tendrás que irte de Londres.

–Vivo en Londres –fue lo único que consiguió contestar.

Sophie le vio encogerse de hombros.

–Podrás volver, pero sólo cuando Cosmo Dimistris salga de este país. Y sólo cuando yo salga de este país también.

Se encontraba con emociones conflictivas. Agresión, resentimiento y mucho más, mucho más…

«¡No le hagas caso! ¡No puedes aceptar su dinero, no puedes!».

Pero la esperanza, la desesperación…

«Dios mío, está dispuesto a darme el dinero. Para él no significa nada, pero para mí… para mí…».

Al instante, se contradijo a sí misma una vez más.

«¡No puedo, no puedo aceptar su dinero! ¡Es imposible! ¡Imposible! ¡Lo aceptaría de cualquiera menos de él! ¡No, de él no!».

No podía aceptar el dinero de Nikos Kazandros, del hombre que lo había sido todo para ella en el pasado, de un sueño convertido en pesadilla. Una pesadilla con la que había tenido que vivir día tras día… y con la desesperada necesidad de dinero. Una necesidad que la había llevado a buscar un trabajo despreciable. Pero, si estaba dispuesta a hacer ese trabajo, ¿por qué mostrar tanta aprensión en aceptar el dinero que Nikos le estaba ofreciendo?

«Es dinero y eso es lo único que importa. Dinero que necesitas, dinero que tienes que tener porque si no ya sabes lo que va a pasar. ¿Qué importancia tiene de quién venga? Estabas dispuesta a ganarlo dejándote abrazar por cualquier hombre que pague por ello, ¿por qué ser tan remilgada ahora, sólo porque Nikos Kazandros destruyera toda ilusión en ti?»

Apretó los labios con fuerza. Si Nikos Kazandros le ofrecía cinco mil libras, las aceptaría. Sí, aprovecharía la oportunidad. ¿Qué importancia tenían el orgullo, los sentimientos, el amor propio?

Todo eso había dejado de tener importancia cuatro años atrás, cuando todo a su alrededor se había derrumbado.

Al responder, lo hizo con mirada fría y voz seca.

–¿Cuánto tiempo voy a tener que estar fuera? –preguntó agresivamente.

–¿Cuánto tiempo? –repitió él–. No sé, unas dos semanas. Después, puedes hacer lo que quieras.

–Necesito el dinero antes de dos semanas –declaró Sophie

secamente.

–Tendrás el cheque cuando hayas salido de Londres.

Vio ira en los ojos de Nikos, estaba enfadado por la forma como ella le estaba hablando. No le importaba.

–¿Adónde tengo que ir? No puedo salir del país.

Podía pasar dos semanas fuera de Londres, pero no podía salir del país. Necesitaba saber que sólo tenía que tomar el tren para estar en Londres, no podía arriesgarse a quedarse en el extranjero sin dinero para volver a casa.

Nikos apretó los labios.

–No te preocupes, Sophie, no te estoy ofreciendo unas románticas vacaciones –le informó Nikos sarcásticamente.

Pero ella ignoró también el comentario. Podía ignorar todo lo que se relacionara con Nikos Kazandros, todo excepto el dinero que le estaba ofreciendo.

–Está bien. Entonces, ¿adónde…? –empezó a preguntar con voz exigente.

Pero Nikos la interrumpió y se puso en pie.

–Enviaré un coche a recogerte –le informó él–. Debes estar lista mañana por la mañana a las ocho.

–Es demasiado temprano –dijo ella inmediatamente.

No le daría tiempo para ir a la tienda y dar las explicaciones necesarias con la esperanza de que no la despidieran por desaparecer dos semanas. Pero aunque la despidieran, no le quedaba más remedio que aceptar la oferta de Nikos; en cuyo caso, tendría que buscarse otro trabajo nada más regresar a Londres.

–Mala suerte, pero tendrás que conformarte –contestó él sin ceder.

Sophie le lanzó una furiosa mirada, pero no dijo nada. No tenía más remedio que conformarse, como llevaba haciendo durante cuatro horribles años. Tenía que conformarse con todo, tragarlo, soportarlo.

Y también soportaría aquello porque no podía despreciar lo que él le estaba ofreciendo.

Nikos esperó a que ella se levantara.

–Le diré a mi chófer que te lleve a tu casa –le informó Nikos mientras se sacaba el móvil del bolsillo para pedir su coche–. Tendrás tiempo suficiente para hacer el equipaje.

Sophie no respondió. No podía pensar, lo único que podía hacer era dejar que Nikos la sacara del hotel.

En la calle, el coche ya les estaba esperando. El chófer salió y le abrió la puerta. ¿Cuántas veces había ido con Nikos en su coche particular con chófer? ¿Cuántas veces la había acompañado así de vuelta a su casa…?

Sophie apartó la mirada de ese hombre tan imponente que tanto le había afectado.

Pero ya no.

Nunca más.

Una vez dentro del vehículo, Sophie le dio la dirección al chófer y siguió negándose a lanzar una última mirada de despedida a Nikos, sin saber si él seguía allí, de pie en la acera, cuando el coche arrancó.

Capítulo 5

Nikos paseó una mirada ausente por su despacho en Londres, bañado por la luz matutina, y se preguntó qué le habría parecido a Sophie Granton su vivienda temporal. Sin duda iba a causarle una gran impresión, pensó sonriendo irónicamente. Desde luego, lujosa no era.

¿Qué habría esperado ella que fuera? ¿Había imaginado que iba a ofrecerle el lujo al que estaba acostumbrada? Su sonrisa se desvaneció. Al fin y al cabo, eso era lo único que Sophie había esperado de él…

Y eso era lo que él jamás debía olvidar respecto a Sophie Granton. Sólo debía recordar eso.

No debía recordar la forma como solía sonreírle, ni como le hablaba sobre todo y nada. La forma como le miraba, con los ojos radiantes, cuando él la adulaba. Ni la risa compartida, los paseos tomados de la mano…

Se obligó a volver al presente. ¿De qué servía mirar atrás, a un pasado que no quería recordar? ¿De qué servía pensar en Sophie Granton?

De nada, pensó con decisión. Había hecho lo necesario para reducir al mínimo el riesgo que el sórdido estilo de vida de ella podía presentar para su familia y eso era suficiente. Lo demás era irrelevante.

Como lo era pensar en ella ahora, preguntarse qué estaría haciendo en el lugar en el que la había escondido con el fin de mantenerla alejada de Cosmo… y de sí mismo.

Porque ése era el motivo por el que la había hecho marcharse de la ciudad, lo sabía. Para alejarla de sí mismo.

Para que no representara un peligro para él. Tras respirar profundamente, colocó las manos sobre el teclado del ordenador y se puso a trabajar.

Con el sol en la espalda, Sophie sintió las gotas de sudor corriéndole bajo la camiseta ya húmeda. En cuclillas, sin levantarse, enderezó los hombros, estiró la nuca y alzó el rostro, paseando la mirada por su entorno.

¿Llevaba allí ya cuatro días? Le parecía que había pasado mucho más tiempo desde que el chófer había ido a recogerla a la sombría y desolada calle en la que vivía ahora.

Una vez emprendido el camino y tras recibir el cheque de cinco mil libras en un sobre que el chófer le había dado, ella le había pedido a éste que parase en una sucursal bancaria. Allí, había depositado el cheque en su cuenta y había extendido otro que, acompañado de una nota, había metido en un sobre. El sobre lo había echado al buzón de correos más cercano. Y por fin se había sentido aliviada.

Sin embargo, una vez de vuelta en el coche, la angustia había vuelto a apoderarse de ella.

Nada era gratis en el mundo, ahora lo sabía, por amargo y duro que fuera. Por lo tanto, ¿qué era lo que esperaba Nikos a cambio del dinero que le había dado? ¿Y adónde la había enviado?

Ahora, con el sol en la espalda, su sardónica expresión se profundizó. Entre todos los posibles destinos a los que Nikos podía enviarla a pasar dos semanas, jamás se le habría ocurrido ése. Se trataba de algo completamente distinto a cualquier cosa que hubiera podido imaginar.

El coche la había dejado allí hacía cuatro días. Seguía sin saber dónde era «allí» exactamente, pero no le importaba. Le bastaba con estar allí. Sabía que era un lugar al oeste de Londres, en la campiña inglesa, en lo que suponía que era la última propiedad adquirida por Kazandros Corp.

Se trataba de una casa de campo medio en ruinas y completamente aislada.

Ella no estaba alojada en la casa principal, sino en un pequeño anexo que, antiguamente, debía haber sido la casa del ama de llaves, a juzgar por el modesto mobiliario y el tamaño pequeño de las habitaciones.

Al llegar, lo primero que había hecho era limpiar y quitar el polvo acumulado. Tarea a la que se había entregado con gusto, ya que le daba algo que hacer. Lo mismo pasaba con el pequeño jardín

entre muros de piedra en el que ahora estaba trabajando, quitando malas hierbas. Ahí, el sol pegaba fuerte, por lo que sólo llevaba una camiseta y unos pantalones de algodón.

Le había llevado un tiempo darse cuenta de que estaba allí sola.

No obstante, no había sido abandonada allí completamente, ya que, al llegar, había comprobado que el frigorífico estaba encendido y lleno de comida; comida básica, pero suficiente para una semana.

Al llegar, se había preguntado si aparecería alguien al día siguiente, pero no había visto a nadie en los cuatro días que llevaba allí, ni siquiera en la casa principal.

El día de su llegada, por la tarde, había explorado la antigua mansión y, mientras se paseaba por las enormes y polvorientas habitaciones, le había sorprendido la melancolía del lugar y su notable belleza. De ser reformada, aquella casa sería increíblemente hermosa; no obstante, costaría una fortuna hacerlo. No se había atrevido a subir las escaleras ya que la bonita barandilla curva parecía en muy mal estado y no se podía saber cuántos peldaños de madera estarían podridos. No, mejor no explorar el lugar estando sola.

¿Qué pensaba Nikos hacer con esa casa?, se había preguntado. ¿La transformaría en otro de sus hoteles de lujo? ¿En un centro de conferencias y reuniones para hombres de negocios? ¿O la reformaría para luego venderla a un millonario?

No había podido evitar imaginarla arreglada y convertida en un hogar una vez más. ¡Qué maravilla vivir allí!

«Podríamos haber venido a vivir aquí, Nikos y yo…»

Al instante, se había arrepentido de la mala jugada de su imaginación.

«Nikos y yo, viviendo aquí, en mi sueño con final de cuento de hadas…»

Durante un momento había llegado a verlo, a creer que era real…

«¿Y si mi sueño se hubiera convertido en realidad? ¿Y si ahora, después de cuatro años, estuviéramos aquí juntos?»

Había sentido el dolor en el corazón. ¡Cuatro años no habían conseguido eliminar el efecto que Nikos tenía en ella! No lograba olvidar esa hermosa boca, sus espesas pestañas, la profunda oscuridad de aquellos ojos. ¡Y ahora, después de cuatro años, Nikos

seguía fascinándola igual que antes! Seguía siendo el hombre más irresistible que había visto en su vida, que vería jamás. El hombre que la hacía vibrar…

¡No! Pensar en Nikos era una locura, una completa locura.

Furiosamente, había sacudido la cabeza y había abierto otra puerta de hoja doble, censurándose a sí misma permitirse esos pensamientos. Pero en el momento de entrar en aquella estancia se había arrepentido de haberlo hecho. Sus ojos, instantáneamente, se habían posado en el piano de cola en medio de la habitación. ¿Cuánto tiempo hacía que no tocaba el piano? Rápidamente, se había dado la vuelta y había salido de allí, negándose a volver a mirar aquel instrumento musical.

Ya no le gustaban los pianos. Le recordaban lo que había perdido.

Enfadada consigo misma, había vuelto al ala donde estaban los dormitorios de los criados y de allí al anexo donde estaba la casa del ama de llaves.

Inmediatamente después, había ido al pequeño jardín amurallado y ya llevaba cuatro días trabajando en él.

Era su refugio.

Le había llamado la atención desde el primer momento. Era un jardín antiguo, más bien un pequeño huerto, del que se habían apoderado las malas hierbas.

No sabía por qué le estaba dedicando tanto tiempo y esfuerzo, quizá porque el trabajo repetitivo y duro le proporcionaba cierto consuelo. Armada con unas oxidadas herramientas que había encontrado en un cobertizo, se había lanzado a la tarea de limpiar la tierra de matojos. Ya había descubierto varios tesoros, entre ellos unas matas de fresas que estaban dando frutos a diario.

Las horas pasaron tranquilamente, llevando consigo el calor y el olor del verano, el verdor y la exuberancia de la vegetación. Sólo el canto de los pájaros rompía el silencio, y la brisa mecía las ramas de los árboles al otro lado de los muros de piedra.

Sophie consideró que un dolor de espalda y unas cuantas uñas rotas era un coste muy bajo por lo que conseguía a cambio: un respiro, un escape de la miseria de su existencia actual.

Si había una mancha negra en ese momento era la imagen que

Nikos seguía dudando mientras conducía por la autopista a gran velocidad.

Por una parte, sabía que no debía hacer lo que estaba haciendo.

Por otra parte, no veía por qué no. Se trataba de una decisión sencilla, racional y normal. No había motivo de dudas.

Al fin y al cabo, ¿qué tenía de extraño? Su secretaria le había comunicado que el arquitecto especialista en reformas de edificios de esa época, debido a una cita que había sido cancelada, podía ir con él a ver la propiedad. Por supuesto, no era necesario que fuera él en persona a ver la propiedad con el arquitecto, podía dejar el proyecto en manos de uno de sus directivos. Sin embargo, se trataba de un arquitecto de gran prestigio y un reconocido experto cuyo interés era más profesional que monetario.

Nikos no quería pasar por el típico hombre de negocios extranjero para quien el aspecto comercial de una adquisición se sobreponía a su valor cultural y de conservación. Además, no lograría grandes ganancias si la reforma no se llevaba a cabo con el mayor escrúpulo; a lo que había que añadir que contratar a semejante experto conferiría gran prestigio al proyecto.

Pisó el acelerador. Tenía perfecto sentido reunirse ese día con el arquitecto para hablar del proyecto de reforma y restauración. Era una buena decisión, una decisión de negocios en la que no intervenía ninguna otra consideración.

Apretó los labios. Sólo en una ocasión, en el pasado, había estado a punto de saltarse esa regla de oro.

Nunca más desde entonces.

No obstante, debería haber hecho que uno de los directivos le acompañara. Sí, habría sido lo sensato. Tendría que designar a alguien para supervisar el proyecto y tenerle informado de su marcha, cosa que debería haber hecho ya, en Londres, e ir acompañado de la persona designada.

Se encogió de hombros. Bien, no lo había hecho y ya no tenía remedio. A su vuelta a Londres, elegiría a alguien para supervisar el proyecto y esa persona se relacionaría con el arquitecto de ahí en adelante, no era necesario que estuviera en la primera reunión.

Sophie de cuclillas y apoyada en los talones, supervisó su trabajo.

El jardín había mejorado muchísimo en cuatro días. Ese lugar se había convertido en su refugio. Disfrutaba de aquella soledad, tanto de noche como de día. Era un lugar de paz y silencio ininterrumpidos.

Estiró los músculos y volvió a agarrar la pala de mano.

Y se quedó inmóvil.

Un coche. Un coche aproximándose a la casa.

Se puso en pie y aguzó el oído. El coche se había detenido, el motor se había apagado. Una pausa. El ruido de la portezuela de un vehículo al cerrarse. Nada.

Se quedó de pie, pero sin moverse, con la pala en la mano, preguntándose quién habría ido allí.

Un presentimiento la invadió. Sabía qué clase de coche tenía un motor que podía hacer ese ruido.

Sabía qué clase de hombre conducía un coche así. Ella misma había ido al volante de un coche así… en otra vida, una vida convertida en cenizas.

¿Qué hacer? ¿Refugiarse dentro de la vivienda que ocupaba? ¿Cerrar las puertas y las ventanas? ¿Hacer como si no estuviera? Casi se echó a reír. ¿Qué demonios le importaba a ella que Nikos hubiera ido? ¿Qué tenía que ver con ella? ¡Nada, nada en absoluto! Igual que ella no significaba nada para él. Nada. Nunca más.

Volvió a agacharse y siguió arrancando ortigas. Igual que había arrancado a Nikos de su corazón. De su recuerdo.

Pero hacerlo le había causado una herida mortal.

Apretando los labios, Nikos miró a su alrededor. ¡Ni rastro del maldito arquitecto! Se miró elreloj. Era justo la hora a la que habían quedado. Él nunca llegaba tarde a una cita. ¡Pero, al parecer, no le ocurría lo mismo al prestigioso arquitecto! Bien, le daría cinco minutos y luego llamaría a su secretaria para que averiguase qué demonios pasaba. Entretanto, echaría un vistazo a la casa.

Había adquirido la propiedad a primeros de año y la había visitado una vez, en febrero. Entonces, le había dado la impresión de estar casi en ruinas, pero ahora…

Mientras echaba un vistazo, la expresión de su rostro mostró aprobación. Sí, había sido una buena adquisición. La propiedad necesitaba una enorme reforma; pero una vez acabada, su valor

añadido, tanto económicamente como a nivel de prestigio, sería indiscutible.

Al empezar a pasearse por la fachada principal de la casa, se dio cuenta de que estaba distraído, y su distracción no tenía nada que ver con el retraso del arquitecto, sino con la vivienda temporal de la invitada que ocupaba la antigua casa del ama de llaves.

Su expresión sufrió una metamorfosis. Ya no mostraba aprobación, se había vuelto dura, cínica.

¿Cómo estaría la niña mimada? Debía estar subiéndose por las paredes, muerta de aburrimiento, asqueada del lugar en el que se veía obligada a pasar dos semanas. Ella, acostumbrada a la vida fácil, protegida por la riqueza y devoción de su padre, sin tenerse que esforzar por nada…

Un recuerdo le acosó: la imagen de Sophie, tan hermosa, con expresión tan tierna, el rubio cabello cayéndole en cascada por la espalda.

Apartó esa imagen de su mente y la sustituyó por la de Sophie en el bar del hotel unos días atrás. Sophie, con un vestido diseñado para atraer a los hombres de la forma más baja posible. Sí, ésa era la Sophie que debía recordar.

Inquieto, dio la vuelta a la esquina de la casa y cruzó una terraza cubierta de matojos y malas hierbas bajo un sol que realzaba las grietas de las baldosas y los líquenes de la balaustrada.

Había una larga pared de piedra de dos metros de alto al final de la terraza, ocultando la parte posterior de la casa que, en su día, debía haber albergado a la docena de empleados que habían debido necesitarse para mantener la propiedad en buenas condiciones.

En el muro de piedra había una verja y hacia allí se dirigió, curioso de ver lo que había detrás al tiempo que se miraba el reloj y se preguntaba si debería llamar ya a su secretaria.

La verja era pesada, chirrió y no se abrió fácilmente, pero cedió cuando él la empujó con un golpe de hombro.

A su vista apareció lo que, en su tiempo, debía haber sido un pequeño huerto para surtir de frutas, verduras y hortalizas a los habitantes de la casa, y que ahora estaba invadido por las malas hierbas. Al fondo había otro muro y se dirigió hacia él. En este muro había otra verja y dio otro empujón con el hombro para abrirla. La cruzó…

Y se quedó inmóvil.

Ahí estaba Sophie. La vio inmediatamente. Sophie arrodillada, de espaldas a él.

Ella volvió entonces la cabeza y, durante unos segundos, ninguno de los dos se movió ni habló.

Entonces, bruscamente, Sophie se puso en pie.

Una intensa emoción le invadió. Se sintió confuso.

Sophie. Sophie, absoluta, totalmente y completamente distinta a como la había visto la última vez. Sophie, infinitamente lejos de la barata vampiresa de ojos muy maquillados y labios de color escarlata. Esa Sophie no podía ser más diferente. Llevaba unos pantalones de algodón usados y una camiseta igualmente gastada, tenía el cabello recogido en una cola de caballo, y en su rostro no se veía rastro de maquillaje, sólo una mancha de barro en la mejilla. También tenía manchas de barro seco en la pernera del pantalón y unas briznas de hierba en un hombro. Y sujetaba una pala con la mano derecha como si su vida dependiera de ella.

Nikos dio un paso hacia delante y frunció el ceño al verla dar un paso atrás automáticamente. El gesto le irritó, le disgustó. Le hizo hablar con más dureza de la que quería.

–¿Qué demonios estás haciendo?

Sophie parpadeó, pero alzó la barbilla. Sus mejillas enrojecieron.

–Se llama jardinería –respondió ella–. Si no me está permitido, lo siento… Nikos arrugó la frente, pero no por el tono de voz empleado por ella.

–¿Por qué lo estás haciendo? –eso distaba mucho de lo que había imaginado que estaría haciendo.

–Me mantiene ocupada –respondió Sophie con voz brusca mientras trataba de recuperar el control sobre sí misma. La presencia de Nikos la trastornaba–. Además, es evidente que se trata de un trabajo necesario. Este sitio está a punto de venirse abajo.

Las palabras de Sophie le recordaron que estaba esperando a que el maldito arquitecto apareciese. Impacientemente, agarró el móvil y llamó a su secretaria.

Aprovechando que Nikos estaba ocupado, Sophie, con las mejillas encendidas y el corazón latiéndole con fuerza, entró en la casa. ¡Cielos! ¿Por qué había ido Nikos allí? ¿Cómo iba a soportarlo? Se dirigió a la cocina y se lavó las manos con vigor. El

corazón seguía latiéndole con fuerza y el pánico empezaba a apoderarse de ella. Respiró profundamente para recuperar la compostura.

Fuera, Nikos, a pesar de estar llamando por teléfono, se había dado cuenta de que Sophie se había marchado a toda prisa. Se sintió aún más irritado cuando su secretaria le dijo que el arquitecto había sufrido un percance y que quería cambiar la cita para el día siguiente. Tras acceder a regañadientes, cortó la comunicación y se guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. De repente, el gesto le hizo darse cuenta del calor que hacía.

Entró en la antigua casa del ama de llaves y se encontró en un diminuto cuarto de estar detrás del cual había una diminuta cocina; en la cocina, un grifo estaba abierto. Bajó la cabeza para cruzar la puerta. Delante del fregadero, Sophie se estaba lavando las manos.

–¿Esa agua es potable? –preguntó él con voz brusca, nacida de su enfado con el arquitecto y por volver a ver a Sophie.

Sophie volvió la cabeza, su expresión parecía indicar que no había esperado verle allí dentro.

–Sí –respondió ella.

Sophie no quería que Nikos se le acercara, por lo que agarró un vaso, lo llenó de agua del grifo y lo dejó encima de la mesa de la cocina, evitando mirarle.

Tras darle las gracias, Nikos se bebió el agua de un trago, estaba fría y sabía bien. Se sintió revitalizado. Miró a su alrededor mientras Sophie seguía frotándose las uñas con un cepillo.

Por fin, Sophie cerró el grifo, agarró un trapo de cocina y se secó las manos con el mismo vigor con el que se las había lavado. Después, se volvió para mirarle, no podía continuar con los ojos fijos en la pared.

Nikos. Nikos a un par de metros de ella. Nikos sumamente elegante con ese traje hecho a mano, perfecto, igual que el cuerpo oculto por el traje. Igual que su rostro. Sí, perfecto.

Al contrario que ella.

Se sintió cruelmente humillada, consciente de su aspecto: sucia y sudorosa. Pero… ¿por qué preocuparse por lo que Nikos pudiera pensar de ella?

Sin embargo, había algo que debía decirle. Lo sabía. No quería hacerlo, pero sabía que tenía que hacerlo.

–Gracias por prestarme el dinero. Te lo devolveré tan pronto como me sea posible, pero me temo que tardaré algún tiempo. Lo siento.

¿Vio sorpresa reflejada en esos ojos negros como la noche? No lo sabía. No quería mirar. No importaba, como no importaba la reacción que Nikos pudiera tener.

Nikos se encogió de hombros.

–No tiene importancia. Lo importante era que salieras de Londres, sacarte del arroyo.

Sophie apretó la mandíbula.

–Te devolveré el dinero –insistió ella. No sabía cómo ni cuándo, pero se lo devolvería aunque le llevara años. ¡No quería estar en deuda con Nikos Kazandros!

Nikos volvió a encogerse de hombros y ella se enfadó. ¡Nikos no podía haber dejado más claro que no le importaba en absoluto perder cinco mil libras! Para él no era nada, para ella era la salvación.

–Si quisieras hacerme un favor, podrías prepararme algo de comer –le dijo él–. No he almorzado.

Sophie se puso tensa. No quería que Nikos se quedara allí, quería que se marchara. Le daba igual el motivo que le había hecho ir hasta allí, lo quería lejos.

–No creo que tenga la clase de comida a la que estás acostumbrado –le espetó ella.

Una oscura ceja se alzó.

–Ni a la que tú estás acostumbrada, ¿verdad, Sophie? Estás acostumbrada a algo más lujoso que esto.

Notó sarcasmo en su voz y se tragó una contestación. ¿De qué serviría? Pero su silencio parecía haberle irritado, lo vio en el brillo de sus ojos.

–No era esto lo que esperabas, ¿verdad? –insistió él–. ¿Creías que te iba a rodear de lujo durante dos semanas?

–Lo que creía carece de importancia, ¿no? –respondió ella en tono neutral, no estaba dispuesta a prestarse a ese juego–. Además, este lugar es muy tranquilo.

La expresión de Nikos cambió. ¿Tranquilo? ¿Qué clase de respuesta era ésa? Y, sin embargo, se dio cuenta de que era verdad. Aunque humilde, esa casita era sumamente tranquila. ¿Era eso lo

que le gustaba a Sophie Granton últimamente? La miró fijamente y volvió a sorprenderle lo diferente que la veía.

La veía… en su ambiente.

Bien, si se encontraba en su ambiente, podía prepararle algo de comer. Estaba muerto de hambre.

–Bueno, ¿voy a almorzar o no? Me conformo con un sándwich –su tono de voz cambió, igual que la expresión de sus ojos–. No sería la primera vez que me haces un sándwich, ¿lo recuerdas?

¿Si lo recordaba?

Sí, claro que lo recordaba…

Al momento, la mente de Sophie viajó al pasado…

Capítulo 6

Era medianoche, habían cenado, luego habían ido al teatro y después habían paseado de la mano por el paseo a la orilla del río, a lo largo del South Bank, mientras contaban los delfines que aparecían en las farolas victorianas, mientras hablaban de nada y de todo hasta que los pies de ella, con tacones altos, le impidieron seguir andando. Nikos había hecho que un coche apareciera como salido de la nada y la había llevado a casa, y se habían dado cuenta de que tenían mucha hambre. Por eso, ella le había llevado a la cocina y le había preparado un sándwich enorme. El sándwich, en forma de torre, se había venido abajo y los dos habían estallado en carcajadas. Y entonces Nikos la abría abrazado, la había besado, había vuelto a besarla… y ella había quedado embriagada de felicidad…

El dolor del recuerdo hizo que volviera al presente.

–Sólo tengo queso y jamón para un sándwich –le advirtió ella con voz tensa.

No quería hacerle un sándwich. No quería verle ahí de pie tan cerca. No quería que la molestara, que la sobrecogiera con su presencia, que hiciera encoger el espacio.

«¿Por qué me afecta de esta manera? ¿Cómo? Ya no tengo veinte años y los hombres me dan igual, pero éste…»

Éste le abrumaba. ¡Éste ejercía poder sobre ella! Cuatro años no habían cambiado nada.

Temblando, abrió la puerta del frigorífico. Al menos preparar el sándwich sería una distracción, le daría algo que hacer y desviaría su atención de él. Sacó mantequilla, jamón y queso, y lo colocó todo encima de la mesa; después, agarró el paquete de pan, sacó dos rebanadas e hizo el sándwich que él había pedido.

Con semblante intencionadamente inexpresivo, puso el sándwich en un plato y se lo dio. Nikos lo agarró, le dio las gracias y, con un movimiento de cabeza, indicó las fresas que había al lado del fregadero.

–¿Podría tomar algo de postre? –preguntó él. Sin mediar palabra, Sophie puso unas cuantas fresas en un cuenco.

–Toma tú también unas fresas –dijo él–. Venga, vamos fuera a comer. Te sacaré una silla para que te sientes.

Sin esfuerzo, sacó una silla al jardín y ella, sin otra opción, le siguió con el cuenco de fresas en las manos. No quería compartir el postre con él. No quería compartir nada con él. No quería su compañía. Quería que se marchara y dejara de ponerla nerviosa.

Quería que la dejara en paz.

Durante el resto de la vida.

Una vez más.

El sufrimiento se transformó en un dolor físico. Perder a Nikos había sido un martirio.

«¡En primer lugar, jamás fue tuyo! ¡Nunca! ¡Tú eras una imbécil, una estúpida egoísta! ¡Ensimismada en tus fantasías infantiles! ¡Soñando con tus patéticos y egoístas cuentos de hadas de final feliz!»

Enojada, salió al jardín mientras trataba de deshacerse de esos pensamientos que la atormentaban. Pero el objeto de su tormento se estaba sentando delante de la pequeña mesa que ella había sacado al diminuto patio y empezaba a atacar el sándwich que ella le había preparado.

El sol pegaba fuerte y Nikos se había quitado la chaqueta del traje, que había dejado en el respaldo de la silla, y se había desabrochado el botón superior de la camisa; también se había desabrochado los puños y se había remangado hasta los codos, dejando a la vista sus fuertes y delgados brazos.

Sophie sintió un vacío en el estómago.

¡Qué guapo estaba! La blancura de la camisa en contraste con el moreno mediterráneo de su piel. Quería mirarle y mirarle.

«¿Qué tiene que tanto me atrae?»

Nikos alzó el rostro.

–Ven y siéntate –dijo él.

Con piernas débiles, Sophie se sentó pesadamente en la silla. Cada vez sintiéndose más confusa y alterada, le vio acabarse el sándwich. Al menos, no la estaba mirando a ella, sino a su alrededor, al jardín, fijándose en la diferencia entre la parte limpia ya de malas hierbas y la que aún estaba comida por los matojos.

Nikos frunció el ceño.

–No era necesario que trabajaras –comentó él con brusquedad.

¿Qué había llevado a Sophie a trabajar de esa manera? No encajaba con la opinión que tenía de ella.

–Me apetece hacerlo, disfruto con ello –respondió Sophie–. Esto es muy tranquilo.

Nikos se la quedó mirando. No se la veía tranquila, sino tensa, lo notaba en sus hombros, en la rectitud de su espalda. Y seguía sin poder creer lo diferente que estaba de la Sophie de unos días atrás.

¡Ahora tenía un aspecto infinitamente mejor! Cabello revuelto, un poco de barro seco en la mejilla, una vieja camiseta… nada podía arrancarle la mirada de ella.

¡Qué belleza! ¡Qué extraordinaria belleza! Sus ojos, la boca… todo.

Dejó de analizar y se limitó a contemplarla, sintiendo como si algo le quemara por dentro. Los recuerdos le asaltaron: Sophie, tan joven, tan hermosa, tan mágica…

Ahora era más mayor, pero su belleza había madurado. Y en ese momento, sin nada de maquillaje, era como si volviera a verla por primera vez.

Agarró una fresa, disgustado consigo mismo.

«¡Déjala en paz! No tiene sentido mirarla, esta mujer no es para ti, nunca más».

Se había librado de Sophie Granton hacía cuatro años y no tenía intención de permitirle echar raíces en su corazón otra vez. En absoluto. ¡Al demonio con lo que ella le había hecho sentir otra vez al volver a verla! Era un deseo fatal, desastroso. Un deseo que tenía que reprimir.

Por eso era precisamente por lo que había ido a verla. No porque quisiera verla, sino para dejarle claro que, a pesar de cubrir sus deudas, no estaba dispuesto a mimarla. Sophie tenía que aceptar estar ahí, apartada de todo el mundo, privada de compañía, por mucho que le molestara.

El problema era que no parecía molestarle…

Al parecer, se encontraba a gusto allí. ¡Al parecer, le gustaba el trabajo manual!

Nikos paseó la mirada por el pequeño jardín amurallado. Sí, se respiraba tranquilidad allí.

Automáticamente, alargó un brazo y agarró otra fresa. Poco a poco se fue relajando y, sin saber cómo ni por qué, empezó a sentirse muy bien allí. Estiró las piernas, cruzándolas a la altura de los tobillos; reposó un brazo en el respaldo de la silla y continuó picando fresas. Entonces, vio a Sophie extender el brazo tímidamente y agarrar una fresa también.

–Están muy buenas –comentó él–. ¿Son de esa mata de ahí? –preguntó indicando una mata con un gesto de cabeza.

–Sí –respondió Sophie–. Maduran día a día. Claro que primero he tenido que deshacerme de todas las malas hierbas para que a las fresas pudiera llegarles el sol.

–Ha merecido la pena –comentó Nikos.

Entonces sus ojos siguieron a un pájaro que se estaba dando un baño de tierra.

–¿Qué pájaro es ése? –preguntó Nikos perezosamente, indicando el pájaro con la mano.

–Es un petirrojo. Está revolviendo la tierra en busca de lombrices y larvas de insectos. Debe de tener un nido por aquí cerca –Sophie estaba esforzándose por hablar con normalidad, pero era difícil.

–¿Una madre en busca de comida para sus crías? –comentó Nikos.

–Un padre, es macho –le corrigió ella.

–¿Cómo sabes que es macho? –preguntó Nikos con una voz tan perezosa como relajada era su postura.

–Por el pecho, que lo tiene rojo. Muy bonito. Atrae a las hembras.

Nikos lanzó una ronca carcajada y luego la miró a los ojos.

Terrible.

Nikos sonriendo, riendo… ¿Cuántas veces le había visto sonriéndole, riendo con ella?

«¡Por favor, Dios mío, no me permitas recordar… no me permitas recordar!»

Ahogó los recuerdos, luchó por suprimirlos. Luchó igual que luchaba contra la imposible atracción que sentía por él. Cuatro años sólo habían conseguido hacerle más irresistible, más atractivo.

–Entonces, ¿cómo son las hembras? –la pregunta la sacó de su ensimismamiento.

–Sosas. Marrones. Simples. Sencillas.

Nikos arqueó una ceja.

–Qué curioso, qué distinto de lo que pasa con los humanos. En los humanos, la hembra es la que atrae al macho con su belleza; el macho es el animal que es soso, simple.

Sophie le clavó los ojos. «¡Tú, no! ¡Tú, nunca!»

Enderezó la espalda en el asiento y agarró otra fresa, fijando la mirada en el fruto, no en él.

–Dime, Sophie, ¿qué te parece este sitio?

La pregunta le sorprendió.

–¿Qué? –y volvió a mirarle otra vez.

Nikos también tomó otra fresa.

–Llevas aquí cuatro días, ¿qué te parece este sitio? Supongo que habrás dado un paseo por los alrededores, ¿no? Dime, ¿qué opinas? Quién sabe, una vez reformado y convertido en hotel, puede que incluso pases aquí un día.

Entonces, sin esperar respuesta, Nikos se puso en pie y extendió una mano hacia ella.

–Vamos, ven conmigo y dime lo que te gusta de este sitio y lo que no te gusta –añadió Nikos.

Nikos le estaba ofreciendo la mano. Casi, casi, puso la mano en la de él, como si darse la mano no tuviera ninguna importancia. En el pasado, ir de la mano de Nikos había sido una bendición. Ahora, sólo sería una tortura.

Sophie se puso en pie. Nikos le estaba indicando la verja que daba a la parte principal de la propiedad. Ella se dejó llevar. Llegaron a la terraza y ella seguía caminando tensamente, con la espalda demasiado rígida. Por fin, doblaron la esquina y al sendero que llevaba a la grandiosa entrada principal. Y en la explanada de grava infestada de malas hierbas, lo vio y se detuvo, inmóvil.

Lo reconoció al instante, era el mismo coche deportivo, el coche en la que la había llevado a su casa tarde aquella noche, la última noche, cuando el corazón le latía con fuerza por lo que había intentado hacer, hecha un manojo de nervios.

Y el ruido de ese motor era lo último que había oído cuando él desaparecía en la noche, dejándola llorando, enloquecida y destrozada, agarrándose a la pared después de que él se hubiera deshecho de ella como si fuera un trapo sucio…

–Sigues con el mismo coche –las palabras habían salido de su boca por sí solas.

Nikos volvió la cabeza y se detuvo. Sophie había palidecido, volvía a estar pálida bajo el bronceado dorado que teñía su blanca piel.

Lo mismo de pálida que cuando la conoció. Demasiadas horas encerrada en estudios de música la habían dejado tan blanca como la porcelana. La mano de ella en la de él, con su piel aceitunada, había hecho un gran contraste.

Y no sólo su mano en la de ella.

Los pechos de Sophie eran tan blancos como la nieve, los brazos y las piernas entrelazados con los suyos, pegados a los suyos, parecían de marfil. Él había perdido el sentido, sumergido en el paraíso de los sentidos…

Volvió al presente.

–Se ha convertido en un artículo de coleccionista. ¿Para qué cambiarlo cuando el motor sigue siendo de los más potentes del mercado?

–Lo hiciste una vez, cuando me llevaste a esa pista de carreras –de nuevo, habló sin pensar.

Ella se había quedado de pie, junto a la pista, muerta de miedo mientras le veía volar por la recta para luego doblar una curva mortal. No había podido contener la excitación, una excitación que la había consumido completamente, cuando él la había llevado en el coche a dar una vuelta al circuito; al mismo tiempo, le había resultado casi imposible creer la habilidad y la fuerza que Nikos demostraba por su forma de controlar el coche. Le había encantado ir en el coche de carreras, le había encantado él…

Nikos la miró en esos momentos. Durante una fracción de segundo, se mantuvieron la mirada. Después, él volvió el rostro.

–Vamos a echar un vistazo a los jardines primero. Nikos eligió un camino ancho y con zarzas. Titubeante, ella le siguió.

Las zonas de césped a ambos lados del camino se habían convertido en campos de heno y los antiguos arriates antaño elegantemente plantados casi habían desaparecido.

Pero el lugar, no obstante, era bello.

–¡Hay que trabajar mucho aquí! –exclamó Sophie.

Nikos volvió la cabeza hacia atrás.

–Demasiado para ti –pero acompañó sus palabras con una sonrisa.

Afectada por esa sonrisa, apartó los ojos de él.

«¡No, por favor, esto no! ¡No quiero volver a sentir su poder! ¡No, por favor!»

–Creo que para poner orden aquí se necesitarán unos seis jardineros profesionales –respondió ella en tono ligero, le pareció lo mejor.

–Más bien una docena –contestó Nikos irónicamente. Entonces, en el punto en que el camino se desviaba, se detuvo–. ¿Has paseado por aquí? ¿Alguna sugerencia?

–Hay una especie de lago a la izquierda; pero, por lo que he podido ver, no parecía tener mucha agua.

–Vamos a echar un vistazo –Nikos reanudó la marcha.

Algo aturdida, ella le siguió. Le resultaba sumamente extraño estar examinando esos abandonados jardines con Nikos Kazandros.

Irreal.

Y, sin embargo, ahí estaba, ésa era la realidad.

–Tenías razón, ya casi no se puede decir que sea un lago –dijo Nikos, interrumpiendo sus pensamientos–. Habrá que dragarlo. Pero estoy seguro de que llegará a ser espectacular.

Una vez más, posó los ojos en ella.

–Dime, ¿te parece que he hecho bien al comprar esta propiedad?

Había humor en su voz y calidez en su mirada. Sophie sintió como si le faltara aire en los pulmones. Durante unos momentos, no se movió, no podía. Y todo porque se permitió que la calidez de esa mirada la cubriera.

«En el pasado, me miraba así todo el tiempo…»

Por fin, Sophie apartó los ojos de él.

–Es muy bonita –contestó ella con voz cohibida.

–Tendremos que limpiar bien el terreno y plantar algunos árboles más.

¿Tendremos? ¿Nosotros?

Sophie parpadeó. Nikos la miró, pero ella mantuvo el rostro inexpresivo.

–Bueno, vamos a echar un vistazo a la casa –dijo él en tono frío.

Sophie le siguió a través de la crecida hierba hasta la terraza.

–Por aquí –dijo él mientras caminaba hacia la puerta.

Entonces, se sacó las llaves del bolsillo de los pantalones y abrió la puerta principal de la casa. Entró, arrugando la nariz debido al olor a moho, y miró a su alrededor.

Sí, había acertado al comprar esa propiedad. Podía estar casi en ruinas, pero era una auténtica joya. El abandono y el deterioro no podían ocultar la elegancia de sus proporciones ni la belleza de su interior. Las molduras del techo, la curva de la escalera principal, las polvorientas arañas de cristal suspendidas de una roseta central en el techo daban fe de ello.

–Bueno, ¿qué te parece? –preguntó él volviéndose hacia ella.

Sophie estaba en el umbral, mirando en torno suyo. No había visto el vestíbulo desde ese punto y le pareció deslumbrante.

–Es maravilloso –respondió ella espontáneamente mientras alzaba el rostro hacia el techo.

Nikos dejó de contemplar las hermosas proporciones del vestíbulo, ya que otro tipo de bellas proporciones estaban llamando su atención: la silueta de la delgada figura de Sophie iluminada por el sol que se filtraba por los altos ventanales que había sobre la puerta, sus cabellos rodeados por un halo. Y contuvo la respiración mientras contemplaba la exquisita línea del perfil de ella, la curva de los labios, la línea de la garganta, la suave hinchazón de sus pechos… No podía apartar los ojos de ella. No podía.

«¿Cómo lo hace Sophie? ¿Cómo?»

Y, en contra de sí mismo, continuó observándola mientras una emoción dormida en él comenzaba a revivir.

Entonces, Sophie bajó los ojos, miró a su alrededor y luego a él… y volvió la cabeza; y con ese gesto, el momento se disipó.

–¿Puedes imaginar esta casa convertida en hotel? –preguntó Nikos.

–La verdad es que no –respondió ella despacio–. Es una casa grandiosa –Sophie arrugó el ceño–. ¿Quién vivía aquí?

–Una viuda muy mayor. Había sido la esposa del propietario de la casa y habían vivido juntos aquí durante cincuenta años. Un sobrino la heredó, pero quiso venderla.

–¿Cincuenta años? –repitió Sophie.

Un matrimonio muy duradero. El corazón se le encogió. ¡Qué suerte vivir en una casa tan hermosa durante tanto tiempo! Y a su mente acudió la fantasía que la había atormentado el día que se

había paseado por la casa. La fantasía en la que se veía a sí misma y a Nikos allí…

Pero el paraíso no era para ella, ni con Nikos ni sin él. Para evitar esos traidores pensamientos, se obligó a añadir:

–Estoy segura de que podría reformarse para transformarla en hotel.

–La reforma tiene que hacerse con mucho cuidado, respetando los detalles de la época en que fue construida –contestó Nikos mientras pensaba en lo que habría que hacer–. El arquitecto que se va a encargar del proyecto había quedado conmigo esta tarde, pero unos asuntos le han retenido y no va a venir hasta mañana. Por lo tanto, voy a pasar la noche en el hotel del pueblo. Tú estás ocupando la única parte habitable de la casa.

Sophie estaba sorprendida.

–Ah –fue lo único que consiguió decir. El desaliento se apoderó de ella junto a otras emociones más complejas, más preocupantes.

Nikos se puso a abrir las puertas que daban al vestíbulo y a asomarse al interior, pero ella no le siguió de inmediato, sólo cuando él se adentró en el vestíbulo, pasada la escalera. Un momento después, se arrepintió de no haberse quedado donde estaba. Nikos abrió la puerta de la sala de música. El piano de cola apareció a la vista instantáneamente.

Nikos se volvió para mirarla.

–Vaya, justo lo que a ti te gusta. No está afinado, ¿verdad?

–No tengo ni idea –respondió ella con voz tensa.

Nikos arqueó una ceja.

–¿Cómo es posible que no lo hayas tocado?

–Ya no toco el piano –contestó Sophie, y apretó los labios con fuerza.

Nikos arrugó al ceño antes de comentar:

–Vaya, y eso que te las dabas de dedicada estudiante –comentó él burlonamente.

Sophie sintió un nudo en la garganta. Separarse de su piano le había causado más angustia que vender la casa. Pero por el piano le habían dado una considerable cantidad de dinero y el dinero era lo único en lo que se permitía pensar.

Entonces, Sophie notó que Nikos la estaba observando con el ceño fruncido.

–Creía que la música era muy importante para ti. ¿Por qué lo has dejado?

Sophie no podía contestarle. Se dio media vuelta y, casi a ciegas, comenzó a caminar hacia la zona de los sirvientes de la casa.

Nikos la siguió y, al darle alcance, la agarró de un brazo. Pero ella se zafó. Nikos volvió a atraparla, esta vez tomándole la mano. Entonces, bruscamente y con la frente arrugada, le levantó la mano, se la miró y luego le agarró la otra mano antes de que ella pudiera impedírselo.

Nikos le estaba contemplando las manos mientras ella, desesperadamente, intentaba no sentir el roce de los dedos de él ni la proximidad de su cuerpo.

–¡Tienes las manos completamente arañadas! –exclamó Nikos.

–Es de trabajar en el jardín –respondió ella débilmente.

Volvió a intentar liberar sus manos, pero Nikos no se las soltó.

–Deberías cuidártelas –dijo Nikos en tono más suave–. Siempre has tenido unas manos preciosas. Antes las tenías tan suaves como la seda. Era como tocar terciopelo…

Nikos estaba demasiado cerca. Sus manos eran como dos pájaros prisioneros en las de él, dos pájaros que Nikos acariciaba, hipnotizándolos… El corazón le latía con fuerza y respiraba trabajosamente. No debía estar ahí con él, no podía estar ahí con él. No podía permitirle que le acariciase las manos, no podía permitirse responder a esas caricias. No podía. No debía.

No sabía cómo, pero tenía que zafarse de él, detenerle, detenerse a sí misma.

–Nikos… suéltame –balbuceó ella.

Había sido un ruego, una plegaria.

Algo se movió en los ojos de Nikos. Estaban solos en esa casa, solos en el mundo. Y demasiado, demasiado cerca… –No puedo –respondió Nikos, clavándole los ojos en los suyos.

Y era la verdad, la terrible verdad. Lentamente, con infinita lentitud, le apretó las manos y tiró de ella hacia sí, acercándola aún más. Y bajó los labios hacia los de ella.

–Eres irresistible –susurró él–. Sophie…

Había añoranza en la voz de Nikos, una caricia.

El pánico se apoderó de ella… y mucho más. Durante un momento, estuvo a punto de rendirse a esa voz, a esas caricias, a

esa boca tan cerca de la suya…

Con un sentido común nacido de la desesperación, se zafó las manos. Y, espantada por lo que había estado a punto de ocurrir, se dio media vuelta y salió corriendo de allí.

Nikos se quedó donde estaba, inmóvil.

«He estado a punto de besarla».

¿Cómo se había permitido eso a sí mismo?

Pero lo sabía. Había querido besarla, sentir esos labios pegados a los suyos…

¡No! ¡No! ¡No podía, no debía! Sophie era el pasado, el envenenado y atormentado pasado. No era el presente y no debía serlo. Sin embargo, había estado a punto de besarla. Había estado a punto de estrechar su delgado y ágil cuerpo y besarla…

«Tengo que hacerme inmune a ella. Tengo que verla como a una mujer normal, nada especial. Hermosa, sí, pero nada más que eso».

¿Pero cómo inmunizarse?

Y entonces, de repente, ahí solo en esa casa vacía, se dio cuenta de cómo. Era algo lógico y sencillo. Obvio. ¡Por supuesto! ¡Eso era lo que tenía que hacer! ¡Esa era la forma de salir de aquella situación imposible! Para inmunizarse tenía que someterse al contacto. Así funcionaban las vacunas: uno se exponía a la enfermedad para así inmunizarse a ella.

La tensión comenzó a abandonarle. Sí, eso era lo que debía hacer. Se insensibilizaría tratándola como si no fuera nadie especial, alguien completamente vulgar y corriente.

Durante la cena, por ejemplo.

Sí, eso era lo que iba a hacer, iba a invitarla a cenar esa noche. Unas horas en compañía de Sophie en un establecimiento público y se insensibilizaría. Dejaría de verla como un fantasma del pasado para considerarla una compañera de mesa, nada más. Dejaría de obsesionarle.

Con decisión, se miró el reloj. Estaba seguro de que lograría su propósito aquella noche: inmunidad a una mujer a la que jamás, jamás, podía volver a permitirse desear.

Capítulo 7

Sophie estaba arrancando malas hierbas. Como si arrancara malas hierbas de su propio corazón. ¡Malas hierbas con el rostro de Nikos Kazandros!

Había estado a punto de dejar que la besara. ¡Que la besara! ¡Así, sin más!

El esfuerzo que había tenido que hacer para alejarse de él, para refugiarse en un lugar seguro, había sido casi sobrehumano. Pero lo había hecho.

Continuó trabajando en el jardín hasta que el sol se ocultó tras las copas de los árboles. Entonces, entumecida, se puso en pie. El pequeño jardín amurallado estaba completamente a la sombra y ella tembló ligeramente. Había refrescado bastante.

Miró a su alrededor un momento y luego entró en la casa con el propósito de lavarse, prepararse algo de cena y ver un poco la televisión antes de acostarse… ¡Y no iba a permitirse caer en un estado depresivo ni sentirse sola!

Las lágrimas estuvieron a punto de asomar a sus ojos, pero parpadeó, conteniéndolas. No iba a llorar por un imposible. Había sido imposible cuatro años atrás y seguiría siéndolo siempre.

Sophie se llenó los pulmones de aire y se lavó las manos. Pero justo en el momento en que iba a dejar la toalla después de secárselas, se puso tensa, alerta.

Un coche acercándose… y sabía muy bien qué coche tenía un motor que hacía esa clase de ruido. Oyó apagarse el motor, la portezuela del vehículo al cerrarse. Y al cabo de unos instantes, Nikos estaba entrando por la puerta de la cocina.

Sophie se quedó inmóvil, en silencio. Por dentro era un manojo de nervios.

–He venido a recogerte para llevarte a cenar –anunció Nikos.

–¿A cenar?

–Sí. He reservado una mesa en el hotel en el que voy a pasar la noche. No está muy lejos, sólo a unos kilómetros de aquí –dijo él

como si llevarla a cenar fuera la cosa más natural del mundo.

Sophie no podía hablar, sólo mirarle. Por fin, recuperó la voz.

–No puedo ir a cenar contigo.

–¿Tienes algún otro compromiso? –inquirió él.

Sophie sintió el rubor de sus mejillas.

–No, claro que no. Pero eso no significa que pueda…

–¿Por qué no? Al fin y al cabo, debes estar cansada de una comida tan sencilla como la que has encontrado aquí.

–No estoy cansada, estoy bien –replicó ella.

–Da igual, esta noche podrás cenar algo mejor, ¿no? –Nikos miró su atuendo–. Aunque vas a tener que cambiarte de ropa.

–No tengo nada apropiado para salir de noche –respondió ella, recordando el amplio y caro guardarropa de antaño, ya completamente desaparecido. –No importa. El restaurante tiene un ambiente muy informal.

–Nikos, esto es… –pero Sophie se interrumpió.

«Una locura», quería decir. «Un absurdo. Un sinsentido».

–Vamos, ve a cambiarte –le instó Nikos–. Y no tardes, recuerda que sólo he comido un sándwich hoy –añadió él con cierto humor en la voz.

Sophie se preguntó por qué demonios quería invitarla a cenar. Le resultaba incomprensible.

Insoportable.

En cualquier caso, eso era lo que tenía que hacer aquella noche, no tenía alternativa. Tenía que soportar el tormento de cenar con Nikos…

Aturdida, se dio media vuelta y subió las escaleras que conducían al pequeño dormitorio situado encima del cuarto de estar.

Abajo, Nikos respiró profundamente.

¿Estaba haciendo lo debido? Silenció sus dudas. Tenía que inmunizarse contra Sophie, tenía que conseguir verla sin sentir nada. Nada en absoluto.

Sophie no le hizo esperar mucho y, desde luego, no había exagerado al decir que no tenía nada apropiado para salir de noche: la blusa y la falda que llevaba, aunque limpias, eran ropa de día. Se había recogido el cabello en una cola de caballo y no se había molestado en maquillarse. Mejor, pensó él, lo último que quería era

que ella realzara su belleza natural.

La condujo hasta el coche, le abrió la puerta y, sujetándola, esperó a que se acoplara. Durante un momento, Sophie pareció vacilante, pero luego se montó en el coche y se abrochó el cinturón de seguridad con un semblante carente de expresión.

Pero bajo esa máscara de inexpresividad, Sophie estaba luchando contra sus emociones, aplastando los recuerdos que acudían a su mente.

«No pienses, no recuerdes. Y, sobre todo, no mires al hombre sentado a tu lado, a ese fuerte cuerpo tan cerca del tuyo, rozándote…»

Después de unos diez minutos de trayecto, Nikos detuvo el coche a la entrada de un elegante hostal: bonito, antiguo y en inmaculado estado. A juzgar por los coches aparcados allí, era la clase de establecimiento que atraía a clientela de alta sociedad.

Nada más entrar, atendieron a Nikos y, en cuestión de minutos, estaban sentados a una mesa junto a la cristalera de la parte posterior de la casa con vistas a un jardín y a un pequeño río.

Mientras Nikos leía la carta con el menú, ella posó la mirada en una pequeña tarjeta que acompañaba al arreglo floral que había en el centro de la mesa. En la tarjeta venían el teléfono y la dirección del hostal. Se encontraban en Hampshire, cerca de un pueblo del que ella no había oído hablar. No obstante, no le pareció especialmente importante dónde estaba. Después, con decisión, volvió el rostro para contemplar la vista.

–Sophie…

Giró el rostro. Nikos la estaba mirando con expresión interrogante. Un camarero se había acercado a la mesa sin que ella se diera cuenta y estaba esperando. Ella tragó saliva y pidió lo que quería; después, fue Nikos quien pidió su cena.

Nikos eligió cordero como plato principal, y un recuerdo se le clavó a Sophie en el corazón. El cordero siempre había sido uno de los platos preferidos de Nikos y aún recordaba a éste hablándole de la forma tradicional de preparar cordero en Grecia: cocinado al horno a fuego lento hasta que la carne era tan tierna que se desprendía del hueso casi por sí sola.

«Tienes que venir a Grecia conmigo, ya verás cómo es el cordero allí», le había dicho él. Y ella se había sentido en el paraíso. ¿Por

qué iba Nikos a invitarla a Grecia sino para que sus padres la conocieran porque quería casarse con ella? Al menos, eso era lo que había esperado, lo que había soñado. Le había querido tanto, tanto…

Pero ya no le quería.

Nikos había matado su amor por él, le había acuchillado el corazón. Y ella le había dado la daga para hacerlo. Y su vida se había hecho añicos.

–Sophie…

La voz de Nikos la devolvió a la realidad.

–¿Sí?

–Sophie, el motivo por el que te he invitado a cenar es el siguiente: quiero poner punto final al pasado. No quiero que el pasado vuelva a influir en mi vida, y estoy seguro de que a ti te ocurre lo mismo. Por eso quería pasar un rato contigo, para zanjar la cuestión. De ese modo, si nuestros caminos volvieran a cruzarse en el futuro, evitaríamos el drama de esta vez.

Nikos respiró hondo antes de continuar con voz clara y decisiva:

–Supongo que ahora, tras saldar tu deuda, tus problemas económicos ya no existen. Te metiste en un buen lío, en algo peligroso, pero has logrado salir y espero que no vuelvas a hacerlo nunca más. Y ahora, supongo que ya te he sermoneado bastante, así que cambiemos de tema y no volvamos a mencionarlo jamás.

Sophie le estaba mirando con una expresión extraña, misteriosa. Nikos se preguntó a qué se debería, pero en ese momento apareció el camarero con una botella y le dio a probar el vino que había elegido. Tras probarlo y dar su aprobación, el camarero les sirvió dos copas y se retiró.

–Así que, al final, decidiste que la música no era para ti ¿eh? –dijo Nikos, por entablar una conversación neutra.

–No –respondió ella sin emoción en la voz y sin dar explicaciones.

–¿Y a qué te dedicaste?

Sophie agarró su copa con cuidado.

–A nada en particular –respondió ella.

Era difícil hacerla hablar de algo, pensó Nikos.

Les sirvieron el primer plato y Nikos se alegró; sin embargo, cuando empezaron a comer, continuó intentando entablar

conversación con ella.

–¿Y qué es ese «nada en particular»? –preguntó Nikos sonriendo.

Sophie pinchó con el tenedor una pieza del delicioso salpicón de marisco que había pedido y se lo llevó a la boca, saboreándolo.

–Yo trabajo –respondió ella por fin.

Nikos enarcó las cejas. Si Sophie realizaba un trabajo remunerado, estaba claro que el salario no le daba para vivir, por lo que se había endeudado y había tenido que recurrir a trabajar para una agencia de señoritas de compañía.

–¿Qué clase de trabajo?

–Trabajo en una zapatería.

Era la verdad, o lo había sido hasta hacía cuatro días, cuando había ido allí y no se había presentado a trabajar. Dudaba que los de la zapatería la admitieran otra vez, lo que significaba que tendría que buscarse otro trabajo inmediatamente por mal pagado que estuviera.

Momentáneamente, sintió miedo, un miedo que se le agarró a la garganta. ¿Cómo iba a poder seguir así? Haría lo que tenía que hacer, no tenía alternativa.

«Sobrevivir, tengo que sobrevivir. Es lo único que puedo hacer y tengo que seguir haciéndolo. Necesito el dinero».

–Ah, debe serte útil, si quieres ser la primera en lucir lo último de la moda –comentó Nikos, comprendiéndolo ahora. Trabajar en una boutique de moda era una alternativa fácil; sobre todo, cuando la propietaria era una amiga que tenía esa tienda como hobby, algo en lo que ocupar el tiempo.

Nikos mencionó un par de zapaterías de lujo, completamente distintas a la tienda en la que ella trabajaba todos los días de la semana desde la mañana hasta por la tarde, con sólo dos tardes libres a la semana.

Nikos la vio volver a encerrarse en sí misma. ¿Por qué no parecía querer hablar de su vida?

Con decisión, siguió insistiendo, aunque cambiando de tema.

–Ha sido muy generoso por tu parte trabajar tanto en el jardín amurallado. La restauración de los jardines va a ser una parte importante del proyecto. Por suerte, aún se conserva el plano original del jardín de Belledon, del siglo XVIII, así que la restauración se hará siguiendo el diseño original.

–¿Belledon?

–Sí, es el nombre de la propiedad –contestó Nikos–. Aunque no veas la casa apropiada para ser un hotel, es perfectamente adecuada para ese uso. Además, está sólo ocho kilómetros de Heathrow por la autopista. La idea que tengo es convertirla en uno de los mejores hoteles de época del Reino Unido, a pesar del coste de la restauración.

Nikos continuó hablando del proyecto y Sophie se alegró, agradecida de que hubiera abandonado la insoportable inquisición a la que la había sometido. Le dejó hablar mientras ella hacía honores a esa deliciosa comida. Les habían retirado las entradas y ambos tenían delante un plato de suculento cordero.

–Está francamente bueno –comentó Nikos saboreando la carne–. De la zona, según la carta.

Nikos continuó charlando y, casi sin darse cuenta, Sophie empezó a tomar parte en la conversación. Poco a poco, debido en parte al alcohol, fue relajándose. Mientras Nikos le explicaba los detalles y las dificultades del trabajo de restauración de la casa del siglo XVIII, se sorprendió al descubrir que realmente le interesaba el tema. Sin darse cuenta, empezó a hacerle preguntas a Nikos, a hacer comentarios y a exponer opiniones.

Un respiro, aunque breve e ilusorio, del tormento que Nikos le causaba.

Fuera, la tarde había dado paso a la noche y la vela de la mesa proyectaba su luz en el cristal del ventanal, creando un mundo paralelo. Sophie clavó los ojos en el reflejo y una intensa emoción la embargó: estaban ahí, Nikos y ella, en ese universo paralelo de luces y sombras, iluminados conjuntamente.

Juntos…

¿Cuántas veces, en el pasado, habían estado así, sentados, charlando de todo, de cualquier cosa? Ése era el Nikos que recordaba junto a quien el tiempo pasaba volando entre risas y sonrisas…

No podía evitar la emoción, le corría por las venas. ¡Cuánto había perdido al perderle! ¡Cuánto!

Sin embargo, en contraposición con ese sentimiento de pérdida y en ese precioso y breve momento, sintió como si poseyera algo precioso, algo parecido a una joya en la palma de la mano. Por

pasajera e irreal que fuera la velada, su amargura se desvaneció y, de repente, el presente fue su única realidad. Y por fugaz que fuera, siempre lo agradecería, siempre se alegraría de aquel momento.

Unos camareros se acercaron a la mesa y le llevaron la carta con los postres. Ella eligió uno al azar y pronto se lo llevaron, junto a una copa de vino dulce Beaune de Venise para acompañar al delicioso postre.

Se le estaba yendo un poco la cabeza, pero no le importó. El mundo real y sus problemas parecían estar alejándose, y una extraña sensación de distanciamiento se apoderó de ella. Se conformaba con estar ahí sentada bebiendo ese vino dulce y dejando que la voz de Nikos la envolviese mientras ella le contemplaba. Era extraño, muy extraño, pensó mientras admiraba la viril perfección de él.

«Nikos, sólo Nikos. El hombre de mi vida…»

La emoción la desbordaba, la joya que tenía en la palma de la mano era única, extraordinaria…

–¿Sophie?

Nikos la estaba mirando con expresión interrogante y la silla algo apartada de la mesa. El comedor estaba prácticamente vacío, la vela casi consumida…

Sophie se puso en pie, imitando a Nikos, y al salir del comedor se dio cuenta de que eran los últimos comensales. Nikos estaba a su lado y juntos salieron al jardín. Sentía la presencia de él, su proximidad, su compañía…

Como la pareja reflejada en el cristal del ventanal. Juntos.

–¿Tienes frío? –preguntó Nikos mientras caminaban por un sendero suavemente iluminado.

Sophie sacudió la cabeza. No tenía frío. El vino le corría por las venas y la noche estival era cálida. Y la sangre le hervía. ¿Se le había acelerado el pulso? ¿Le repiqueteaba el corazón con sus latidos?

¿Era por el hombre que estaba a su lado?

«Nikos, Nikos, Nikos…»

–Mira las estrellas –dijo él.

Ella siguió la mirada de Nikos. El firmamento brillaba sobre sus cabezas.

–Ahí está Júpiter –añadió Nikos.

Sophie miró a ciegas. Nikos alzó una mano y le señaló un punto… mientras le ponía la otra mano en el hombro, haciéndola girar ligeramente. De repente, sintió el cálido aliento de él en la nuca y dejó de ver las estrellas con claridad. La mano de él era como una marca de hierro incandescente en su hombro.

Durante un eterno momento se quedó completamente inmóvil, sólo consciente de Nikos junto a ella.

Entonces, bruscamente, él retiró la mano.

–Por aquí se llega enseguida al aparcamiento –dijo él con voz seca de repente.

Sophie se sintió hundida.

Al llegar al coche, Nikos le abrió la puerta, su expresión era tensa. ¿Qué le había pasado?

Una vez sentado al volante, Nikos puso en marcha el coche y salió del aparcamiento. El propósito de aquella cena había sido claro: acabar de una vez por todas con el pasado. Superarlo. Constatar que Sophie ya no podía afectarle. Lograr inmunizarse contra ella, contra lo que podía hacerle…

«Mentiroso».

Llevaba a Sophie en el alma, en todas y cada una de las células de su cuerpo. Un sinfín de sentimientos se había apoderado de él, sentimientos que ella despertaba en él. Sólo ella, sólo Sophie…

Sólo Sophie…

Durante el corto trayecto a Belledon no hablaron, el silencio hablaba por sí mismo. Nikos tenía la cabeza llena, pero no de palabras ni de pensamientos.

Mientras daba la vuelta a la casa con el coche para pararse delante de donde ella se alojaba, se sintió cada vez más agitado. No sabía lo que era, no podía ponerle nombre. Sólo sabía que sentía algo fuerte, imperativo, poderoso.

«Debería marcharme. Debería dejarla e irme. Volver al hotel y después, a primera hora de la mañana, regresar a Londres. El arquitecto puede esperar. No es importante. Lo único importante para mí es volver a Londres. Lejos de aquí».

«Lejos de Sophie…»

Apagó el motor y el silencio les envolvió. Con un brusco movimiento, Nikos abrió la portezuela, salió del vehículo, lo rodeó y le abrió la puerta a ella. Sophie salió rápidamente. Él la acompañó

hasta la puerta de la casa y él mismo la abrió con su propia llave; después, se quedó sosteniéndola para que ella pasara.

Nikos no dijo nada.

No se atrevía a hablar.

No se atrevía a mirar a Sophie.

Sophie se acercó despacio. El corazón le latía con fuerza. A su alrededor, sólo silencio.

–Sophie…

Había refrescado, pero no era la brisa nocturna lo que la hizo estremecer. «No volveré a ver Nikos después de esta noche». Nikos se iba a marchar y ella no lo vería nunca más.

Lo sabía con absoluta certeza. Sus caminos no volverían a cruzarse, tampoco volverían a encontrarse por casualidad. No, nunca más.

Un terrible anhelo la embargó. Añoraba lo que nunca había sido, lo que jamás sería. Lo que no podía ser.

Con dolorosa pena, pasó por delante de él.

–Sophie…

Ella se detuvo. No podía darle las buenas noches, no podía hablar. Había perdido el don de la palabra.

–Sophie, yo…

Ella inclinó la cabeza.

–Adiós, Nikos.

Había querido decir «buenas noches», pero nada más sincero que un adiós. Echó a andar otra vez, hacia dentro de la casa.

–Sophie…

Nikos había vuelto a pronunciar su nombre, pero el tono era diferente y también le había colocado una mano en el hombro. Deteniéndola. Y ella se volvió.

Nikos se le había acercado. Le oyó decir algo en griego, pero no sabía qué. Sólo sabía que, en la oscuridad de la noche, el rostro de Nikos era sombrío.

De repente, los ojos de Nikos se encendieron, iluminados por un fuego interior.

Se miraron en silencio, anhelantes…

«¡Oh, Dios mío, Nikos!»

Una incontrolable emoción se apoderó de ella y entonces…

Despacio, infinitamente despacio, Nikos le agarró ambos brazos

y tiró de ella hacia sí, sujetándola contra su cuerpo, estrechándola contra sí.

Nikos pronunció unas palabras en griego, en tono bajo y ronco. Ella no las comprendió, pero no necesitaba comprenderlas para saber lo que veía en los ojos de él, en su expresión.

En sus labios. Y con un suave movimiento, la boca de Nikos descendió hasta cubrirle la suya.

Nikos movió la boca sobre la de Sophie, absorbiendo de ella un néctar más dulce que la miel. Un néctar que ya había probado antes, tan dulce como ése. Un néctar que le había deleitado en su primer beso… y en el último.

Y una vez más ahora.

Sophie se abrió a él. No podía evitarlo. Se entregó, toda ella, a ese momento de bendición. Nikos la estaba besando. Nikos la besaba suave y lentamente.

La estaba besando como la había besado la primera vez.

Volvía a estar en sus brazos otra vez y se entregó completa y absolutamente. Ni siquiera trató de resistirse.

Nikos la llevó hasta las escaleras, subieron al primero piso. La oscuridad les envolvía, pero él no necesitaba que la luz le dijera lo que ya sabía, que el suave y delgado cuerpo de Sophie se acoplaba al suyo, que sus tiernos y redondos pechos se apretaban contra él, que esa dulce y generosa boca era como la miel. Néctar.

¿Dijo algo? No lo sabía. Tampoco sabía si había hablado en griego o en inglés. Sólo sabía que tenía una mano en la nuca de Sophie, sujetándole la cabeza, mientras paseaba la otra por la espalda de ella. Seguía besándola, profundamente; y, sin embargo, el beso sólo engendraba un mayor y más salvaje deseo. Sus dedos se posaron en la blusa de Sophie, esa prenda fea y barata que jamás debería haber mancillado su cuerpo, y se la quitó, al igual que la despojó de la falda, dejando que cayera al suelo, para luego tomar a Sophie en sus brazos y, con cuidado, depositarla en la cama.

Acabó de desnudarla y, rápidamente, se quitó su ropa también, sin importarle cómo caía ni a dónde. Lo único importante era colocar su cuerpo desnudo encima del de ella, que brillaba como una perla en la aterciopelada noche, pasear los labios por la opalescente piel y los delicados huesos en la base de la garganta. Entonces, con la más leve de las caricias, pasó las manos por las

curvas de esos tiernos senos y la oyó gemir. Sintió los pechos hincharse bajo el roce de las yemas de sus dedos y de sus labios. Sintió los pezones erguirse al chuparlos… y volvió a oír los roncos gritos de Sophie.

Sintió los dedos de Sophie en sus cabellos, en la espalda, y el cuerpo se le endureció, llenándole con un deseo tan profundo, tan absoluto, que le obligó a separarle las piernas y a colocarse sobre las arqueadas caderas de ella. Sophie tenía la cabeza hacia atrás y el cabello esparcido por la almohada cuando él volvió a besarla profundamente, y se entregó entre quedos, roncos y suplicantes gritos mientras él la penetraba con cuidado.

Sophie no podía moverse. No se atrevía. Porque si lo hacía algo imposible sucedería. Sentiría mayor gozo del que era posible sentir. Por eso, se iba a quedar como estaba, con el cuerpo de Nikos llenándola, ella con las piernas alrededor de él, los músculos de ambos temblando.

Nikos le tenía las dos muñecas sujetas por encima de la cabeza y ella sentía el cuerpo a punto de estallar. Durante un infinito y exquisito momento, se quedó muy quieta, como si fuera una estatua de mármol o marfil suspendida en el tiempo. Miró hacia arriba, con ojos y boca abiertos, contemplando el semblante que tenía encima y cuyos oscuros ojos le hacían una petición a la que era imposible negarse.

Entonces, tras susurrar su nombre, Nikos se movió.

Y ella le respondió con todo su cuerpo.

Sophie gritó. No podía evitarlo, le resultaba imposible contenerse. Gritó mientras sentía como si el cuerpo entero se le estuviera disolviendo. El placer siguió y siguió. Y entonces oyó a Nikos gritar, con ella.

Poco a poco, el éxtasis se disipó para dar paso al cansancio y la relajación. Nikos se separó de ella, pero la arrastró consigo hasta quedar ambos tumbados de costado con las extremidades entrelazadas.

Los párpados le pesaban y un dulce calor la envolvía. Se acurrucó junto a él, se abrazó a él, apoyó la cabeza en el hombro de él. Y poco a poco fue sumiéndose en un profundo sueño en los brazos de Nikos.

Una débil luz le acarició los párpados, abriéndoselos. Durante un momento se encontró sola; después, como por arte de magia, se dio cuenta de que estaba en los brazos de Nikos.

Y habían hecho el amor.

Se sintió feliz. No le importaba ni el cómo ni el porqué. Había ocurrido, eso era todo, y ella estaba ahí y Nikos estaba con ella. Le puso la mano en el pecho y sintió su calor. Le miró y vio los hermosos contornos de ese rostro, el cabello cayéndole por la frente y las larguísimas pestañas.

Y supo con absoluta claridad y profundo dolor que le estaba ocurriendo algo que nunca antes le había ocurrido.

«Nunca había pasado la noche en sus brazos, nunca me había despertado en sus brazos».

¡Esta vez, esta vez se le había concedido!

«Así es como debiera haber sido».

Trató de impedir que esos horribles recuerdos la acosaran, humillantes y envenenados.

Sintió frío. El calor del cuerpo de Nikos se había evaporado. A ciegas, miró a su alrededor.

Y despacio, muy, muy despacio, como si un terrible e insoportable peso la estuviera aplastando, supo lo que tenía que hacer.

Capítulo 8

Supongo que se dará cuenta de que hay recesión económica, ¿verdad? La voz de la mujer de la oficina de la agencia estatal de empleo denotaba impaciencia. Sophie sabía por qué: había dejado un buen trabajo sin motivo aparente y ahora estaba otra vez allí, pidiendo trabajo.

–Estoy dispuesta a aceptar cualquier trabajo –dijo Sophie en voz baja.

Estaba angustiada. Aunque el cheque de Nikos le había dado un respiro, tenía que empezar a ganar dinero inmediatamente.

Pero no debería haber recordado el cheque.

Ni a Nikos.

«¡Concéntrate! ¡Fija tu atención en lo único que importa: conseguir otro trabajo. Cualquier trabajo!»

La mujer de la agencia de desempleo estaba mirando el monitor del ordenador.

–Si supiera escribir a máquina, sería más fácil. El problema es que no está preparada para el mercado laboral.

Sophie lo sabía. Llevaba cuatro años siendo sumamente consciente de ello. No tenía una preparación profesional y tampoco tiempo para adquirirla.

Lo único que podía hacer era aceptar cualquier trabajo por muchas horas que fuera y por cualquier salario.

La mujer apoyó la espalda en el respaldo del asiento, dándose por vencida.

–Tendrá que volver mañana a ver si sale alguna cosa. En la base de datos sólo encuentro trabajos en bares, y usted ha dicho que no quiere ese tipo de trabajo.

No, no lo quería. Ya lo había hecho en una ocasión, pero el acoso sexual al que se había visto sometida le había parecido repelente. Desde entonces, se había limitado al trabajo de dependienta en tiendas. Sin embargo, en ese momento no podía permitirse el lujo de rechazar ningún trabajo, y mucho menos

después de haber trabajado como señorita de compañía…

A pesar de haberlo negado en su momento, sabía que Nikos había estado en lo cierto al calificar ese trabajo.

Pero no, no podía pensar en Nikos, no debía pensar en él. Por lo tanto, miró a la otra mujer con expresión de desolación.

–¿Qué clase de trabajo en bares?

Diez minutos más tarde, Sophie salió a la calle. Aunque consiguiera el trabajo que iba a ver aquella tarde, era poco dinero, el sueldo base.

Caminó por la calle sintiendo una gran desolación. Aún tenía agujetas por todo lo que había andado el día anterior, cuando salió de la casa a las cinco de la mañana y fue andando hasta el pueblo; y de allí, a la estación de tren. Había tenido que dejar el equipaje, sólo había llevado consigo el bolso, mientras se marchaba sigilosamente, temerosa de que Nikos se despertara. Con miedo de perder el valor y no poder hacer lo que tenía que hacer.

«Pero lo hice y eso es lo que importa. Nada más, nada más…»

La desesperación se apoderó de ella.

«Tengo que continuar. Tengo que continuar. Y, sobre todo, no pensar en lo que ha pasado con Nikos. Porque si pienso en ello, si pienso en ello…»

Se derrumbaría, se vendría abajo.

«Fue un sueño, eso es todo. Eso es lo que tengo que pensar. Tengo que imaginar que lo he soñado. Porque eso es lo que ha sido, un sueño. Tan ilusorio como si lo hubiera imaginado. Tan imposible como si lo hubiera imaginado».

Y con la cabeza gacha, continuó caminando por el duro adoquinado de la calle.

–Señor, la hemos visto.

Al momento, Nikos, con el móvil pegado al oído, se puso tenso.

–¿Dónde?

El operario de seguridad le dio una dirección, que él anotó en un trozo de papel. Después, cortó la comunicación y llamó a su chófer para que fuera inmediatamente a recogerle. A continuación, salió del despacho, le pidió a su secretaria que cancelara todas sus citas y se dirigió a los ascensores de las elegantes oficinas londinenses de Kazandros Corp.

Su expresión era sombría.

Por fin la habían encontrado.

Le había llevado una hora de frenética búsqueda convencerse de que Sophie no estaba en algún sitio de la casa en ruinas con la nuca rota, y más tiempo aún darse cuenta de que, a pesar de haber dejado allí sus pertenencias, Sophie se había marchado, le había dejado.

¿Por qué?

Todavía no había encontrado respuesta a esa pregunta. No se le ocurría ningún motivo. Le resultaba inexplicable, imperdonable.

¿A qué demonios estaba jugando Sophie?

Encolerizado, se subió al coche y le dio al chófer la dirección a la que iban. Había sido un imbécil. Un perfecto imbécil.

Igual que la última vez.

Sophie Granton le había destrozado una vez más. Pero iba a encontrarla e iba a obtener explicaciones.

«¡Maldita sea, maldita sea por hacerme esto otra vez! ¡Maldita sea por llevarme al paraíso y luego arrojarme al infierno! ¡Maldita sea!»

El trayecto hasta la dirección que le habían dado llevó más tiempo del que había imaginado y no era la clase de lugar al que había esperado ir. Frunció el ceño mirando a su alrededor. ¡Esa zona estaba muy abandonada!

El móvil sonó y respondió a la llamada.

–¿Sí? –dijo Nikos con voz seca.

–La mujer está en la calle, dirigiéndose a su casa –le informó el operario.

–No la pierda de vista –contestó Nikos.

Frunció el ceño mientras continuaba examinando los alrededores. Entonces la vio. Iba andando por la calle, unos metros por delante del coche. La forma como caminaba reavivó un mal recuerdo. La había visto caminar así antes, con la cabeza baja, apenas capaz de poner un pie delante del otro. Había sido la noche que la había visto escapando de Cosmo Dimistris.

Vencida. Agotada. Destrozada.

–¡Pare el coche! –ordenó al chófer.

El chófer detuvo el coche inmediatamente y Nikos saltó a la calle.

La agarró por un hombro y la hizo girar. Sophie lanzó un quedo grito y, de repente, su rostro mostró terror. Pero entonces le reconoció.

Y palideció.

–Nikos…

–¡Sí, Nikos! ¡Y ahora ya puedes empezar a decirme a qué demonios estás jugando!

La expresión de Sophie estaba vacía, completamente vacía. Pero Nikos se dio cuenta de que Sophie no lo hacía intencionadamente, porque no quisiera contestarle, sino porque no podía. Tenía la misma expresión abatida y de derrota que había visto en ella al verla en la calle, calada hasta los huesos, cuando la agarró y la metió en el taxi.

Pero tenía que hablar con ella, necesitaba una explicación. Pero no ahí, no en la calle.

–¿Dónde vives, Sophie?

No podía vivir allí. Aquél era un barrio marginal.

Sophie señaló una casa a unos metros de donde se encontraban. El piso bajo estaba tapiado con tablones de madera y, en el lateral, había una puerta con la pintura desconchada.

–¿Vives ahí? –preguntó Nikos sin poder evitar un tono de incredulidad en la voz.

«¿Qué demonios pasa? ¿Por qué está Sophie aquí?»

Lo sabría. Obtendría todas las explicaciones que requería.

El coche se acercó a donde se encontraban. Estaba llamando la atención, no era la clase de vehículo que frecuentaba esa zona. Le informó al chófer que diera vueltas a la manzana hasta que él le llamara. El coche se marchó y él volvió su atención de nuevo a Sophie, con la mano aún en su hombro.

La sintió temblar.

La acompañó hasta la puerta que ella le había indicado y esperó a que Sophie sacara las llaves del bolso y abriera. Dentro le golpeó la mezcla de olores a suciedad, moho y orina. No había vestíbulo, sólo unas escaleras. Arriba de las escaleras había varias puertas.

–Ésta –dijo Sophie en voz baja, y abrió.

Al entrar en la habitación, Nikos se dio cuenta de que la vida no había sido amable para Sophie Granton durante los últimos cuatro años. La estancia estaba ocupada por una cama estrecha, un

armario empotrado, un lavabo, un pequeño refrigerador y un infiernillo encima de un mueble. El suelo era de linóleo y había una diminuta alfombra al lado de la cama. Lo único bueno que se podía decir era que estaba limpia y ordenada, y olía a desinfectante.

–¿Vives aquí? –dijo él con incredulidad.

Sophie puso el bolso encima de la cama.

–Sí. Parecía tranquila, pero su semblante continuaba vacío.

–¿Qué demonios está pasando? –Nikos respiró profundamente–. ¿Cómo puedes vivir en este pozo inmundo?

Sophie parpadeó.

–Es lo único que puedo permitirme.

Nikos dijo algo en griego.

–¿Por qué? ¡Sophie, tu padre era multimillonario! ¡El que perdiera la empresa no significa que no pudierais permitiros nada mejor que esto! Seguramente tendría dinero en algún banco, a salvo. Y aunque no se tratara de una fortuna, como antes, debía ser lo suficiente para permitiros vivir cómodamente. En cuyo caso, ¿por qué demonios vives así?

Nikos se interrumpió y, de repente, empequeñeció los ojos.

–¿Es que ya no te hablas con tu padre? ¿Es porque a tu padre no le gusta la clase de vida que llevas? ¿Es eso? ¿En serio era la primera vez que trabajabas de señorita de compañía o me mentiste? –una nueva idea acudió a su mente–. ¿Te drogas, Sophie?

La observó con detenimiento. ¿Acaso la delgadez de Sophie se debía al abuso de las drogas? ¿Era por eso por lo que había decidido trabajar de… señorita de compañía?

La vio sacudir levemente la cabeza y Nikos sintió un gran alivio. Después, siguió sin comprender la situación. ¿Por qué estaba Sophie viviendo así?

–¿Sabe tu padre que vives aquí?

La pregunta pareció afectarla. La vio sacudir la cabeza casi imperceptiblemente; después, Sophie se abrazó a sí misma con gesto autoprotector.

Algo pasaba, pensó Nikos. Algo malo estaba ocurriendo.

–¿Por qué no le has dicho nada a tu padre, Sophie? –preguntó él en voz baja–. ¡No querría verte viviendo aquí! Tu padre podría ayudarte a levantar cabeza, sabes que lo haría. Quizá te parezca que, a tu edad, es lógico vivir tu vida y no depender

económicamente de él, pero…

Un gemido salió de ella. Luego, se le quedó mirando fijamente.

–Mi padre no tiene nada de dinero –declaró Sophie.

–No lo comprendo…

Esa vez, Sophie lanzó una carcajada. Pero fue una risa vacía e histérica.

–¿No lo comprendes? Dime, Nikos, tú que te mueves en el mundo de las finanzas… ¿has oído alguna vez el término «chiringuito financiero» en argot? –la voz de Sophie era cruel, pero esa crueldad no iba dirigida a él.

Nikos se quedó muy quieto.

–Sí.

«Chiringuito financiero», el término se utilizaba para designar operaciones financieras fraudulentas. Las autoridades no daban abasto: tan pronto como pillaban una, surgían otras muchas más, siempre en busca de clientes para invertir su dinero en acciones sin ningún valor. Al no rendir beneficios las inversiones, se convencía a los clientes de invertir más dinero hasta dejarles sin un céntimo; después, a por la siguiente víctima.

Nikos frunció el ceño. ¿Cómo era posible que Edward Granton, un hombre con tanta experiencia en los negocios, se dejara engañar de esa manera?

Dejó la pregunta a un lado. En ese momento, no era lo más importante. Tras mirar a su alrededor con repugnancia, agarró a Sophie por el codo.

–Venga, vámonos de aquí ahora mismo.

–Vete tú, Nikos –respondió Sophie en voz baja y sin vida. Nikos lanzó una carcajada.

–De ninguna manera voy a dejarte aquí, Sophie.

Venga, recoge tus cosas, nos vamos. Además, no creo que tengas mucho que recoger… tengo lo que dejaste en Belledon.

–Yo… iré a por mis cosas.

–Se merecen acabar en la basura –comentó él.

–Es lo único que tengo. Por favor –dijo ella angustiada–. Por favor, Nikos, no las tires, deja que las recoja. Las necesito. Y… estoy bien aquí, en serio. Ya me he acostumbrado.

Sophie respiró profundamente. Necesitaba que Nikos se marchara. Empezaba a derrumbarse y no debía hacerlo delante de

él, no debía. Tenía que deshacerse de él. Tenía que hacerlo. Le había costado un esfuerzo imposible marcharse aquella horrible mañana, obligarse a alejarse de él, recorrer ese largo camino de vuelta a la desesperanza a la que estaba condenada a vivir y de la que no podría escapar.

Y ahora volverle a ver, tan cerca, en ese lugar inmundo en el que vivía… ¡Era una absoluta agonía!

–Por favor, Nikos, vete. Tienes que marcharte, no puedes quedarte aquí –dijo ella con voz tensa–. Tengo… tengo cosas que hacer. Por favor, vete.

Por favor.

–¿Qué cosas? –insistió él.

–Cosas. No importa. Vete, te lo ruego.

Nikos notó su malestar, era visible. Como también era visible que pareciera estar al límite de sus fuerzas. Sophie no aguantaba más y él necesitaba descubrir mucho más.

–¿Dónde está tu padre, Sophie?

Nikos la vio palidecer. La estaba presionando, pero no le importaba. Tenía que averiguar el paradero de Edward Granton, debía ir a verle, enfrentarse a él y descubrir qué había pasado.

¿Qué clase de padre permitía que su hija viviera así?

–Está en el extranjero –respondió ella rápidamente.

–¿Dónde?

Sophie se encogió de hombros.

–Eso no importa, Nikos. Escucha, tengo que marcharme. Yo… tengo que ir a un sitio.

Nikos la calibró con la mirada. Vio que ella se negaba a mirarle. Su rostro, de nuevo, carecía de expresión. Sophie había vuelto a esconderse tras una máscara. Detrás de la máscara, estaba desmoronándose.

Nikos dio un paso atrás y asintió.

–Está bien, me marcharé.

En el semblante de ella, vio disminuir la tensión y se dio cuenta de que era lo mejor que podía hacer. Sólo se trataba de un cambio de planes. Las razones por las que había ido allí podían esperar, de momento.

Nikos volvió a asentir con la cabeza, giró sobre sus talones y se marchó.

Ella oyó las pisadas de Nikos en las escaleras, oyó la puerta de la entrada de la casa al cerrarse. Entonces, muy despacio, se dejó caer en la cama mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

Capítulo 9

En la calle, Nikos agarró el teléfono móvil. Aunque no podía ver al operario de seguridad, sabía que debía estar por ahí. Cuando éste respondió, Nikos le dio instrucciones breves y precisas.

–Siga vigilándola.

Después, cortó la comunicación y llamó al chófer para que le recogiera. Estaba de un humor de perros. Pero no por Sophie. Ya no.

¿Qué demonios pasaba con ella? ¿Por qué su padre permitía que llevara semejante vida? ¡Y que se endeudara! ¡Que trabajara en cualquier cosa! ¡Que hiciera colas en agencias de empleo! ¡Que recurriese a trabajar de señorita de compañía!

Pero descubriría la verdad fuera como fuese. Descubriría el motivo por el que le había dejado y se había marchado de madrugada después de haber pasado la noche con él…

No, mejor no pensar en eso ahora, lo importante era vigilarla, no perderla de vista.

El coche paró delante de donde estaba él y, tras subirse, le dijo al chófer que se pusiera en marcha. Sophie debía creer que él había decidido hacer lo que ella le había pedido: dejarla en paz.

Sonrió. De una cosa estaba seguro, Sophie Granton no iba a escapársele. Fuera lo que fuese lo que iba a hacer, él estaría presente.

Su coche estaba merodeando por la zona y no tardó mucho en recibir una llamada del operario diciéndole que Sophie había salido de su casa.

Pero cuando Nikos llegó al lugar al que Sophie se había dirigido, en una zona de las afueras de Londres de arboladas calles y grandes casas victorianas, un lugar completamente distinto a la zona en la que ella vivía, frunció el ceño con consternación. Se trataba de un edificio de considerable tamaño con jardín delantero; en la puerta de la verja de entrada, había una placa de cobre.

¿Qué había ido a hacer allí Sophie? ¿A semejante lugar? No lo

comprendía. Pero pronto se le ocurrió la explicación lógica: debía tener algo que ver con la entrevista de trabajo aquella mañana. Sophie debía haber ido allí a una entrevista de trabajo. ¿Qué otra cosa podía ser?

Nikos se bajó del coche y entró en el edificio.

–Estoy buscando a Sophie Granton –anunció a la recepcionista sin dar ninguna explicación.

La joven pareció momentáneamente confusa, pero Nikos estaba acostumbrado a causar esa reacción en las mujeres. No obstante, la recepcionista bajó la mirada a la lista con las llegadas y asintió.

–Ah, sí, acaba de llegar –contestó la joven–. Supongo que no habrá problema en que vaya usted. Hace un día precioso y todo el mundo está en el jardín. Gire a la derecha, enseguida verá una puerta que da al jardín.

Quizá en un lugar así tenía sentido realizar una entrevista de trabajo al aire libre, pensó mirando a su alrededor con expresión sobria. Por necesarios que fueran los lugares como ése, no eran sitios animados para trabajar, se tratara del trabajo que se tratase. Quizá la fuerza física fuera un requerimiento, y Sophie no parecía apta para ello. Más bien, le había parecido tan frágil como la porcelana al verla en ese lugar al que llamaba casa.

Su expresión ensombreció. Le había sorprendido enormemente descubrir las circunstancias en las que vivía.

Unos incómodos pensamientos acudieron a su mente, cosas en las que no quería pensar. Cosas en relación con lo que le había ocurrido a Sophie desde que él la dejara aquella terrible noche cuatro años atrás.

Nikos llegó a la puerta que la recepcionista le había indicado y salió al jardín. Más allá del patio había una zona de césped. Era un jardín aislado, espacioso, rodeado de arriates con plantas herbáceas y arbustos ornamentales. Debía costar dinero estar allí. No obstante, por bien que estuviera, no era la clase de sitio en el que uno quería estar.

Paseó la mirada por el jardín y entonces, al fondo de la zona de césped, de pie junto a un banco de madera, la vio. Sophie no le había visto, estaba absorta en una conversación… ¿la entrevista? Hablaba con una mujer que claramente era una empleada. Entonces, la mujer asintió y se alejó, y fue en ese instante cuando

Sophie le vio.

Tuvo miedo de desmayarse. Debía estar alucinando. No podía ser… ¡No podía ser! Nikos, cruzando el césped, acercándose. ¿Qué estaba haciendo allí?

¿Cómo sabía que estaba ahí? Nikos debía haberla seguido, era la única explicación posible.

Pero ¿por qué? ¿Por qué había hecho semejante cosa? ¿Para qué? Ya le había dicho todo lo que tenía que decirle; de lo contrario, ¿por qué se había marchado cuando ella le pidió que se marchara? Nikos Kazandros no era un hombre que obedeciera órdenes, a menos que quisiera hacerlo.

Se enfrentó a él cuando llegó a su lado.

–¿Ya has terminado la entrevista de trabajo? –preguntó él educadamente, pero sus ojos carecían de expresión, como si hubiera hablado sólo para enmascarar la verdadera pregunta.

Sophie se lo quedó mirando, incapaz de contestar.

«No puedo aguantarlo más, no puedo».

Estaba agotada, tanto física como mentalmente. Los ojos de Nikos se estaban clavando en los suyos como clavos. Quería cerrar los ojos y ahuyentarle así, pero no podía. ¿Por qué la perseguía? ¿Por qué?

–Nikos… –dijo ella con un hilo de voz–. No puedo más. No puedo.

Nikos ignoró esas palabras.

–¿En serio quieres trabajar aquí? –le preguntó él.

Sophie abrió la boca para responder, pero la voz le falló. Volvió la cabeza y él siguió la dirección de su mirada. Alguien se estaba aproximando. Al acercarse, Nikos se sintió palidecer.

«*Thee mou…*» Lo reconoció en un instante de absoluto impacto. Sophie estaba acercándose para saludar. Con voz suave y temblando de emoción, dijo:

–Hola, papá.

Nikos observó el encorvado cuerpo del hombre en la silla de ruedas que empujaba una enfermera. Le vio alzar la cabeza con esfuerzo y buscar a Sophie con la mirada. Ella se agachó para besarle tiernamente en la mejilla.

–Tengo la tarde libre hoy, papá, por eso he venido a verte –

continuó ella con la misma ternura en la voz–. ¿Cómo te encuentras hoy?

Fue la enfermera quien respondió, la misma mujer a la que Nikos había visto hablando con Sophie hacía unos momentos.

–Mucho mejor ahora que está contigo, ¿verdad? –dijo la enfermera dirigiéndose al paciente.

Nikos le vio asentir levemente. Una palabra, pronunciada con evidente dificultad, salió de sus labios:

–Sophie. Era una palabra sencilla, pero contenía toda una vida de cariño.

Nikos, con un nudo en la garganta, se limitó a permanecer inmóvil, observando; entre tanto, Sophie se sentó en el banco de madera, con la silla de ruedas a su lado, y tomando la mano de su padre se la puso en el regazo.

La enfermera miró a Nikos.

–Tiene otra visita hoy, señor Granton –su voz tenía una nota de ánimo profesional.

Nikos sabía por qué. Cualquiera que trabajara con pacientes en semejante estado debía ser una persona animada; de lo contrario, no podría continuar en ese trabajo.

Los párpados del padre de Sophie volvieron a elevarse. Nikos se puso tenso.

–Me alegro de volverle a ver –dijo Nikos, a pesar de ser mentira.

No se alegraba de ver a Edward Granton en esa situación. No era agradable verle en una silla de ruedas sin casi poder hablar.

Edward Granton no le había reconocido y parecía estar buscando dolorosamente en su memoria quién era, pero Nikos no quería decirle su nombre al hombre al que había dejado enfrentarse solo a la ruina. Sintió un nudo en el estómago, como si se hubiera tragado una piedra.

Los ojos de Edward Granton se posaron en su hija, y Nikos vio cómo se suavizaba su expresión cuando ella le apretó la mano.

–No te preocupes, papá, todo está bien –le dijo ella en tono infantil.

Y la piedra en el estómago de Nikos se hizo más pesada.

«*Thee mou*». ¿Qué había pasado? ¿Qué le había ocurrido a Edward Granton?

Sophie estaba hablando con su padre en voz baja, inclinada

hacia él, sujetándole la mano, protegiéndole del resto del mundo.

Nikos miró a la enfermera y, bajando la voz, le dijo:

–¿Puede decirme qué es la causa de que esté así?

–Un derrame cerebral –respondió la enfermera en tono bajo y mostrando preocupación profesional–. Está mejorando mucho, dadas las circunstancias. Fue casi mortal; sobre todo, debido a los otros problemas de salud. Los dos infartos anteriores le habían debilitado mucho. Cuando sufrió el derrame cerebral nadie esperaba que sobreviviera, pero su hija le ha dado mucha fuerza y le ha ayudado enormemente; en realidad, es por ella por lo que ha sobrevivido. Sigue sumamente débil, como puede ver, pero ha mejorado mucho desde que vino.

Nikos tragó saliva.

–¿Cuánto… cuánto hace que tuvo el derrame?

–Algo más de un año –respondió la enfermera–. Por supuesto, ha sido una suerte que pudiera venir aquí nada más salir del hospital. Aunque esté mal que yo lo diga, ésta es una clínica excelente para rehabilitación, y creo que le ha ayudado mucho. Por eso es por lo que sería terrible si tuviera que marcharse –añadió la enfermera en tono confidencial.

–¿Marcharse?

–Bueno… desgraciadamente, esta clínica es privada y una estancia prolongada no está al alcance del bolsillo de todo el mundo –explicó la enfermera–. Pero realmente espero que el señor Granton pueda continuar aquí.

Una imagen acudió a su mente. Sophie Granton calada de agua hasta los huesos con el rímel cayéndole por las mejillas, diciéndole: «¡Necesito el maldito dinero!»

Por fin, el rompecabezas estaba resuelto.

Sintió un gran vacío. Ahora todo cobraba sentido, un sentido que le estremeció. Miró a Sophie, tan frágil de aspecto y, sin embargo, soportando una carga que habría podido con cualquiera, mucho más con una chica rica con un padre sumamente protector. Sin embargo, su padre estaba enfermo y se había visto privada de toda seguridad económica. ¿Y qué había hecho ella? Asumir la responsabilidad, con la carga emocional y económica que eso conllevaba, y cuidar de su padre.

¿Cómo lo había hecho?

Conocía la respuesta a la pregunta. Sophie había hecho lo que tenía que hacer, a cualquier precio. Había dejado la música, vivía en un barrio marginal, trabajaba en lo que podía… incluso como señorita de compañía.

Sí, por eso había hecho ese trabajo.

Nikos miró a su alrededor, fijándose en el inmaculado jardín, en el gran número de enfermeras y en la inmaculada clínica. Sabía cuánto costaba un sitio así.

«Y yo creía que tenía que pagar las tarjetas de crédito y no quería que su padre se enterase».

Sumamente disgustado consigo mismo, miró a Sophie, que seguía pendiente de su padre, sujetándole la mano, hablándole dulcemente, absortos el uno con el otro.

Nikos decidió dejarles tranquilos y se dirigió a la enfermera:

–Le ruego me disculpe un momento –dijo, y se dirigió a la puerta por la que había salido al jardín.

El asunto del que trató en el mostrador de recepción no le llevó mucho tiempo; después, salió y se dirigió a su coche. Entró para esperar allí y pasó el tiempo revisando unos documentos en el ordenador portátil.

Sophie, muy pálida, salió más de una hora después. Nikos le salió al encuentro de inmediato y la hizo entrar en el coche.

–Nikos, ¿qué haces? No quiero…

–Tengo que hablar contigo –le interrumpió él.

–Pues yo no quiero hablar contigo –le espetó ella, moviéndose hacia el otro extremo del asiento del lujoso coche, que tenía un cristal de separación entre el asiento posterior y el conductor.

Sophie parecía un animal acorralado.

–¿Qué pasa, Nikos? ¿Por qué demonios me estás siguiendo? ¿Qué tiene que ver contigo lo que yo hago con mi vida?

Nikos se la quedó mirando.

–¿Y me preguntas eso tú precisamente?

Fue lo único que él dijo, pero no necesitó añadir nada más. Se sostuvieron la mirada y a ambos recordaron…

–Nikos…

El aliento de ella era un suspiro, la boca cálida y generosa bajo la suya. No podía evitar besarla. No podía evitar estrecharla contra sí, sentir la redondez de sus tiernos senos y la suavidad de esas

curvas en el círculo de sus brazos.

Quería apartarse. ¡Aquello era imposible! ¡Un tormento insoportable! Ya había ido demasiado lejos, mucho más lejos de lo que había sido su intención. Pero, de nuevo, fue incapaz de contenerse.

Aquella noche habían asistido a un baile con fines benéficos y Sophie estaba tan hermosa, que le resultó imposible apartar los ojos de ella. Después, cuando la había llevado a su casa, Sophie le había convencido para entrar a tomar un café, cosa a la que él debería haberse negado en redondo. Y ahí estaba ahora, en el sofá de la casa del padre de Sophie con ella en los brazos, incapaz de controlarse…

¡Pero debía controlarse! Sophie ya había dejado caer que su padre estaba de viaje de negocios, y él sabía que Edward Granton había tomado un vuelo a Edimburgo ese día en un intento de evitar la ruina de su empresa. Por lo tanto, era muy peligroso que él estuviera allí, en esa casa, a solas con ella. ¡Pero la deseaba con locura! Y a pesar de sus buenas intenciones, de repetirse a sí mismo que no debía hacer lo que el cuerpo le exigía que hiciera, ahí seguía, sin levantarse del sofá, sin recordarle a Sophie que tenía que tomar un avión a Atenas a la mañana siguiente muy temprano y que debía volver al hotel cuanto antes.

Sophie estaba abrazada a él, con la boca abierta y los dedos enterrados en sus cabellos, acariciándole la espalda. Y con la experiencia de los años, se dio cuenta de que Sophie estaba tan excitada como él. Pero era una locura permitir que ocurriese. ¡Una locura!

Sin embargo, era como si hubiera perdido la razón. Le permitió que le hiciera ponerse en pie, le dejó tomarle la mano mientras le miraba ardientemente, sacarle del salón, llevarle escaleras arriba a su habitación. Intentó resistirse mientras ella volvía a abrazarle.

–Sophie, no debo, tengo que irme.

Pero ella, poseída por un deseo tan inexorable como el suyo, no le hizo caso. Y él se regocijó de que Sophie sintiera el mismo ardor, la misma pasión que él por ella. Pero uno de los dos debía mantener la razón… ¿no?

–¡Nikos, Nikos! No te vayas, por favor, no te vayas.

¿Cómo iba a resistirse? ¿Cómo iba a ser capaz de marcharse

cuando ella le estaba rogando que hiciera lo que más quería hacer en el mundo?

Y dejó que la locura le poseyera. Y luego había pagado el precio. Un precio que jamás había creído que tendría que pagar.

Sophie estaba en la cama, en sus brazos, acoplada a su cuerpo, cubriéndole con los cabellos, los latidos del corazón recuperando el ritmo normal, lo mismo que le ocurría a él, maravillándose de lo ocurrido, murmurando palabras de amor, sobrecogido de emoción. ¡Sophie era un sueño! Jamás se arrepentiría de lo que había pasado. ¿Cómo iba a arrepentirse? Había estado en el paraíso, un lugar que, de ahora en adelante, sería su hogar por siempre jamás.

Los ojos de ella brillaban de felicidad, emocionándole.

–¡Ay, Nikos! ¡Nikos, cariño, cariño! ¡Soy tan feliz, tan feliz! No puedo creer que haya pasado de verdad. ¡No puedo creerlo! ¡Es como un cuento de hadas!

Sophie le besó con expresión radiante.

–Ahora podemos casarnos, ¿verdad? ¡Todo va a ser maravilloso! ¡Tú y yo juntos durante el resto de nuestras vidas! ¡Qué bendición, que bendición! Y todo será estupendo para papá porque sé que tú salvarás su empresa y todo volverá a ser como antes.

Nikos se quedó inmóvil.

–¿Qué es lo que acabas de decir?

Sophie lo miró, sus ojos oscurecieron de repente.

–¡Lo siento, Nikos, lo siento! No debería haber dicho eso, lo sé. Pero es que estaba muy preocupada por él y, como ahora sé que yo no tengo que preocuparme más, pues…

Él no la dejó acabar. Bruscamente, se apartó de ella, se zafó de ella. Retiró la ropa de la cama y se levantó. La miró de arriba abajo. Contempló ese hermoso y pálido cuerpo que acababa de poseer.

Y se dio cuenta del precio que se esperaba que pagara por él.

–Nikos… –dijo ella con voz interrogante, con ansiedad.

Bien, tenía motivos para estar preocupada, la presa se le estaba escapando de las manos. Fría y metódicamente, comenzó a vestirse; sin embargo, por dentro estaba completamente furioso.

–Nikos… –repitió ella con voz trémula–. ¿Adónde… adónde vas?

–¿Que adónde voy? –repitió él con frialdad, con la misma frialdad con que se estaba abrochando la camisa–. A mi hotel, por supuesto.

En la penumbra de la habitación, vio la belleza e inocencia de ese cuerpo. La emoción le embargó de nuevo, pero lo disimuló. Agarró su chaqueta y se la puso.

–¿En serio creías que iba a rescatar a la empresa por ti? ¿Que salvaría la empresa de tu padre a cambio de probar tu cuerpo? ¿De verdad creías que ofrecerme tu virginidad significaba que me iba a casar contigo y, por lo tanto, salvar a tu padre de la ruina y mantenerte a ti de la forma a la que estás acostumbrada?

Continuó mirándola y, cuando volvió a hablar, su voz, dura y desdeñosa, la azotó como un látigo:

–Lo tenías todo planeado, ¿verdad? Eres despreciable.

Entonces se dio media vuelta y salió de la habitación de Sophie.

Apenas había llegado a las escaleras cuando ella le dio alcance.

–¡Nikos! ¡No, por favor! ¡Por favor!

Se había aferrado a él, desnuda, aterrorizada y sollozando. Él la agarró por los brazos.

–¡Basta! Se ha terminado, Sophie. Se ha terminado.

La soltó entonces y bajó las escaleras. Lo último que oyó fueron los histéricos sollozos de Sophie y su nombre sollozado.

Capítulo 10

El coche se dirigió al centro de Londres. Por fin, tras lo que pareció una eternidad, se detuvo delante del hotel Park Lane. Sophie salió del vehículo y se dejó guiar por Nikos al vestíbulo del hotel. Guardó silencio mientras subían en el ascensor a la suite de él. Cuando Nikos cerró la puerta, ella se volvió.

–No tenemos nada que decirnos, Nikos. ¡Nada! –su voz no era hostil, sino indiferente.

–Siéntate.

Y ella, con la misma distante aceptación con la que se había dejado llevar en el coche, se sentó en el sofá. Nikos la imitó, pero ocupó el extremo opuesto. –Sophie, quiero saber qué pasó exactamente hace cuatro años cuando te dejé. Sophie le miró inexpresivamente. Su rostro una máscara.

–¿Por qué? –su indiferencia seguía siendo evidente, pero ahora también había hostilidad, se le notaba.

–Porque quiero saberlo –contestó él, ignorando el reto–. No vas a ir a marcharte hasta que no me cuentes lo que quiero saber, así que ya puedes empezar. ¿Qué ocurrió hace cuatro años cuando te dejé?

Sophie siguió sin contestar.

–¿Cuánto tuvo tu padre su primer infarto?

La había sorprendido. Sophie no había esperado eso.

–¿Quién te ha dicho que ha tenido un infarto?

–La enfermera de la clínica. Me dijo que había tenido dos infartos antes del derrame cerebral. ¿Cuándo le dio el primero?

–¡Eso no es asunto tuyo!

Nikos ignoró la furiosa contestación.

–Sophie, ¿cuándo?

–¿De verdad quieres saberlo? ¡Muy bien, pues te lo voy a decir! –sus ojos estaban llenos de veneno–. El primer infarto le dio la mañana que volvió de Edimburgo, con las manos vacías, cuando su secretaria le llamó para decirle que tú habías telefoneado para

informarle de que tu empresa no iba a hacer tratos con la suya y que ya habías salido para volver a Atenas.

–¿Esa mañana? –preguntó Nikos muy quieto.

–¿Quieres ver los informes médicos para convencerte? –inquirió ella sarcásticamente.

Pero Nikos estaba pensando en otra cosa. «*Thee mou*», el día después de que la despreciara como si se tratara de un trapo viejo.

–¿Cómo de serio fue el infarto?

–Sobrevivió –respondió Sophie con voz tensa–. Los médicos me advirtieron que podría darle otro, pero no fue así. Le operaron y pasó meses en el hospital, por eso fue por lo que yo dejé los estudios de música, para cuidarle. Para entonces, la empresa ya había cerrado y me preocupaba lo mucho que costaban mis estudios. También tuvimos que vender la casa de Holland Park y nos trasladamos a un piso mucho más barato.

–Lo siento –dijo Nikos, consciente de que esas palabras eran inadecuadas.

–¿Por qué? –Sophie se encogió de hombros–. No tenía nada que ver contigo. No era asunto tuyo, ¿por qué ibas a sentirlo?

–Eso no importa. Dime, ¿y el segundo infarto?

–Un año después, pero ése fue peor. Mi padre estaba mucho más débil y tenía mucho más estrés.

–¿Estrés? –repitió Nikos sin comprender.

–Sí, asuntos de dinero. Había intentado montar su empresa otra vez y eso le había estresado. Y luego… En fin, le hizo perder aún más dinero. Eso fue lo que motivó el segundo infarto.

Nikos asintió. Pero aún necesitaba la respuesta a otra pregunta para realmente entender lo que había ocurrido.

–Me hablaste de un chiringuito financiero, ¿qué es lo que pasó?

¿Tan débil había estado Edward Granton como para cometer la estupidez de caer en un fraude tan conocido?

Una sombra cruzó los rasgos de Sophie.

–Mi padre estaba otra vez en el hospital y yo tenía un poder notarial, ya que no se sabía si iba a sobrevivir al segundo ataque. Quería darle una buena noticia, ya que él estaba tan preocupado por el dinero, así que yo…

–Se ensañaron contigo, ¿verdad? –Sophie debía haber sido como un cordero entre una manada de lobos.

Sophie lo miró a los ojos.

–Invertí casi todo lo que le quedaba a mi padre. No era mucho en comparación con todo lo que había tenido, sólo unas doscientas mil libras –Sophie guardó silencio un momento, pero su expresión mostró el sentimiento de culpa que la embargaba–. Lo perdí todo, todo. Fui increíblemente estúpida. Intenté ocultárselo a mi padre, pero cuando salió del hospital y se enteró… –Sophie respiró hondo–. Bueno, fue entonces cuando tuvo el derrame cerebral.

Nerviosa, Sophie se frotó las manos y continuó:

–Tuvo suerte. No sólo sobrevivió, sino también pudo ir a esa clínica, ya que aún le cubría el seguro médico privado. Es una de las mejores del país –Sophie tragó saliva y clavó los ojos en la alfombra–. Pero ahora el seguro médico ha caducado. Yo había apartado un poco de dinero y gastaba lo imprescindible, pero no me llegaba para pagar la clínica. Así que, cuando me dijeron que mi padre tendría que marcharse, no me quedó más remedio que hacer lo que fuera para conseguir dinero.

Sophie alzó la cabeza y le miró directamente a los ojos. Su expresión era dura, la misma expresión que había visto en ella en el taxi.

–¿Y qué si eso significaba trabajar de señorita de compañía? ¡Necesitaba el dinero! Lo importante es que mi padre siga en la clínica. Además, no se iba a enterar de cómo ganaba yo el dinero –los ojos de Sophie eran como cuchillos clavándose en él–. ¡Por eso lo hice! ¡Y por eso acepté tu dinero! ¡Y ahora ya lo sabes todo! ¡Pero lo que sigo sin saber es qué te importa a ti! ¡No tiene nada que ver contigo, Nikos, nada en absoluto!

–Te equivocas, me importa mucho –una intensa emoción le sobrecogió, pero aún era preciso hacer algunas preguntas más, preguntas cuyas respuestas podían cambiarle la vida–. Sophie, ¿por qué hiciste el amor conmigo en Belledon?

Los ojos de ella parpadearon, daba la impresión de que quería esconderse, buscar refugio.

–¿Por qué, Sophie? –volvió a preguntar Nikos con la misma voz grave e intensa. Sophie apartó los ojos de él, incapaz de contestar.

–Hemos encontrado el éxtasis juntos, no puedes negarlo… como tampoco puedo negarlo yo. El éxtasis, Sophie, en Belledon. Después, te marchaste. ¿Por qué, Sophie?

–Tenía que hacerlo –contestó ella por fin como si le estuvieran arrancando las palabras–. No podía soportar que pasara lo mismo que hace cuatro años, que me odiaras –Sophie se estremeció–. ¡Esta vez era inocente! Pero tú no me habrías creído. ¿Por qué ibas a creerme, después de lo que te hice? ¡Te lo juro, Nikos, esta vez era inocente! Pero tú ya sabías que necesitaba dinero desesperadamente y, si te hubiera dicho lo que le había ocurrido a mi padre, habrías pensado lo mismo que pensaste de mí hace cuatro años.

El semblante se le contrajo, en sus ojos se veía la autocensura.

–¡Hace cuatro años sí fui culpable! Me merecía todo lo que me echaste en cara. Ese mismo día, el día que me dejaste, acababa de enterarme de los problemas económicos de mi padre, lo vi en el autobús, en un periódico que alguien estaba leyendo, el encabezamiento decía que la empresa de mi padre dependía de que tu empresa la rescatara. ¡Estaba horrorizada, preocupadísima por mi padre! Y también me sentía avergonzada de mí misma por no haberme dado cuenta de que mi padre tenía problemas, porque llevaba un tiempo que sólo podía pensar en ti.

Sophie lanzó una amarga carcajada.

–Fue entonces cuando me di cuenta de que tú debías estar interesado en invertir en Granton plc, o lo que fuese, porque no habrías salido conmigo si no hubieras estado interesado. Creí que jamás habrías tenido relaciones conmigo de no ser porque tu intención era salvar a Granton de la ruina. Lo contrario te habría parecido poco honorable, porque salir conmigo habría hecho pensar a mi padre que podía contar contigo. Por lo tanto, como seguías queriendo salir conmigo, pensé que ya no tenía que preocuparme por mi padre. Y esa noche…

Sophie se interrumpió. De repente, se puso en pie.

–Esa noche, durante la fiesta benéfica, me dijiste que a la mañana siguiente volvías a Atenas. Y supe que eso sólo podía significar que habías terminado conmigo. Y eso significaba que también habías terminado con mi padre, que no ibas a salvarle de la ruina.

Sophie se tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

–Así que iba a ser nuestra última noche juntos… y no podía soportarlo. No podía. Por eso te invité a entrar en la casa, porque sabía que íbamos a estar solos, e intenté seducirte. Fue como si

quisiera ponerte a prueba. ¿De verdad ibas a dejarme? ¿De verdad ibas a acabar conmigo? Yo quería que te quedaras con desesperación…

Las palabras le fallaron unos momentos.

–Y te quedaste –Sophie alzó el rostro y le miró–. Te quedaste y me hiciste el amor. Y yo pensé que jamás lo habrías hecho si no fuera porque tus intenciones eran serias respecto a mí; además, sabías que yo era virgen y tú respetabas eso. Por eso, para mí, lo que ocurrió esa noche demostraba que no ibas a acabar conmigo y, por añadidura, que ibas a solucionar los problemas de la empresa de mi padre. ¡Nos íbamos a casar, íbamos a ser felices, mi padre iba a ser feliz y todo solucionado! Un cuento de hadas convertido en realidad.

La voz de Sophie estaba impregnada de amargura y autocensura. Le miró y vio que el Nikos estaba impasible.

–Y después… después tú me dijiste cuatro verdades. Dejaste muy claro lo que yo era y lo que había hecho. Y me di cuenta de que era verdad, que te tenías razón en todo lo que habías dicho. Me di cuenta de que me había comportado indignamente, que había intentado manipularte y seducirte. Sí, me merecí todo lo que me dijiste. En el momento, te detesté, pero sabía que era verdad.

Los ojos le ardieron.

–Pero esta vez no, Nikos, esta vez no.

Haciendo acopio de las fuerzas que le quedaban, Sophie se levantó del sofá y respiró profundamente.

–Bueno, Nikos, me voy ya. No creo que necesites saber nada más.

Sophie fue a darse la vuelta para dirigirse a la puerta de la suite, pero las palabras de él la detuvieron:

–Te equivocas. Necesito saber una cosa desesperadamente. Y, además, hay otras cosas que tú tienes que saber, Sophie –Nikos se interrumpió como si necesitara un momento para controlarse a sí mismo–. La primera es que he pagado la clínica de tu padre durante los próximos seis meses.

Sophie fue a protestar, pero Nikos se puso en pie y se le acercó, acallándola.

–Y hay otra cosa que tienes que saber, Sophie –Nikos la miró fijamente a los ojos–. Dime, ¿a qué crees que se debía mi viaje a

Atenas hace cuatro años?

Sophie se lo quedó mirando sin comprender. ¿Qué tenía eso que ver con lo que estaban hablando ahora?

–Iba a Atenas para hablar con mis padres. Iba a decirles que había conocido a la mujer con la que iba a casarme.

Se hizo un espeso silencio. Lo único que Sophie podía oír eran los latidos de su corazón.

–No lo comprendo.

–No, ya veo. Sophie, hace cuatro años me enamoré de ti, me enamoré de una chica que cuando sonreía hacía que se me parara el corazón. Una chica que me hechizó, que me cautivó. La chica a la que deseaba más que a ninguna otra mujer en el mundo. Me enamoré de ti.

El silencio era absoluto. Ya ni siquiera oía los latidos de su corazón.

–Por eso es por lo que me acosté contigo esa noche, porque estaba enamorado, porque sabía que ibas a ser mía durante el resto de mi vida. Y sabía que tú también me amabas, Sophie, estaba seguro de ello. Aquella noche me llevaste al paraíso, Sophie. Y aunque sabía que debería haberme controlado, haber esperado a que fueras mi esposa, no pude. Me resultó imposible. Te hice mía con mi amor, mía para siempre. Y entonces…

La voz de Nikos cambió, su expresión se hizo vacía.

–Entonces me di cuenta de que yo no era el hombre al que amabas, sino el hombre con el que querías casarte… ¡Porque todo iba a ser maravilloso! ¡Porque la empresa de papá se salvaría, y tú también; protegida, en tu mundo de música, de estudios, con tu vida fácil! Y tendrías a papá, y papá conservaría su empresa, y también me tendrías a mí y todo sería maravilloso… –Nikos no pudo evitar el tono burlón y socarrón de su voz.

Sophie estaba tan blanca como la cera.

–Es verdad –respondió ella–. Tienes razón en todo lo que has dicho. Era una niña mimada y protegida, totalmente egocéntrica, que creía en los cuentos de hadas. Y lo destruí todo –añadió Sophie en un susurro.

«Me amaba. Me amaba», se repitió Sophie en silencio.

–Cuando me di cuenta de lo que yo significaba para ti… enfurecí, me volvió cruel. Por eso te dije lo que te dije y te

abandoné.

Sophie se mordió los labios.

–Me lo merecía –dijo Sophie odiándose a sí misma por lo que había hecho–. Me merecía lo que me dijiste, lo que me hiciste.

–¿En serio? –preguntó él con voz neutra.

–¡Sí! Era una estúpida, una egoísta, una niña mimada, y pensé que si estuviéramos casados solucionarías los problemas de mi padre y le salvarías de la ruina.

–Dime, Sophie, ¿qué habría pasado si ese día no te hubieras enterado de los problemas de tu padre, habrías tratado de hacer que me quedara a pasar la noche contigo?

Sophie bajó la mirada. Tragó saliva. Nikos quería la verdad, se merecía la verdad.

–Sí –respondió ella en voz baja.

–¿Por qué, Sophie?

Sophie echó la cabeza hacia atrás.

–¡Esto no tiene sentido! No ocurrió así; por lo tanto, lo que estás preguntando no tiene sentido.

–Limítate a contestarme, Sophie.

–¿Por qué?

–¿Era porque esperabas que me casara contigo?

–¡Sí!

–¿Porque yo era rico?

Sophie apretó los labios sin contestar, pero él continuó inexorablemente.

–¿Por qué iba a interesarte tanto mi dinero? Al fin y al cabo, tu padre también era rico, o eso creías. Dime, ¿por qué querías que me casara contigo?

Sophie no iba a contestar. ¿De qué serviría la verdad ahora, cuando ella lo había destruido todo años atrás?

–No querías casarte conmigo por dinero, Sophie, sino por otro motivo, ¿verdad? ¿Verdad, Sophie? Un motivo que veía en tus hermosos ojos cada vez que te miraba, un motivo que saboreaba en tus labios cada vez que te besaba, un motivo que se hizo evidente en tus gemidos de placer la noche que te hice mía. Un motivo que la ira me impidió ver. Pero el motivo estaba claro y seguía ahí la noche que pasamos en Belledon, ¿verdad, Sophie?

Pero ella no podía hablar.

–Estabas enamorada de mí –declaró él.

Las palabras de Nikos flotaron en el silencio de la habitación. Entonces, muy despacio, Sophie susurró:

–Sí.

Lágrimas, saladas y calientes, asomaron a sus ojos. A ciegas, se volvió, se dirigió a la puerta y puso la mano en el picaporte.

Nikos la agarró por el brazo.

–Sophie. Por favor, Sophie, no te vayas. ¿Por qué quieres irte? ¿Por qué quieres dejarme?

Nikos la hizo volverse.

–Hace cuatro años, de haber sabido que me querías… Pero creí que sólo me querías por mi dinero, para salvar a tu padre. Creía que lo único que te importaba era que yo librase de la ruina a tu padre.

Sophie lo miró con expresión de angustia.

–Y quería que le salvaras. Lo que me dijiste era verdad, lo que hice no tiene perdón.

–Puedo perdonarlo, Sophie –respondió Nikos con las manos en los hombros de ella–. Acababas de enterarte de que tu padre, al que adorabas, estaba al borde de la ruina. Y también creías que yo te iba a abandonar, que no te quería como tú me querías a mí –Nikos sacudió la cabeza–. Debería haberte confesado mi amor. Ojalá lo hubiera hecho.

Nikos se interrumpió y respiró hondo antes de continuar:

–Fue el miedo lo que te hizo comportarte como lo hiciste –declaró él con expresión sobria–. Ojalá hubiera sabido que me querías. Ahora, cuando pienso lo que has debido pasar en estos últimos cuatro años… Sophie, se me rompe el corazón de pensarlo. Sin embargo, has demostrado lo valiente que eres y el cariño y la devoción que sientes hacia tu padre.

Nikos le apretó con fuerza los hombros.

–¡Gracias a Dios que te he vuelto a encontrar! Ahora, por fin, sé la verdad y sé cómo eres realmente. Ahora sé qué era lo que sentías por mí hace cuatro años y lo que yo sentía por ti… Lo que siento por ti, Sophie, amor mío –su expresión se suavizó–. Lo mismo que tú sientes por mí.

Nikos se interrumpió y, levantando las manos de los hombros de ella, se las puso a ambos lados del rostro.

–Amor –concluyó Nikos.

Los ojos de él estaban llenos de emoción y ella apenas podía respirar.

–Amor, siempre amor –añadió él con un ardor que no volvería a extinguirse jamás–. Mi amor, mi vida, mi Sophie. Siempre mi Sophie, de ahora en adelante, siempre. Igual que yo seré siempre tuyo.

El beso de Nikos fue tan tierno como su mirada, el roce de sus labios demostró su adoración.

Y Sophie sintió una intensa luz envolviéndola. Sí, a su alrededor había luz y brillo, desterrando las sombras para siempre.

«¿Cómo es posible?», se preguntó con incredulidad, deslumbrada. «¿Cómo es posible?»

Las lágrimas le resbalaron por las mejillas y él las secó con sus labios mientras le susurraba palabras de amor, mientras la acunaba y la tranquilizaba y la hacía olvidar esos amargos años que les habían separado.

–Nikos, mi Nikos… –Sophie reposó el rostro en el pecho de él mientras lloraba por lo que había perdido y había vuelto a recuperar.

Nikos la levantó en brazos, la llevó a la habitación y la depositó en la cama. Entonces, se tumbó al lado de ella y la abrazó hasta que se hubo calmado.

Y después, con dulzura, ternura y pasión hizo el amor con la mujer a la que amaba, con la chica a la que siempre había amado, con la dulce Sophie, siempre suya.

Igual que él le pertenecía a ella.

Epílogo

Sophie, sentada al piano en la sala de música de Belledon, comenzó a tocar una pieza de Chopin.

Sentado al lado de Edward Granton, ahora libre de su silla de ruedas, Nikos contempló a la mujer a la que amaba. A su lado, oyó al padre de Sophie suspirar.

–Igual que su madre –murmuró Edward con cariño.

Nikos sonrió, pero sus ojos permanecieron fijos en Sophie, siempre en Sophie, su amada esposa, de la que ya nada en el mundo le separaría.

Sophie captó la mirada de él y sus ojos se llenaron de amor y ternura. Nikos, su Nikos. ¡Cuánto le quería!

Era completamente feliz. Y la casa, Belledon, era una casa feliz. Nikos la había restaurado, pero para vivir ellos. Belledon ahora había vuelto a ser un hogar.

Pero no era sólo para ellos. Además de vivir allí su padre también, que ahora, tres años después de que ella recuperara el amor de Nikos, se encontraba mucho mejor, residían muchos otros que, como él, eran convalecientes de derrames cerebrales. Se había destinado un ala de la casa para habitaciones de los pacientes, y las numerosas construcciones anexas que había en la propiedad se habían destinado a salas de tratamiento y a apartamentos para el personal médico, todo ello financiado por Kazandros Corp. La idea era tratar a gente sin medios económicos para pagar las terapias de rehabilitación.

Y una de las terapias era la música. Ella había preparado un programa semanal de recitales, en la preciosa sala de música. En algunos recitales tocaba ella sola; en otros, venían estudiantes de música a interpretar a los autores clásicos. Aquella cálida noche de primavera era ella quien estaba interpretando a Chopin al piano.

«¡Tengo tanto!», pensó con el corazón rebosante de felicidad. «Mi adorado Nikos, mi querido padre y… y mi precioso hijo».

Taddeus Nikolai Stephanos Kazandros, al que llamaban Teddy,

un vivaz niño de año y medio y el centro de atención de todos. Pero pronto tendrían otro bebé, ya había empezado a sentir esa nueva vida creciendo en su vientre.

Apartó los ojos del teclado y buscó los de Nikos, y encontró amor en ellos, el mismo amor que los suyos reflejaban.